

Carlos V y España en la obra de Modesto Lafuente. La interpretación liberal de la nación española dentro del imperio de los Austrias

Roberto López Vela
Universidad de Cantabria

Por espacio de cuarenta años había regido Carlos I la monarquía española, sin dejar descansar un punto la política ni las armas, combatiendo casi siempre, triunfando las más de las veces, extendiendo sin límites su dominación, su influjo, el terror de sus armas; ¿pero no será lícito preguntar al fin qué provecho real y efectivo había resultado a la nación de tan próspero y glorioso reinado? (...). Poseía los tesoros del Nuevo Mundo, y ya empezaba a empobrecerse; enviaba a todas las regiones sus aguerridos tercios, y apenas si podía sustentarlos; la adquisición del ducado de Milán era casi el único fruto que había sacado de tantos combates, y dejaba a la Francia lo que había conquistado en el Piamonte; veía sublevadas contra sí cuantas potencias se sentían oprimidas o amenazadas; había ahogado primero la libertad doméstica, y forcejeaba por ahogar después las de otras naciones; y lejos de haber afianzado con sus triunfos una paz sólida y permanente, veía brotar por todas partes las semillas de interminables guerras.

Francisco MARTÍNEZ DE LA ROSA ¹

Este quinto aniversario del nacimiento del Emperador ha servido para activar una campaña de propaganda en la que su figura ha quedado convertida en precursora de la unidad europea, en un preclaro visionario de la realidad política y sobre todo económica, que nos dicen, constituye nuestra perspectiva de futuro. Decenas de discursos políticos han insistido en el mismo argumento. Efectivamente, el Emperador gobernó

¹ *Bosquejo histórico de la política española desde los tiempos de los Reyes Católicos hasta nuestros días*, Imprenta Estereotipa de M. Rivadeneyra, Madrid, 1857, I, p. 20.

en el siglo *xvi* una parte significativa de lo que hoy es la Unión Europea y así su imperio, se argumenta, sería uno de los primeros impulsos en la vía de lograr la unidad europea. La conmemoración de Carlos V ha sido ampliamente utilizada para encontrar precedentes de lo que es el proyecto de presente y de futuro de la Unión Europea.

En esta interpretación tiende a olvidarse que el resto de los reinos europeos, aquellos que no gobernó, bastantes de los cuales también forman parte de la Unión, fueron los mayores enemigos de su proyecto universalista y que entre sus súbditos su proyecto político encontró muy serias resistencias que al final afectaron a su misma viabilidad. También se podrían mencionar los primeros pasos de las sangrientas guerras religiosas que asolaron Europa por más de un siglo, llenando de violencia represiva y presión confesional la vida cotidiana de gran parte del Continente. Son todo un conjunto de fenómenos que provocaron una situación de guerra casi permanente durante los años del César. El imperio de Carlos V no trajo la paz y la unidad, sino un constante estado de guerra activa o latente que, en uno u otro momento, afectó prácticamente a toda Europa y el Mediterráneo. Al final, el desenlace de los conflictos dentro de sus estados patrimoniales y dentro de la propia dinastía austríaca, forzaron al Emperador a dividir su herencia imperial rompiendo la «unidad». ¿Un precedente del actual proyecto de Unión Europea?

Quizá la parcialidad de esta visión haga innecesario insistir en la naturaleza históricamente condicionada de todo producto historiográfico. En pocos períodos como en el de Carlos V se manifiesta con tanta intensidad la diversidad de interpretaciones en función de las preocupaciones de la época. Y es que en la configuración de la historiografía europea esta coyuntura juega un papel central. Los comienzos del siglo *xvi* han estado cargados de simbología desde la Ilustración, considerándolos como los de mayor difusión del comercio y del Renacimiento (dos realidades que solían aparecer íntimamente unidas), los de la ruptura de la unidad cristiana, los del surgimiento de monarquías fuertes (definidas durante cerca de dos siglos como monarquías nacionales), los inicios de la conquista de América, etc. Un conjunto de factores de los que nació el mundo moderno, según una interpretación que, como se verá, se ha mantenido durante siglos. En este momento clave surge el imperio de Carlos V con pretensiones universalistas, convirtiéndose en el quicio de dos épocas. ¿Su concreción tuvo efectos positivos para el progreso de la civilización y el comercio en Europa, poniendo en contacto político territorios que hasta entonces estaban muy separados? ¿O quizá el imperio de Carlos V fue la reminiscencia de una época ya pasada que pretendía sobrevivir a través de él, justo en un momento en el que despuntaban con vigor las monarquías nacionales?

En el grueso de la historiografía de los siglos *xix* y *xx*, este período es el gozne entre dos épocas en el que se definirán y decidirán asuntos que afectarán de forma definitiva a los siglos siguientes, sobre todo en lo relativo a la evolución política y religiosa. El conflicto entre tradición y tendencias modernizadoras dominan estos años y en función de la ideología del historiador respectivo, la interpretación será una u otra. En este

dilema se han movido la mayoría de las corrientes historiográficas desde la Ilustración, siendo en gran medida las formulaciones actuales una prolongación de este viejo debate en otros términos. En gran medida, en la interpretación de este período, y muy ligado a dialéctica entre tradición y proceso de modernización, ha jugado un papel central la disyuntiva entre universalismo y nacionalismo.

Desde la Ilustración ha habido otras visiones del imperio de Carlos V, pero más bien ligadas a una perspectiva humanista. En realidad, la visión propagandística de estos meses corresponde a un proyecto político que no cuenta con tanta antigüedad y que, por tanto, se encuentra más ávido de precedentes que legitimen sus propuestas. Pero el nacimiento de la historiografía sobre Carlos V está ligada, por un lado, a una interpretación racionalista comprensiva con la globalidad de la construcción imperial a través de la obra de Robertson². No es casual que Carlos V cuente con una de las mejores obras de historia escritas en Europa durante la segunda mitad del siglo XVIII. Su figura cultivada y viajera, sus complejos juegos políticos, junto a sus intentos de llegar a soluciones religiosas de síntesis en el imperio entre católicos y protestantes, fácilmente le convertía en modelo de príncipe renacentista, el más grande de todos ellos. Y todo sucedió en el momento en que el comercio y las campañas de conquista ponían en contacto todo el mundo, abriendo el camino a todo lo que haría grande a Europa en los siglos siguientes. Éste es el universo en el que los hombres «ilustrados» del siglo XVIII veían el pasado con el que se identificaban, el origen inmediato de su presente de progreso. La influencia de la obra de Robertson se prolongó durante todo el siglo XIX y fue fundamental para cualquiera que quisiese hablar del Emperador y su época en toda Europa. Sin duda, a lo largo del siglo fue considerada como la obra clásica sobre estos años.

En el presente trabajo se trata de analizar las abundantes páginas que Modesto Lafuente dedica a Carlos V, situadas en la estela de la interpretación que desde principios de siglo defendían otros autores liberales. En su *Historia General de España*³, Lafuente sentó las bases de la interpretación nacionalista y liberal en España, cuyo ascendiente marcará la historiografía del siglo XIX y buena parte del XX. Su interpretación cobra especial interés, teniendo en cuenta la escasez de historiadores que escribiesen sobre la figura de Carlos V. Según I. Peiró tan sólo J. Muñoz Maldonado escribió una monografía de cierta entidad⁴. Se trata de la *Historia del emperador Carlos V (1500 a 1558)*⁵,

² La obra de ROBERTSON tuvo varias ediciones y traducciones al español. La más completa es la de Félix Ramón Alvarado a mediados del ochocientos, *Historia del reinado del emperador Carlos V, precedida de una descripción de los progresos de la sociedad en Europa desde la ruina del Imperio Romano hasta principios del siglo XVI*, traducción de Félix Ramón Alvarado y Velastugui, Imprenta de Julián Arranz, Madrid, 1846.

³ El primer volumen se publicó en Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1850, y el resto hasta el volumen XXX se publicaron hasta 1867.

⁴ PEIRÓ MARTÍN, I., «La fortuna del emperador: la imagen de Carlos V entre los españoles del siglo XIX», en *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, II, pp. 153-194.

publicada unos diez años después de que Lafuente sacase a la luz su interpretación del reinado del Emperador. Por su extensión y el esfuerzo interpretativo que realiza Lafuente, seguramente serán las páginas escritas en España sobre el Emperador más influyentes en el siglo XIX, aunque no muy originales. También es imprescindible recoger los análisis de las obras precedentes del siglo XVIII, que tanto sirvieron a Lafuente para construir su relato del reinado del Emperador, como las historias de España de distintos autores inmediatamente anteriores, cuyas valoraciones constituirán un interesante punto de contraste. Este contraste entre lo precedente, lo que lleva a cabo Lafuente y la obra de otros historiadores, esencialmente hispanistas, permitirá seguir la construcción de la imagen liberal de España y la gran importancia que en ella tiene el imperio carolino, junto a su fundamentación historiográfica. ¿Hasta qué punto la obra de Modesto Lafuente es original respecto a las monografías o las historias generales que comenzaban a publicarse en Francia, Inglaterra en un periodo tan complejo y fundamental como el del Emperador? ¿Hasta qué punto esta visión nacional de España, que tan sólo podía ser adecuadamente explicada por españoles, implica una interpretación distinta para el reinado de Carlos V en la *Historia General de España* frente a la obra de Robertson?

El análisis de Lafuente se encuentra ligado a toda una amplia visión de la historia nacional de la que el reinado de Carlos V es una parte, como se verá una parte de notable importancia, pero sólo una parte de la *Historia General de España*. Efectivamente, para este autor, el reinado de Carlos V se explica en función de una trayectoria nacional nítidamente definida en el reinado precedente y rota con las Comunidades. Es un reinado de transición y, por tanto, fundamental⁶. Carlos V es el instaurador de la dinastía de los Austrias, y su hijo Felipe II, el Rey y el reinado más tratado en la historiografía del siglo pasado, tan sólo será el continuador de la política de su padre en opinión de Lafuente y del grueso de la historiografía liberal. Aunque no haya gozado del predicamento de su hijo en la historiografía del siglo pasado, Carlos V fue el definidor de una trayectoria para la nación. Algo que no se debe olvidar cuando se analiza la historiografía del ochocientos. A pesar de su reconocida importancia, el Emperador no gozó en este siglo del favor de los escritores de novela histórica, ni de los autores teatrales⁷, aunque sí su época, sobre todo a través de la literatura sobre los argumentos de las Comunidades o la batalla de Pavía. Los retratos literarios más precisos del Emperador se desarrollarán en torno a su retiro en Yuste⁸. En la pintura de historia, la época del Emperador será el tercer periodo más representado tras los Reyes Católicos y Felipe II en las Exposiciones Nacionales de Pintura, aunque las imágenes de Carlos tiendan a mostrarle como un rey extranjero. En la representación pictórica de su época

⁵ Establecimiento Tipográfico de Francisco de P. Mellado, Madrid, 1862.

⁶ PASAMAR ALZURIA, G., «La rehabilitación de los primeros Austrias entre los historiadores de la Restauración», *El siglo de Carlos V y Felipe II*, op. cit., II, p. 123.

⁷ PEIRÓ MARTÍN, I., «La fortuna del emperador», op. cit., pp. 157-162.

⁸ GUTIERREZ BURÓN, J., «Carlos V y las exposiciones nacionales de bellas artes», *El siglo de Carlos V y Felipe II*, op. cit., I, pp. 377-378.

tuvo una notable importancia la *Historia General de España*, que fue la fuente más utilizada por los pintores complementada por otras⁹, lo cual permitirá contrastar los análisis de Lafuente con la representación pictórica del Emperador en las sucesivas etapas de su vida.

Las dificultades de los autores liberales españoles con Carlos V

En la historiografía del ochocientos, el paradigma providencialista exigía, entre otras cosas, la necesidad de definir la identidad nacional teniendo en cuenta la riqueza paradisíaca del solar patrio y su constante comunicación, generalmente conflictiva, con sus vecinos, frente a los cuales se delimitaba como unidad¹⁰. ¿Qué ocurre cuando el rey es extranjero y sus intereses se encuentran en el extranjero, según la historiografía española de aquellos años? Entre tantos Estados patrimoniales del Emperador y tanto viaje ¿cuál era la nación por la que había luchado el Emperador? Ni su itinerario personal ni el político resultaban integrables en los cánones nacionalistas del siglo XIX. El César era un personaje extranjero en todas las naciones que estaban configurándose en estos años y, por tanto, difícil de encuadrar. En el siglo del nacionalismo, el imperio de Carlos V tenía un difícil encaje. ¿Cómo se podían apreciar las intenciones universalistas de su gobierno desde una óptica en que la historiografía de cada una de las naciones emergentes se encontraba empeñada en justificar su existencia como pueblo en función de su glorioso pasado nacional? ¿Desde qué nación se podía intentar apropiarse de la acción de un Emperador que había hecho la guerra en casi todos los escenarios europeos? ¿A qué nación había favorecido el imperio carolino? En la pintura de historia ocurría algo similar. Sólo los holandeses y españoles llevaron a cabo un intento de nacionalización de su figura, siendo para el resto, incluidos franceses e italianos, un Emperador extranjero en el que su adscripción española era escasamente significativa¹¹. Sin duda, esta falta de definición nacional fue un grave problema para la construcción de una imagen y una historiografía sobre el Emperador.

Al Emperador se le reconocía una gran importancia política en Europa. Sus luchas con Francia por el control de Italia, la preocupación por los Países Bajos, su implicación en los conflictos con los príncipes del imperio, ligados a la cuestión protestante, eran cuestiones que estaban presentes. Una vez más el pasado y el presente formaban difíciles mezclas, pero ninguna de estas naciones emergentes mostraron gran inclinación a reivindicar para sí la nacionalidad del Emperador con la contundencia necesaria. El gobier-

⁹ REYERO, C., «El siglo más grande de todos los siglos. La época de Carlos V y Felipe II en la pintura de historia», *Catálogo de la exposición «La época de Carlos V y Felipe II en la pintura de historia del siglo XIX»*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1999, pp. 30 y ss.

¹⁰ ÁLVAREZ JUNCO, J., «La construcción de España», en *El siglo de Carlos V y Felipe II*, op. cit., I, pp. 31-48.

¹¹ REYERO, C., «El siglo más grande», op. cit., p. 33.

no del Emperador en cada uno de sus Estados estaba teñido de algunas luces y quizá se viesan demasiadas sombras para atribuirse su figura. Los historiadores más favorables al Emperador solían reconocer la grandeza de su causa imperial y el tesón con que lo había intentado, pero el reparto de sus posesiones al final de sus días, entre su hijo Felipe II y su hermano Fernando, les parecía indicar el fracaso de su proyecto frente al vigoroso despegue de las naciones. No obstante, en medio del fracaso del proyecto, mayoritariamente se tendió a considerar a Carlos más identificado con España, porque su opción para morir fue Yuste, uno de los pasajes de su vida que más impresionó a la historiografía del XIX, y porque el grueso de su herencia se lo dejó a su hijo Felipe II, que era indiscutiblemente español. La muerte de Carlos V en Yuste será uno de los aspectos más resaltados en la historiografía y en la pintura de historia del ochocientos, concediéndole un fuerte valor simbólico. Carlos V había comenzado su reinado y, al poco, se habían producido las Comunidades. Un auténtico estallido de vitalidad de las ciudades castellanas, lo mejor de la nación, que se convertirá en gran mito del buen caminar de los españoles en el momento de llegar la dinastía de los Austrias. Su final en Yuste, entre téticas ceremonias religiosas (*vid.* Apéndice II), es el contrapunto, la manifestación de por dónde van las cosas ya, de lo mucho que se han retorcido los destinos de la nación. El contraste entre estas dos imágenes fue intensamente resaltado por la pintura de historia.

Es evidente el contraste entre lo que se pinta en España sobre el Emperador y lo que se hace en Europa durante el siglo XIX. Ninguno de los cuadros que obtuvo una primera medalla en los distintos concursos, tuvo como protagonista la imagen directa del Emperador¹². Es significativo el que los pintores españoles no se dedicasen a representar a Carlos niño; sin embargo, los pintores belgas, en donde nació, sí tienden a dar cuenta de esta imagen¹³. El carácter extranjero del Emperador fue algo que delimitó los motivos y las circunstancias de su representación. No es casual que a Carlos no se le dedicase ninguna estatua en las ciudades españolas del ochocientos, ni que en Madrid ninguna calle llevase su nombre¹⁴. Mientras en la pintura europea se le tendía a ver relacionado con los grandes personajes de su tiempo y con los lugares en los que desarrolló su política (coronación imperial, guerras en el imperio o con Francisco I), en España sí hubo un intento de españolizar su imagen teniendo en cuenta los importantes problemas que latían en el fondo de su relación con la «nación», como la derrota de las Comunidades.

Según Gutiérrez Burón, los cuadros presentados a Exposiciones Nacionales por pintores de historia españoles sobre la época del Emperador son cuarenta y dos, de los que diecinueve fueron premiados con tres primeras medallas, seis con segundas,

¹² PEIRÓ MARTÍN, I., «La fortuna del emperador», *op. cit.*, p. 161.

¹³ REYERO, C., «El siglo más grande», *op. cit.*, p. 33.

¹⁴ PEIRÓ MARTÍN, I., «La fortuna del emperador», *op. cit.*, p. 164; REYERO, C., *La escultura conmemorativa en España. La edad de oro del monumento público, 1820-1914*, Madrid, 1999, p. 145.

tres con terceras y trece de ellos fueron adquiridos por organismos públicos. De ellos, once tienen que ver con las Comunidades, especialmente la obra más conocida, la de Gisbert, *La muerte de los Comuneros* (1860), inspirada en la obra de Ferrer del Río, *Decadencia de España. Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla*. Evidentemente, los protagonistas son los comuneros, retratados como luchadores y mártires de la causa nacional. Otros once tienen que ver con las relaciones del Emperador con Francisco I. La batalla de Pavía, la prisión de Francisco I, etc., será el argumento más representado. Por último, trece tienen como motivo el retiro del Emperador en Yuste, cuya intención es plasmar, según Gutiérrez Burón, su «deseo de abrazar la nacionalidad española al identificarse con la austeridad, vida ascética y carga mística de tantos prohombres españoles»¹⁵. Con la imagen muerte del Emperador en Yuste se trataba de redimir su extranjería.

La obra pictórica centrada en las Comunidades, no tiene precisamente al Emperador como protagonista, como tampoco lo será en los cuadros sobre las Germanías. La batalla de Pavía, el desembarco de Francisco I en Valencia y su prisión en la Torre de los Lujanes constituye otro de los grandes motivos pictóricos, pero en su tratamiento los autores suelen poner más el énfasis en la victoria nacional y la derrota del rey francés, más que en un Emperador que no luchó en la batalla. La imagen del Emperador será realmente recreada en los cuadros cuyo motivo se centra en Yuste. Con este motivo se suele presentar a un Emperador español de cuerpo entero identificado con los valores religiosos que definen a la nación. Éste es el momento en el que Carlos aparece definitivamente como español. Entretanto los protagonistas son el pueblo que lucha y es derrotado en las Comunidades o los españoles que apresan a Francisco I y derrotan a los franceses en Pavía u otras batallas, etc., más que el propio Emperador. Al igual que ocurrirá en la historiografía, el perfil de Carlos no suele ser claro hasta la españolización de sus últimos años.

Esa adscripción más o menos clara de Carlos V a España no era algo que hiciese tan feliz a los primeros autores liberales españoles y que incluso algunos no tuvieron tan clara. Comenzaban a ser conscientes de la importancia central a la historia patria y especialmente les interesaba los episodios que habían tenido mayor importancia, las glorias nacionales. Para ellos, era un extranjero y su actuación había influido en el desarrollo de la nación aprovechándose de los elementos más negativos para utilizarlos en favor de sus intereses particulares que poco tenían que ver con la España que se estaba comenzando a construir con los Reyes Católicos. Martínez de la Rosa, uno de los más importantes autores y políticos liberales de la primera mitad del siglo XIX, escribió en distintas ocasiones sobre el Emperador y cuanto supuso para la nación¹⁶. Ya a mediados de siglo, en su *Bosquejo histórico de la política española desde los tiempos de los Reyes*

¹⁵ «Carlos V y las exposiciones nacionales», *op. cit.*, pp. 378-379.

¹⁶ MORENO ALONSO, M., «Del mito al logos en la historiografía liberal. La Monarquía hispánica en la historia política del siglo XIX», en *El siglo de Carlos V y Felipe II*, *op. cit.*, pp. 105 y ss.

Católicos hasta nuestros días, sistematizó las opiniones que hasta entonces había vertido en distintos escritos. Para él, por un lado, faltaron barreras que permitiesen controlar su poder; por otro, se «complicó extraordinariamente la política». Las fronteras de España eran fáciles de defender y no tenía graves contenciosos con otras naciones. Esto es lo que cambió con Carlos V. Llevando a la nación a un lugar y unas responsabilidades en Europa, que nunca había y cuyas consecuencias se prolongarán por el espacio de siglos.

La posesión de los Países Bajos,

provincias lejanas, inútiles a la prosperidad de España y tal vez nocivas al desarrollo de su industria, la obligaban necesariamente a continuos gastos y desembolsos; la condenaban a mantener en pie crecidos ejércitos, la presentaban como vulnerable a los tiros de otras potencias.

El conjunto de posesiones imperiales condenaban a tener como enemiga permanente a Francia, «la cual tenía siempre, y a sus mismas puertas, ocasión de distraer poderosamente la atención y las fuerzas de España, en tanto que ésta se arruinaba con sus reveses y hasta con sus victorias». Del mismo modo, las ansias de libertad e independencia, junto de reforma religiosa en Alemania, chocaron frontalmente con el deseo de Carlos V que pretendió «fundar su dominación en una sumisión absoluta, así política como religiosa».

Para Martínez de la Rosa, más que las Comunidades o la derrota de Villalar, los compromisos internacionales del Emperador fueron el elemento decisivo para entender el sistema político que se instauró en España en el siglo XVI.

Yo tengo para mí que la situación en que se halló el emperador don Carlos, así como después su hijo, respecto de los Estados extranjeros que regían, contribuyó de rechazo, tal vez más de lo que se imagina, a que se estableciesen con tanta dureza en España el despotismo y la intolerancia ¹⁷

En su opinión, sin ese conjunto de posesiones fuera del reino, resulta poco probable que unos monarcas españoles hubiesen impuesto un grado semejante de represión y control como el que instauraron los Austrias. La situación que se creó con el imperio de Carlos V demuestra

la prepotencia de la casa de Austria, sus inmensas posesiones, y sus pretensiones más grandes todavía, debieron naturalmente excitar los recelos y la enemistad de Europa; abriendo la valla a una porfiada contienda, que no podía tener término (como efectivamente no lo tuvo) hasta que se pusiese coto a un poder tan exorbitante ¹⁸.

¹⁷ *Bosquejo histórico, op. cit.*, I, p. 20.

¹⁸ *Ibid.*, p. 26.

Es decir, de una u otra forma, el problema iba a tener una prolongada permanencia en el tiempo, que afectará decisivamente a los españoles.

La conciencia del primer liberalismo español sobre el pasado de la nación era notablemente negativa, especialmente al analizar los Habsburgo, esa dinastía extranjera, siendo el Emperador el comienzo de todo lo que luego vendrá. A partir de la década de los años veinte, afirmaciones como las de Martínez de la Rosa serán un lugar común tanto más cuanto más romántico y nacionalista sea el autor. Para los autores del siglo XIX, los problemas de la patria, las razones de la decadencia de su presente, hay que buscarlas en el período de los Austrias y Carlos V será el gran responsable del giro histórico del que con gran esfuerzo se está recuperando la «nación» en su propio presente. Muñoz Maldonado lo expresa con gran claridad en 1862 al referirse al reinado del Emperador:

la voluntad del monarca fue a la larga ley suprema, absoluta y sin contrapunto alguno que había de regir a la España por el largo período de tres siglos, hasta que con Isabel II, en el siglo XIX, volvióse a restaurar los fueros y libertades de la patria y devolver a las Cortes del reino las atribuciones de que les privara Carlos V¹⁹.

Naturalmente, tras la pérdida de la libertad, llegó la decadencia.

La visión de Martínez de la Rosa es notablemente radical y no sería adecuado dejarse llevar exclusivamente por esta negativa impresión, porque en la visión de algunos de los primeros intelectuales interesados en la historia del siglo, también se encierra una fuerte dosis de orgullo por las gestas de los españoles en Europa de la mano de un César católico²⁰. Poco a poco se van a abrir paso otras posiciones más flexibles que intentan integrar a Carlos en el pasado nacional. A fin de cuentas, el siglo XVI era fundamental en el pensamiento histórico europeo del siglo XIX y España había ocupado un papel central al que no se podía renunciar. A fin de cuentas, nunca como en el reinado de Carlos V la «nación española» alcanzó mayor gloria en los campos europeos. Se discutió mucho, hasta la exacerbación, sobre Felipe II a lo largo de todo el siglo en España y en Europa o América²¹, estando este reinado inevitablemente asociado al comienzo de la decadencia. Constituía un axioma historiográfico la consideración del siglo XVII como período de decadencia²², siendo ésta la consecuencia del reinado

¹⁹ *Historia del emperador Carlos V*, op. cit., p. 341.

²⁰ PRO RUIZ, J., «La imagen histórica de la España imperial como instrumento político conservador», *El siglo de Carlos V y Felipe II*, op. cit., II, p. 225.

²¹ GARCÍA CÁRCCEL, R., «Felipe II y la leyenda negra en el siglo XIX», *El siglo de Carlos V y Felipe II*, op. cit., I, pp. 353-371; LÓPEZ VELA, R., «Entre la leyenda y la historiografía: el debate sobre Felipe II en España en 1867», MARTÍNEZ MILLÁN, J. (dir.), *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*, Madrid, IV, 1998, pp. 371-392; «Integración de la leyenda negra en la historiografía: el hispanismo francés y Felipe II a fines del XIX», *El siglo de Carlos V y Felipe II*, op. cit., II, pp. 13-67.

²² PASAMAR ALZURÍA, G., «La configuración de la imagen de la "decadencia española" en los siglos XIX y XX», *Manuscrits*, 11 (1993), pp. 183-214; GARCÍA CÁRCCEL, R., *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, 1992.

de Carlos V y especialmente el de su hijo. ¿Cuándo empezó la decadencia? ¿Ya era evidente durante el reinado de Felipe II o bien se produjo tras su muerte? Éste fue un interesante debate. En el mejor de los casos, los historiadores más positivos con la casa de Austria, consideraron el reinado de Felipe II como el último en el que la nación española había sido grande, a costa de precipitarse en una prolongada decadencia que llegaría hasta su mismo presente. Un reinado en el que la enfermedad y muerte del Rey ya era el último estertor de una grandeza perdida con el desastre de la Armada Invencible. Esta consideración situaba a Carlos V como el único Rey que había proporcionado gloria a la patria, a pesar de ser el destructor de las «libertades nacionales» y aunque su extranjería, sus intereses en Europa, hubiesen conducido a dilapidar los recursos nacionales. Pero es que en la grandeza de la nación, en la gloria alcanzada por los españoles en los campos de batalla y en los mares del mundo, se encontraba la explicación de la inevitable decadencia. Ésta era la genuina contradicción que marcaba la historia nacional para los autores liberales del ochocientos.

Ya para el grueso de los historiadores de mediados del ochocientos, se entendía que por su origen era un rey extranjero, que había aplastado las libertades de Castilla. Su vida se había consumido en viajes entre guerras y campañas militares, pero al final de sus días, de entre sus muchas posesiones, decidió venir a morir a Yuste lleno de fervor religioso. Ante todo, había sido un soldado valiente, viajero y empeñado en nobles causas que decidió morir como católico y en España. ¿Monarca español o extranjero? ¿Cuál era la valoración final? ¿Cuál era la realidad de España en el imperio? ¿Los españoles habían hecho suya la causa del imperio y del Emperador? Al final casi todos los historiadores señalaron que murió como español y que, por tanto, con mucho esfuerzo, se convirtió en español. ¿Pero esta conversión se produjo antes o después de la crisis de melancolía, cuando tomó la decisión de abdicar? ¿Y las nobles causas por las que había luchado? ¿Compensaban los gastos y los esfuerzos realizados a una España siempre definida por su idealismo y su defensa de causas justas y el catolicismo? Son cuestiones difíciles de responder unívocamente, porque afectan a aspectos esenciales del ser de la «nación» española y que crearán una relación ambivalente. No es sorprendente el que se escriban muy pocas monografías sobre él y, sin embargo, se le mencione constantemente en las abundantes y fundamentales historias de España que se publicarán a lo largo del siglo.

A diferencia de la figura inequívocamente española de Felipe II, marcada por los conflictos confesionales y la leyenda negra hasta fechas bastante recientes²³, Carlos aparecía como una figura viajera, vital, llena de gloria, al tiempo que el gran Emperador capaz de abdicar y retirarse del mundo entre las paredes de Yuste. Las visiones más

²³ LÓPEZ VELA, R., «Integración de la leyenda negra en la historiografía: el hispanismo francés y Felipe II a fines del XIX», *El siglo de Carlos V y Felipe II, op. cit.*, II, pp. 13-67; «Entre la leyenda y la historiografía: el debate sobre Felipe II en España en 1867», MARTÍNEZ MILLÁN, J. (dir.), *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*, Madrid, IV, 1998, pp. 371-392.

románticas le concebían como un personaje y un imperio fuera de época, aunque esta perspectiva comenzó a cambiar, especialmente fuera de España, a partir de mediados del siglo. En el ochocientos la producción sobre el Emperador no admite parangón por la cantidad ni por la calidad con la que recibió su hijo, que fue estudiado por todas las historiografías europeas y la americana. Carlos aparecía como uno de los grandes gobernantes europeos de todos los tiempos, pero en general, para la historiografía del siglo XIX su figura era más reconocida que interesante. Se sabía que él había sido el responsable del gran cambio de dirección a partir de la cual se había modificado la evolución nacional de España. Pocos temas como Carlos V resultarán tan fundamentales, inevitables, complejos y difíciles de tratar para la historiografía española del siglo XIX.

La «nueva» historia nacional de Modesto Lafuente

Los años cuarenta del siglo XIX fueron pródigos en Europa en todo lo que se refiere al despegue del interés por la historia y en la construcción de los primeros pasos de una historiografía metodológicamente distinta y con una clara intencionalidad política. La construcción de los distintos Estados liberales en Europa exigía de unas historias nacionales que justificasen y definiesen la nación en función de un proyecto conjunto, resultado de un pasado común²⁴. La construcción de una historia nacional fue una necesidad imprescindible en la que se volcaron importantes intelectuales y políticos liberales. A lo largo del siglo XIX, la historia y la política caminarán en estrecha hermandad y la imagen del historiador político será muy frecuente, como sucede con Modesto Lafuente.

En los años cuarenta del ochocientos resultaba llamativa la ausencia de una historia de España fundada en los nuevos valores políticos y las nuevas perspectivas historiográficas. Existía la obra del Padre Mariana y otras aportaciones de menor calado, pero ninguna respondía a las expectativas que exigía el nuevo proyecto nacional. Fueron autores extranjeros los que se emplearon en esta nueva tarea durante los años treinta y cuarenta, escribiendo diversas historias de España. Como es lógico, fueron autores franceses, y en menor medida ingleses, los que más empeño pusieron en la tarea y seguramente los que consiguieron mayor audiencia en España. Serán autores citados por Lafuente o, en cualquier caso, autores que tuvo en cuenta a la hora de escribir su magna obra. Casi todos escriben historias que arrancan de los tiempos primitivos, llegando hasta la llegada al trono de Isabel II. Una de las primeras en publicarse fue

²⁴ ORTÍ, A., «Regeneracionismo e historiografía: el mito del carácter nacional en la obra de Rafael Altamira», *En torno a Costa*, Madrid, 1996, pp. 391-472; BOYD, C. P., *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, 2000; MORENO ALONSO, M., «El sentimiento nacionalista en la historiografía española del siglo XIX», en *Nation et Nationalités en Espagne*, París, Editions de la Fondation Singer-Polignac, XIX-XX, 1985, pp. 63-122.

la *Historia General de España* de C. Romey²⁵, que comenzó a aparecer en 1839. Una obra muy general dedica pocas páginas al reinado del Emperador, aunque contiene interesantes valoraciones no muy originales, adoptando una posición poco proclive a Francisco en su enfrentamiento con el Emperador. La historia de Rosseeuw Saint-Hilaire²⁶, citada por Lafuente, no fue traducida y tuvo un eco menor.

La obra del inglés Dunham, traducida de forma poco fiel por Alcalá Galiano, con una reseña histórica de Donoso Cortés y un discurso sobre la nación de Francisco Martínez de la Rosa²⁷, será una de las primeras a las que tenga acceso fácil el público culto en España. Para su composición tuvo también muy en cuenta los tomos de Robertson, aunque le critique acerbamente en las páginas dedicadas al Emperador. Alcalá Galiano llama la atención sobre la aversión «del historiador inglés (Dunham) a Robertson, raya en manía y le lleva a extremos vituperables»²⁸. El motivo es la inclinación de Robertson hacia Francisco I y, por supuesto, su escasa simpatía por el Emperador, cosa que despertará los más acres comentarios de Dunham. La *Historia constitucional de la Monarquía española desde la invasión de los bárbaros hasta la muerte de Fernando VII*, del conde Víctor Du-Hamel²⁹, tuvo una amplio repercusión a través de varias ediciones en castellano. No obstante su pretensión de ser una historia constitucional, su planteamiento es más una interpretación del sentido de cada reinado, poniendo algo más énfasis en los aspectos jurídicos. En conjunto es una obra que quizá no fuese tan citada como otras, pero es bastante interesante.

La falta de una producción historiográfica importante en los años treinta y cuarenta, se convertirá en una prueba más del atraso español para los autores extranjeros. El propio Lafuente confiesa la mezcla entre indignación y vergüenza ante la falta de obras históricas solventes, las afirmaciones de autores extranjeros sobre la inexistencia de una historia nacional y las fuertes críticas sobre atraso de España al respecto. Para él la explicación de esta situación hay que buscarla, no en la falta de talentos e ingenios

de que por fortuna no carece, antes bien abunda hoy España; pero miré en derredor y los hallé casi a todos engolfados en los debates y cuestiones, y hasta en las rencillas de política palpitante³⁰.

²⁵ *Historia de España desde el tiempo primitivo hasta el presente*, 4 vols., Imp. de don Juan Olivares, Barcelona, 1839-1845. El volumen correspondiente a Carlos V es el III y se publicó en 1841, siendo, por tanto, una de las primeras visiones generales del Emperador.

²⁶ *Histoire d'Espagne depuis les premiers temps historiques jusque a la mort de Ferdinand VII*, Paris, 1844-1875, 12 vols.

²⁷ ALCALÁ GALIANO, A., *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la Reina Doña Isabel II, redactada y anotada con arreglo a la que escribió el Dr. Dunham*, Librería Universal Leocadio López, Madrid, I, 1844. El período de Carlos V está integrado en el vol. IV, que se publica también en 1844.

²⁸ *Ibid.*, IV, p. 261.

²⁹ Es una obra en dos volúmenes publicada en Mellado Editor, Madrid, 1848.

³⁰ *Historia General*, op. cit., I, p. VI.

Efectivamente, el complejo nacimiento de un Estado liberal fue un factor importante, entre otros, para explicar este lento alumbramiento de la historiografía nacional. Y esto es importante, porque para Lafuente y el grueso de la historiadores de mediados del ochocientos, los autores extranjeros no entienden a los españoles y malinterpretan el sentido de muchos de los sucesos de la historia patria, dándoles unos tonos escabrosos y oscuros que no corresponden a lo que de verdad pasó ³¹.

De entre todas las historias de España que se publicaron en el siglo XIX, la de Modesto Lafuente, la *Historia General de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, fue la pionera y la que gozó de mayor reconocimiento, siendo la que sustituyó a la del padre Mariana ³², ya entonces muy criticada. Publicada a mediados del siglo, se convirtió en indiscutible punto de partida, la citen o no, para el resto de las historias de España que se escribieron, convirtiéndose en un punto de referencia para buena parte de las manografías que se publicaron a lo largo del siglo. La obra de Lafuente será fruto del creciente interés por la historia y pionera en el despegue de una historiografía liberal de claro carácter nacional, al hilo de lo que estaba sucediendo en otras partes de Europa. Se trata de una forma de historiar muy filosófica en la que la personalidad de los protagonistas se convierte en un factor explicativo de primer orden con una fuerte carga moralizante de la que el lector avisado debe extraer las correspondientes enseñanzas ³³. Dotado de una notable perspicacia histórica, de vastos conocimientos bibliográficos, de crónicas y fuentes publicadas, junto a un manejo nada despreciable para la época del Archivo de Simancas, Lafuente construirá el gran edificio de una visión liberal del conjunto de la historia de la nación a lo largo de todas sus épocas, recogiendo sus distintos reinos y su largo y tortuoso camino hasta conseguir la unidad nacional. Indudablemente, es una *Historia* seminal, cuya proyección se deja sentir hasta el siglo XX.

Para Lafuente, al igual que para la historia filosófica, lo fundamental es la interpretación, teniendo en cuenta que en aquellos años de mediados del siglo XIX, más que el dato, lo que importan es el diagnóstico político. A ello habría que añadir el escaso grado de homogenización metodológica entre los distintos historiadores europeos. El peso de las distintas tradiciones intelectuales impedían la construcción de unas pautas historiográficas comunes más allá de las fronteras nacionales, pero también resultaba limitada la diferenciación de la historiografía respecto a otros géneros narrativos. Más bien, la dedicación al quehacer de la historia era «una actividad del mundo de las letras» ³⁴ en el que primaba la erudición y algunas interpretaciones políticas. En el caso

³¹ *Ibid.*, p. XXIX.

³² CIRUJANO MARÍN, P.; ELORRIAGA PLANES, T., y PÉREZ GARZÓN, J. S., *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, Madrid, 1985, pp. 78-85.

³³ PASAMAR ALZURIA, G., «La invención del método histórico y la historia metódica en el siglo XIX», *Historia Contemporánea*, 11 (1994), pp. 185 y ss.

³⁴ *Ibid.*, p. 186.

de Lafuente su confesada influencia francesa ³⁵ le llevó a intentar legitimar, como Thierry, una interpretación de la historia que teorizaba la estrecha colaboración del tercer Estado con la Monarquía como el eje que había impulsado la historia. Amador de los Ríos, pocos años antes, ya había hecho una interesante interpretación de la historia nacional a partir de la presencia de los judíos en España, una especie de burguesía urbana en su versión, en los que se apoyó la realeza. No obstante, la plebe, la nobleza y el alto clero, los magnates, habían ejercido presión en un sentido bien distinto, habiendo logrado al final la victoria. La Inquisición y la expulsión de los judíos constituía el resultado de esta victoria y la principal causa de la decadencia nacional ³⁶. Es ésta una interpretación que tuvo una gran influencia en Modesto Lafuente a la hora de analizar la Edad Media o el reinado de los Reyes Católicos.

Como señala Pellistrandi, Lafuente parte de una «tradición intelectual cargada de erudición eclesiástica y gusto por la historia» ³⁷ y de la necesidad de ofrecer una historia de España acorde con la ruptura que se está produciendo con el Antiguo Régimen. Una historia en la que el pueblo ha de jugar un papel fundamental que, sin embargo, ha de compartir con la Monarquía con arreglo a los principios doctrinarios ³⁸. Adscrito a las corrientes moderadas de liberalismo para el que la Iglesia y el catolicismo constituía una pieza fundamental para la estabilidad política y social, Lafuente propondrá una interpretación de la historia nacional acorde con este conjunto de premisas ³⁹. Su análisis de la historia nacional está ligado al esfuerzo de consolidación del sistema político de la Monarquía de Isabel II. Basta con establecer un contraste en torno al análisis de Isabel la Católica con las características atribuidas a Isabel II para comprender el profundo compromiso político de su construcción de la historia nacional ⁴⁰.

La versión de Carlos V de Lafuente y su deuda con Robertson

Lafuente fue el primero que presentó de una forma sistemática y desarrollada en la España liberal una interpretación sistemática de Carlos V en su *Historia General de España*. En realidad, será seguramente una de las más completas de cuantas se hicieron en España durante el siglo XIX sobre el Emperador y, desde luego, la de mayor reper-

³⁵ Sobre el sesgo de esta influencia, *vid.* FONTANA, J., «La historiografía española del siglo XIX. Un siglo de renovación entre dos rupturas», en CASTILLO, S. (coord.), *La historia social en España, Siglo XXI*, Madrid, 1990, pp. 327 y ss.

³⁶ LÓPEZ VELA, R., «Judíos, fanatismo y decadencia. Amador de los Ríos y la interpretación de la historia nacional en 1848», *Manuscrits*, 17 (1999), pp. 69-95.

³⁷ «Escribir la historia de la nación: proyectos y herencia de la historiografía de Modesto Lafuente y Rafael Altamira», *Investigaciones Históricas*, 1997, 17, p. 143.

³⁸ DÍEZ DEL CORRAL, L., *El liberalismo doctrinario*, Madrid, 1984.

³⁹ CIRUJANO MARIN, P., *et al.*, *Historiografía y nacionalismo, op. cit.*, p. 88.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 112 y ss.

cusión. Evidentemente, otras historias generales también hablarán del reinado concediéndole notable importancia, pero en casi todas ellas, por no decir en todas, será visible la huella de la interpretación de Lafuente sobre la relación del Emperador y los españoles, el papel de las Cortes, la importancia de los moriscos, etc.

Como el resto de la obra, los capítulos dedicados a Carlos V se desarrollan dentro de las pautas de una historia política basada en el relato más o menos detallado de los acontecimientos. Por supuesto, las referencias a la historia económica o social son bastante escasas, mientras sí presta bastante mayor atención a los aspectos religiosos. Modesto Lafuente va a citar diversas fuentes, crónicas casi en exclusividad, junto a algunos documentos provenientes del Archivo de Simancas, y algunas obras historiográficas. Estas citas no deben engañar, porque el autor construye el grueso de sus capítulos sobre la base de la obra de Robertson en torno a Carlos V. En los referentes a la historia de las Comunidades sigue muy de cerca el libro publicado poco antes por A. Ferrer del Río, *Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla, 1520-1521*⁴¹. Quizá los capítulos más originales sean los dedicados a seguir la vida interna de los reinos hispanos tras su pacificación en los que tiene muy en cuenta los libros de Sandoval, que se habían reeditado poco antes⁴², y sigue muy de cerca cuanto se decide en las Cortes de Castilla y los reinos de Aragón. Ésta es la parte más novedosa, porque el resto del grueso, de las noticias que da, se pueden considerar como un resumen de la información que presentan estos dos autores.

Sin duda, la obra de W. Robertson es un punto de referencia esencial para Lafuente y otros historiadores de la época. La deuda con Robertson por parte de los historiadores de la época de Isabel II cuando hablan de la primera mitad del siglo XVI es tan notable, que a veces resulta avasalladora. Efectivamente, *La historia del reinado del emperador Carlos V* gozó de un justo reconocimiento durante este prolongado período. Las fuentes que maneja son abundantes y contrastadas, destacando la minuciosidad con la que reconstruye las vicisitudes políticas en las que se desarrolló la política imperial. Significativamente, habla muy poco de la biografía de Carlos V, de sus esposas, amantes, estados de ánimo, etc., pero sí y con precisión de su personalidad. Las referencias a estos aspectos, que tanto gustaban en el siglo XVIII, son circunstanciales y derivadas del hilo de la narración. Es una historia narrativa centrada en los acontecimientos políticos internacionales. No obstante, es de una gran calidad y de una asombrosa riqueza de fuentes, esencialmente crónicas, para lo que se hacía en la época que marcó pautas en la historiografía ilustrada.

El siglo XVI para Robertson está marcado por un sustancial cambio histórico en el que Carlos V tuvo un singular protagonismo. En los siglos de anarquía feudal no había posibilidad de desarrollos intelectuales, ni artísticos, ni de seguridad personal,

⁴¹ Establecimiento Tipográfico de Mellado, Madrid, 1850.

⁴² *Historia del Emperador Carlos V*, Establecimiento Ltrio. Tipco. de P. Madoz y L. Lagarti, Madrid, 1846, 8 vols.

ni se podía purificar el gusto. Hasta los hombres más importantes de esta larga época de oscuridad, ignoraban los rudimentos de la lectura y la escritura. Para conseguir un desarrollo de la razón y del individuo, resulta imprescindible un gobierno estable que garantice la seguridad personal ⁴³. Antes los pueblos vivían bastante aislados y las relaciones entre ellos eran esporádicas y de escasa consideración. «El siglo de Carlos V puede considerarse como el período en el que el estado político de Europa comenzó a tomar nueva forma», que marcará la marcha de los asuntos hasta un futuro en el que él adivina el nacimiento de su presente histórico.

Para él, explicar el reinado de Carlos V supone comprender el origen de muchos problemas de la Europa que conoce y, por tanto, en su perspectiva no caben los detalles pasajeros o locales «yo me he propuesto recoger de su administración los grandes hechos, que surtieron efectos universales o que se echan de ver hoy en día» ⁴⁴. Es decir, apenas hay noticias del gobierno de los reinos de Castilla o Aragón o cualquier otro Estado del imperio, porque estos aspectos son para el autor claramente secundarios, «detalles» frente a los grandes combates militares o las relaciones diplomáticas que deciden batallas. A lo largo de la obra tendrá un notable cuidado en cumplir esta premisa, centrándose en los aspectos más sobresalientes de la política internacional europea y en la evolución de los grandes sucesos de los Estados de Carlos V, ya sean las Comunidades o los conflictos entre los príncipes y el Emperador en el seno del Imperio. Consciente de la magnitud de su empeño, advierte de su imposibilidad de tratar los asuntos de América, por los que confiesa singular interés y sobre los que le gustaría escribir un trabajo aparte, como hizo.

En la advertencia al lector, Robertson precisa su metodología, porque desde el principio reconoce que la tiene, habiéndose empeñado en muchas discusiones «críticas» más propias de «jurisconsulto» o «erudito», que de «historiador». Algo que los «instruidos» sabrán apreciar. No obstante, para el oficio de historiador implica forzosamente el dar substancia de las fuentes de donde ha sacado su información y más en su caso que, por haber seguido caminos poco trillados, tiene que citar a los autores que le «han guiado» ⁴⁵. Pero también señala su filosofía de la historia y quien la inspira. Voltaire es el autor que más

he seguido en mis investigaciones como guía y me ha indicado no sólo las cosas en que importaba pararse, mas también las consecuencias que debía deducir de ellas (...). Pero como imita raras veces el ejemplo de los historiadores modernos, que citan las fuentes en donde han bebido los hechos que refieren; no he podido descansar en su autoridad para confirmar ningún punto oscuro o dudoso ⁴⁶.

⁴³ *Historia del reinado...*, op. cit., I, p. 31

⁴⁴ *Ibid.*, p. XIII.

⁴⁵ *Ibid.*, p. XIV.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 344.

Además de Voltaire, cita como gran autoridad a Hume ⁴⁷ y otros autores del siglo.

Ya Robertson decía en la primera edición de su obra en 1769, que para comprender al César había que situarse en el momento en el que recibió la noticia de su elección imperial en Barcelona. Aquí fue donde concibió

aquellos agigantados proyectos de gloria que sedujeron a su imaginación durante todo su reinado y se debe subir a esta época para ver originarse y desenvolverse el gran sistema de ambición que convierte en tan interesante la historia de su vida.

Sin embargo, los españoles no recibieron con agrado la noticia, porque entendieron que se iba a derramar su sangre, que «se malgastarían sus tesoros en sostener el brillo de un título extranjero y toda la nación se vería embrollada en el laberinto de la política italiana y alemana» ⁴⁸. Carlos V y su imperio es lo que le interesa a Robertson, no «los españoles». No deja de tener razón Lafuente cuando, refiriéndose al tratamiento en la obra del historiador inglés a las Comunidades, dice:

pero Robertson está lejos de poder ser considerado como autoridad relativamente a los acontecimientos que en aquella época pasaron dentro de la Península, en cuya relación es por otra parte muy sucinto, así como se extiende difusamente en los sucesos de fuera. Este historiador trató el reinado de Carlos V considerándole más como Emperador que como Rey de España. Desconocía además varias de las principales fuentes históricas de aquel tiempo ⁴⁹.

Efectivamente, Robertson no maneja muchas crónicas españolas, no son su fuente principal, pero, sobre todo, no le interesan demasiado los sucesos internos de los reinos peninsulares. Dedicará alguna atención a las Comunidades, poco a las Germanías y después las referencias a los asuntos de «España» serán llamativamente escasas. Tiene conciencia de las diferencias entre los reinos de Castilla y Aragón, pero cuando haga alusiones a los reinos peninsulares hablará de España sin más distinciones.

En este trabajo, lo importante no son las virtudes del resumen que llevó a cabo Lafuente, ni sus aportaciones originales, sino el análisis de la interpretación general del Emperador y de los grandes hitos de su reinado. Aquí su punto de vista será bastante distinto del ofrecido por Robertson. Ésta es la faceta en la que se centrará el trabajo. A fin de cuentas, Lafuente partía de una interpretación diferente de la de aquel autor en lo referente a la evolución de la historia nacional y, sobre todo, tenía una consideración muy distinta de los Reyes Católicos, los fundadores de la nación española en el estricto sentido de la palabra, según Lafuente. Este autor estaba mucho más cerca de W. Pres-

⁴⁷ *Ibid.*, p. 33. Para una visión más completa de la metodología e interpretación de Robertson, *vid.* POCOK, J. G. A., *Barbarism ad religion*, II, Cambridge, 1999, pp. 258-299.

⁴⁸ *Historia del reinado...*, *op. cit.*, II, p. 55.

⁴⁹ *Historia General*, *op. cit.*, X, p. 173, nota 1.

cott⁵⁰ o de Amador de los Ríos, a los que utiliza abundantemente en su análisis del reinado de Fernando e Isabel, que de la visión ilustrada de Robertson. En los patrones políticos del siglo XIX, a los Reyes Católicos les correspondía un protagonismo de primera importancia en la historia española con el que coincidirán con matices el conjunto de historiadores de estos años, sean españoles o no. Es la época dorada de la formación de España en la que se decidió gran parte de lo que será la nación, y desde este arranque Lafuente y los historiadores del período entienden los años de Carlos V.

No era muy difícil recoger la visión de Carlos planteada por de Robertson en cuanto príncipe heroico y humanista adulcorando sus contornos, pero resultaba inevitable la repugnancia ante el sepulturero de las libertades nacionales o el Rey que abandonaba la nación para luchar por intereses extranjeros. Lo difícil era integrar ese conjunto de elementos en la trayectoria nacional con sus contradicciones sin que el balance final resultase tan negativo como el planteado por Martínez de la Rosa. Y para ello, resultaba imprescindible plantearse el problema de la articulación de las relaciones de los españoles con Carlos, algo que apenas había desarrollado Robertson. Aunque Lafuente hará un notable esfuerzo por tratar con más detenimiento los sucesos en los reinos hispanos recogiendo la historiografía que se estaba haciendo en aquellos años, documentación de Simancas, las crónicas y la documentación que se estaba publicando, etc., al final confesará:

por más sensible que sea el historiador español tener tanto tiempo apartada su vista de España, durante la larga ausencia del Emperador; por más que se sienta ver como absorbida la nación por el imperio, forzoso nos es seguirle todavía algún tiempo en aquellos países; porque la figura gigantesca de Carlos V es tal, que arrastra al historiador y le obliga, como obligaba a todos los hombres de su tiempo, a seguirle y contemplarle do quiera que estuviese o se moviese⁵¹.

Inevitablemente, la política del Emperador era lo más conocido gracias a Robertson y, además, el escenario en el que se había proyectado el heroísmo y la grandeza de los españoles. Lafuente dedicará el grueso de sus páginas a seguir estos acontecimientos, preocupándose de resaltar la participación española.

¿Hasta qué punto fue influyente la interpretación de Lafuente sobre el Emperador? *La Historia del emperador Carlos V (1500 a 1558)*⁵², de José Muñoz Maldonado, conde Fabreque, la única obra dedicada a tratar monográficamente el reinado del Emperador en España durante el siglo XIX planteará, las cosas de forma bastante elocuente a la hora de entender la influencia de Robertson y Lafuente. En el prólogo explica que su libro corresponde a un encargo del editor, don Francisco de Paula y Mellado, que

⁵⁰ *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, 2 vols., Imprenta de la Biblioteca del Siglo, Madrid, 1848.

⁵¹ *Historia General de España*, XII, Establecimiento Tipográfico de Mellado, Madrid, 1853, pp. 327-328.

⁵² Establecimiento Tipográfico de Fr. de P. Mellado, Madrid, 1862.

pretende iniciar con su libro una serie de estudios sobre la Historia de España. En las primeras líneas explica:

tal vez esta historia no es fondo sino la traducción y la condensación de la célebre historia escrita en inglés por Robertson; empero a la que se ha añadido un nuevo interés modificando ciertos pasajes en que este historiador tan apreciable se dejó llevar de las preocupaciones de su nación y rectificando otros con datos y documentos auténticos encontrados posteriormente en Simancas y otros archivos españoles ⁵³.

Efectivamente, la historia de Muñoz Maldonado sigue todavía más de cerca que Lafuente a Robertson, llegando incluso a destacar las cualidades del monarca francés Francisco I, «ese rey caballero, tipo de carácter francés» ⁵⁴, frente a Carlos V, siempre dispuesto a traicionar. Le reconocerá su gran capacidad para conocer a los hombres y el ser un buen general, pero «estas bellas cualidades fueron oscurecidas por una ambición insaciable que oprimió y agotó los recursos de su pueblo» ⁵⁵. Sin embargo, en otros apartados de la obra recogerá las aportaciones que había desarrollado Lafuente, hablando de «su excelente *Historia de España*» ⁵⁶.

Robertson y Modesto Lafuente marcarán la interpretación del período del Emperador en la España de Isabel II, teniendo en cuenta que el período de la Restauración tampoco mostró una gran preocupación por este reinado. Robertson fue el libro consultado por Joaquín Costa para preparar las lecciones dedicadas a Carlos V en sus oposiciones de la Universidad Central de 1875, aunque observando el temario se constata también la influencia de Lafuente en el tratamiento de algunos aspectos ⁵⁷. Creo que no sería demasiado aventurado pensar que la visión de Carlos V que predominó durante el grueso de la segunda mitad del siglo estuvo determinada por Robertson, la reinterpretación que de su obra hizo Lafuente y, muy especialmente, por la articulación de las relaciones entre el Emperador y los españoles que hizo este último.

De Carlos I de España al emperador Carlos V. La pérdida de las libertades nacionales

Modesto Lafuente dedica muchas páginas al reinado de Carlos V, pero pocas a su persona. La figura de Emperador no le interesa tanto como la de Felipe II y por

⁵³ *Ibid.*, p. VII.

⁵⁴ *Ibid.*, p. VIII.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 341.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 330.

⁵⁷ PEIRÓ MARTÍN, I., «La fortuna del emperador», *op. cit.*, pp. 181-182; COSTA, J., *Oposiciones a la cátedra de Historia de España de la Universidad Complutense. Progra y Método*, Introducción de Piró Martín, I., Zaragoza, pp. 132-133.

esta razón apenas se centra en su biografía, contentándose con dar algunos rasgos de su personalidad al hilo de los acontecimientos y como apunte explicativo de lo sucedido. Quizá sea al final, al narrar su muerte, cuando el lector tenga mejor ocasión de apreciar la identidad profunda de uno de los «grandes monarcas de todos los tiempos». Un enfoque muy significativo de como autor entiende la grandeza de este Rey de España, además de Emperador, y su relación con la nación y con los españoles. Sus apuntes biográficos parten de una valoración no tan distinta de la que había trazado Robertson, al que, sin embargo, está contestando constantemente en sus observaciones y valoraciones sobre la figura del Emperador. Para ambos, los rasgos personales de los protagonistas de la historia merecen un análisis especialmente detenido y por ello también este punto será tratado en el presente trabajo con especial atención, así como el diálogo de Lafuente con Robertson sobre esta importante cuestión. Éste es el motivo por el que al final de la ponencia se ha recogido en forma de apéndice documental las valoraciones de Robertson sobre los dos grandes protagonistas del período que marcarán los acontecimientos en Europa: Carlos V y Francisco I. Los dos grandes protagonistas a los que constantemente se estará refiriendo Robertson y a través de cuyo conflictivo diálogo construye buena parte de la interpretación de los acontecimientos.

Las distintas posiciones que mantienen estos dos autores son representativas de las posiciones que mantendrán la mayoría de los autores sobre el particular, teniendo en cuenta que entre ellos son más los que se inclinan a favor del Emperador que los que alaban al rey francés. Y es que las valoraciones de Du-Hamel, Dunham, etc., son bastante más respetuosas con la figura del Emperador de lo que sucederá en la segunda mitad del siglo XIX. Recientemente, Alonso-Fernández, partiendo de una historiografía bastante semejante a la que aquí se analiza, ha trazado un cuadro psichistórico del Emperador que precisa clínicamente lo que estos autores describieron⁵⁸.

A lo largo de los capítulos dedicados por Lafuente a este reinado, queda claro el cambio que se produce entre el joven Rey que llega a España desde los Países Bajos y cuya negativa actuación tanto tuvo que ver con el estallido de las Comunidades y las Germanías, al Emperador que toma importantes resoluciones tras su regreso a España coronado Emperador. Sus decisiones e instrucciones «revelan cuánto había ido creciendo la capacidad de este príncipe, cuyas facultades intelectuales se habían creído al principio harto limitadas»⁵⁹. La rebelión de sus súbditos españoles, junto a los problemas derivados del gobierno de sus dominios, las guerras con Francia, etc., le forzaron a convertirse en un agudo estadista. Con esta valoración está siguiendo las pautas largamente establecidas en la historiografía a estas alturas del siglo. Lo dijo primero Robertson y todos continuaron contribuyendo así a rebajar en el conjunto de su biografía los efectos de sus primeros errores en la Monarquía Católica.

⁵⁸ *Historia personal de los Austrias españoles*, Madrid, 2000.

⁵⁹ *Historia General*, op. cit., XI, p. 464.

Desde su llegada a la Península, el futuro Emperador aparece rodeado de un estrecho círculo de flamencos «cuya codicia y rapacidad les era conocida [a los españoles] desde el tiempo de su padre Felipe el Hermoso» y él «parecía un joven de cortos alcances» que apenas sabía algunas pocas palabras de español⁶⁰. Para los flamencos, España y sus posesiones constituían un botín que se apresuraron en devorar desde su llegada. Chivres dominaba al Rey como ayo y como ministro, Sauvage había sido nombrado canciller de Castilla, Adriano había obtenido el capelo cardenalicio y el joven Guillermo de Croy, sobrino de Chivres, fue el sustituto de Cisneros en la mitra toledana, algo que terminó por indignar completamente a los españoles. Éste es el principal argumento que desarrolla Lafuente para explicar la creciente hostilidad del conjunto de los reinos hispanos ante un Rey que desde el principio actúa como un extranjero rodeado de extranjeros sin dejar que se le acerquen los españoles.

Robertson ya había dicho que «el gobierno feudal de España favorecía entonces la libertad mucho más que ningún otro Estado de Europa» y esto se manifestaba claramente en las ciudades que tenían una importancia central y habían logrado suavizar «el rigor de las leyes feudales»⁶¹. Pocos son los distintivos singulares que separan a los españoles del resto de Europa para Robertson y para los autores de las primeras Historias de España. A diferencia de lo que será la actitud de los españoles períodos posteriores, los de estos tiempos, forjados en el reinado de los Reyes Católicos, aparecen retratados por Modesto Lafuente plétóricos de iniciativa y energía, de capacidad para plantar cara a desusadas actuaciones del Rey y sus consejeros. El resultado será un constante forcejeo. Desde la resistencia de los consejeros flamencos a que Carlos sea jurado en las Cortes de Valladolid de 1518 y, sobre todo, a que él tenga que jurar los fueros de Castilla, Lafuente es consciente del problema constitucional que se plantea.

Lo que principalmente había que deliberar era si se había de reconocer y alzar a Carlos por Rey viviendo su madre Doña Juana, reina legítima y propietaria, que era caso nuevo y desusado en Castilla, y si se le había de prestar juramento antes que él jurase guardar los capítulos de las anteriores Cortes⁶².

Un problema que se resuelve convirtiendo en Rey a Carlos, junto a su madre, aunque entre grandes tensiones.

Las Cortes y sus procuradores son retratados como los líderes nacionales que se enfrentan a los flamencos y defienden las leyes y los intereses del reino a pesar de las amenazas que se vierten contra ellos. Zumel, el procurador de Burgos, es presentado como el gran héroe que se enfrenta contra la presencia de los extranjeros en las Cortes. Al final Carlos es obligado a jurar los fueros y leyes de Castilla, comprometiéndose a no dar empleos a los extranjeros. Sólo después de cumplir esta formalidad, los nobles

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 90-91.

⁶¹ *Historia del reinado...*, *op. cit.*, II, p. 144.

⁶² LAFUENTE, M., *Historia General*, *op. cit.*, XI, p. 82.

y el resto de los magnates juraron al Rey. Además, las Cortes forzaron al Rey a asumir gran parte de las ochenta y ocho importantes peticiones. Éstas iban desde que se tratase adecuadamente a la reina Juana, que Carlos se casase cuanto antes, que su hermano Fernando no saliese de los reinos, hasta que el Rey hablase castellano, no se introdujesen nuevos impuestos, no se enajenase el patrimonio real, que se ocupase de la gobernación del reino y diese audiencia dos veces por semana para tratar las cuestiones del reino, etc.⁶³ Efectivamente, para Lafuente, Castilla se encontraba plena de energía y concentraba su vitalidad en donde debía estar: en sus Cortes, en el órgano que representaba el reino. La jura del Rey de los fueros de Aragón y Cataluña revela a unos reinos que mantienen una desconfianza similar a la de los castellanos, que imponen condiciones y que tan sólo conceden el servicio pedido por la Corona tras muchas negociaciones y concesiones. Significativamente, el autor no va a prestar gran atención a la marcha de Fernando al imperio, algo que, sin embargo, constituye para otros autores una gran pérdida nacional⁶⁴.

Las Comunidades y la defensa de las tradiciones castellanas

La muerte del emperador Maximiliano y la opción de éste por Carlos situó la relación del Rey con los reinos en un marco bien distinto. Su elección imperial fue muy costosa por la concurrencia de rey francés Francisco I y desde su elección, tal y como ya había señalado Robertson, comenzaron a bullir en la cabeza del Emperador electo grandes proyectos que posteriormente habrían de «asustar al mundo». Éste también es el punto de desencuentro con los españoles que vieron tal elección «como un acontecimiento infausto»⁶⁵ que acarrearía la ausencia del Rey durante largos períodos. Primero adoptó el título de Rey de los Romanos y en nota señala la importancia que dio a este título. A partir de este momento Carlos introdujo el tratamiento de Majestad, que será el que se mantendrá desde entonces y que rápidamente se copió por el resto de las Monarquías europeas. En ello, Lafuente ve claros síntomas de las tendencias despóticas de Carlos.

Siguiendo muy de cerca el libro de Ferrer del Río, Lafuente dedica gran interés a los prolegómenos de las Comunidades a través de la convocatoria y desarrollo de las Cortes de Santiago, posteriormente trasladadas a La Coruña.

La ausencia del soberano, la reunión de las Cortes en un punto excéntrico y desusado, y el nuevo pedido cuando aún no había acabado de cobrarse el servicio otorgado en las

⁶³ *Ibid.*, pp. 86-89. En esta parte se percibe la huella de FERRER DEL RÍO, A., *Historia del levantamiento*, op. cit., pp. 23 y ss.

⁶⁴ DU-HAMEL, V., *Historia constitucional*, op. cit., p. 96.

⁶⁵ LAFUENTE, M., *Historia General*, op. cit., XI, p. 101.

Cortes de Valladolid, cada una de estas tres cosas era bastante y todas juntas sobraban para irritar a los castellanos, ya harto desazonados ⁶⁶.

Mientras, no cesaban de crecer los rumores sobre el dinero que estaban sacando los flamencos del reino. Para la historiografía de la primera mitad del siglo era una opinión común la crítica a la convocatoria de estas Cortes, acusando a los flamencos de no respetar las leyes y las costumbres de Castilla y de manipular y corromper a los procuradores ⁶⁷.

En estas circunstancias, las ciudades castellanas comenzaron a tomar la iniciativa. La primera fue Toledo dirigiéndose al resto de las ciudades en una carta en la que exponía los agravios que había recibido el reino desde la llegada del nuevo Rey y los inconvenientes de su ausencia. Cuando Carlos llegó a Valladolid camino de Santiago se encontró a un concejo unánime en pedirle que no abandonase la Península. Mientras los flamencos corrompían a algunos regidores, el pueblo, dice Lafuente, «se irritó más y la agitación se fue convirtiendo en alarma y tumulto, animándose más con la llegada de los comisionados de Toledo y de Salamanca» ⁶⁸. El tumulto degeneró en motín y el Rey tuvo que abandonar Valladolid furtivamente. La dialéctica entre unos «políticos» corrompibles y un pueblo que estalla violentamente, constituye una imagen frecuente en la obra de Lafuente y de ella habitualmente se derivan grandes convulsiones y revoluciones. Sólo cuando los dirigentes actúan políticamente moderando la causa popular, se lograrán resultados y se evitarán revoluciones, no siendo tan importante en este caso si se corrompen o no.

En poco tiempo en las ciudades más importantes de Castilla, aquellas que tienen voto en Cortes, la situación se va crispando y sobre este trasfondo comienzan las Cortes. Lafuente dedica notable atención a seguir el comportamiento de los procuradores de las distintas ciudades. Salamanca y Toledo aparecen a la vanguardia del movimiento, junto al propio reino de Galicia, ofendido porque no le concediesen procurador. Cuenca y Segovia son las que más rápidamente flaquean, mientras León y Córdoba exigían que no se concediese el servicio en tanto el Rey no se pronunciase sobre las peticiones de las ciudades. De hecho, según Lafuente, la situación crispada de Santiago forzó al traslado de las Cortes a La Coruña. Al final, con la escasa mayoría de un voto, las Cortes accedieron al servicio pedido entre amenazas y la concesión de importantes mercedes a los procuradores que se avenían a las peticiones de la Corona. Inmediatamente después, el Rey inició el viaje hacia el imperio, decidiendo nombrar al cardenal Adriano como gobernador y regente del reino. El nombramiento de un extranjero para

⁶⁶ *Ibid.*, p. 103.

⁶⁷ DUNHAM, *Historia de España*, op. cit., pp. 199 y ss.; DU-HAMEL, V., *Historia constitucional*, op. cit., pp. 88 y ss.

⁶⁸ *Historia General*, op. cit., XI p. 105.

este cargo «bastó para que muchos magnates de los que aspiraban a tener parte en el gobierno dejaran resentidos la corte y se viniesen desazonados a sus tierras»⁶⁹.

Carlos abandonó España al borde del estallido y el regente pudo ser consciente de la situación en el mismo viaje de regreso a Valladolid. Por el reino comenzaron a expandirse todo tipo de rumores desmesurados, «especies que el crédulo vulgo acogía fácilmente, pareciéndole todo verosímil en vista del comportamiento de los flamencos, y los sacerdotes con sus predicaciones acaloraban y enardecían en vez de templar y sosegar los ánimos»⁷⁰. La desobediencia al Rey y a los corregidores se convirtió en algo cotidiano. Lafuente describe la situación de propagación del «fuego» en las ciudades como «asonadas», se refiere a los «revoltosos» y describe con cierto detalle los «tumultos» de Segovia, Zamora y Burgos. Por doquier aparecen los excesos de la multitud enardecida, ciega y cruel que en su irracionalidad va cometiendo todo tipo de abusos.

Una dinámica que va a llevar a que algunos de los más significados defensores de la causa «popular», como Zumel, se pongan del lado de la nobleza. No obstante, como señala refiriéndose al trato dado a los procuradores de Burgos, que habían votado a favor de las peticiones reales en las Cortes,

vengábanse los revoltosos en demolerles las casas, quemando antes las alhajas y muebles, en lo cual mostraban más ira y encono que deseo de pillaje y de enriquecimiento de lo ajeno, cosa extraña en tales desbordamientos y más mezclándose en ellos tanta gente plebeya y pobre⁷¹.

Para Lafuente este tipo de «desmanes y crímenes» son inevitables en todo tipo de sublevaciones y revoluciones. Ésta es una idea que repetirá constantemente a lo largo de la obra. Aunque las causas de muchas rebeliones sean justas, al final acaban siendo peores que la injusticia contra la que se sublevaron. Ésta es una idea central en la *Historia General*.

El tratamiento del conflicto de las Comunidades por Modesto Lafuente y por la historiografía hispana del período, le convierten en un momento central de la historia patria, aquel que marca un antes y un después en la evolución de la historia nacional. Antes España era de una manera, después será de otra. Para Lafuente, las Hermandades eran las ligas o federaciones que se formaban entre ciudades para defender sus fueros y libertades de la Corona o lo nobles en la Edad Media. Las Comunidades surgieron contra los agravios de la Monarquía y sus ministros flamencos y contra los procuradores que habían traicionado a sus ciudades. Del mismo modo, «se llamó comuneros a todos

⁶⁹ *Ibid.*, p. 112; DU-HAMEL coincide con esta imagen de desazón con la que salen los nobles de las Cortes, *Historia constitucional*, op. cit., p. 298.

⁷⁰ LAFUENTE, M., *Historia General*, op. cit., XI, p. 114.

⁷¹ *Ibid.*, p. 121.

los que defendían el movimiento popular, porque a la voz de comunidad se habían alzado»⁷².

El autor tiene especial empeño en reivindicar las Comunidades, porque los escritores enemigos de las libertades han tenido tres siglos para desprestigiar y presentarle como anárquico y desorganizador de España. Para el autor, la realidad es justo lo contrario. Las ciudades castellanas tenían pleno derecho a reclamar.

En su memorial de peticiones no demandaban sino la restitución de lo que habían poseído, dé lo que les habían reconocido los soberanos de Castilla, de lo que habían gozado con los Reyes Católicos, y de que un monarca joven y extranjero les había bruscamente despojado⁷³.

Efectivamente, las Comunidades no fueron un movimiento contra la Corona ni contra la nobleza, sino un movimiento con peticiones justas que se anticiparon a su época. Del análisis de Lafuente se desprende que los más lucidos de los sublevados defendían una tradición de gobierno en la que las Cortes, es decir, el estamento popular, participaba en el gobierno junto a los Reyes y éstos gobernaban teniendo en cuenta el parecer de las Cortes. Todos participaban de unos mismos objetivos: el bienestar general y el engrandecimiento de la nación a través de su acción diplomática y militar. Así había sido con los Reyes Católicos y lo que se había roto con la llegada del joven Carlos. Esta ruptura del orden tradicional desarrollado por los Reyes Católicos es algo en el que ya insistió Robertson y siguió la historiografía posterior. Du-Hamel lo resume al decir: «las ciudades no tenían entonces idea alguna de revolución, ni querían hacer más que una defensa pacífica»⁷⁴. Desde luego, a esas alturas del siglo XIX no se puede decir que las Comunidades estuviesen «desprestigiadas», sino más bien lo contrario.

Como todo «sacudimiento popular» en el que las «masas» tienen el protagonismo y dura más de algunas semanas, las Comunidades evolucionaron entre excesos. En un principio era el resultado de la irritación y la indignación contra los procuradores que les habían traicionado o contra los flamencos. Pasados estos primeros momentos el robo y los desmanes se convirtieron en algo habitual en lo que participaban los dos bandos por igual. En conclusión, «era insoportable la situación de Castilla», no habiendo hacienda ni camino seguro. «Achaque y paradero común de las revoluciones, aun de las de origen más legítimo»⁷⁵. En efecto, Lafuente se detendrá en relatar los excesos de cada una de las partes y en dejar patente la situación caótica que reinaba.

Durante tiempo los comuneros fueron los dueños de la situación. Las ciudades participaban de unos mismos principios y en su causa participaban gran número de eclesiásticos de todas las categorías, juriconsultos, hombres acaudalados, artesanos, gen-

⁷² *Ibid.*, p. 126.

⁷³ *Ibid.*, XV, pp. 14-15.

⁷⁴ *Historia constitucional, op. cit.*, p. 289.

⁷⁵ LAFUENTE, M., *Historia General, op. cit.*, XI, p. 206.

te humilde y adinerados, hasta algunos magnates se habían adherido, aunque la mayoría permanecía neutral y a la «expectativa del desenlace». El ejército de la Comunidad, considera Lafuente, era bastante más numeroso, mientras el Rey estaba lejos y el regente carecía de prestigio, mostrándose incapaz de recaudar tributos ni reclutar tropas. Los ataques de las tropas reales sobre Segovia se había saldado con un rotundo fracaso y el incendio de Medina del Campo había provocado tal horror, que había echado en brazos de los sublevados al grueso de la población.

Con todo a favor, las Comunidades, sin embargo, no supieron aprovechar las circunstancias favorables. Para el autor,

las causas más populares, los movimientos más espontáneos y robustos flaquean y se malogran, cuando no se les da una dirección atinada, cuando carecen de jefe hábil, discreto, político, que poniéndose a la altura de los acontecimientos, y como quien dice dominiéndolos, sepa enderezarlos y conducirlos a término feliz ⁷⁶.

Ésta fue la gran tragedia de un movimiento tan «patriótico», como fundado y justo. Padilla era un esforzado caballero y muy querido por todos, pero carecía de capacidad de dirección, ni de gobierno. No tenía dotes estratégicas. A lo largo de todo el desarrollo de las Comunidades se aprecia lo mismo, una falta general de perspectiva y de dirección, una incapacidad para utilizar las ventajas obtenidas, una tendencia a dejarse llevar por los acontecimientos, a la pasividad y a la debilidad ante las dificultades. Hay unanimidad entre todos los autores en convertir a Padilla en el gran héroe de las Comunidades y tras la derrota de Villalar, Ferrer del Río analizará la resistencia de la ciudad de Toledo a través de la actuación de la viuda de Padilla, María Pacheco ⁷⁷.

Para Lafuente una de las grandes deficiencias de las Comunidades fue su ineptitud para atraerse a la nobleza. Sus deseos de hacer pechar a los nobles empujó a éstos a separarse del movimiento popular, terminándoles por inclinarles del lado del Rey y convirtiéndoles en acérrimos enemigos. De ello supo aprovecharse el Emperador, nombrando a dos grandes para que compartiesen la regencia con el cardenal Adriano. Una medida que «quebrantó moralmente a los populares, y lo que antes era causa nacional se trocó en contienda entre dos grandes partidos, en que estaba de una parte el trono y la nobleza, de otra solamente el pueblo» ⁷⁸. Aun con todo, la derrota de las Comunidades fue el resultado de distintas circunstancias, entre ellas la traición de algunos nobles y la imprevisión de los capitanes comuneros, consecuencia de la falta de una cabeza, porque las fuerzas, según Lafuente, estaban muy igualadas. Sin todo ello, los nobles habrían perdido en Rioseco.

De error en error, se fue debilitando el movimiento, ni Acuña ni Padilla, los jefes militares, fueron capaces de organizar bien la lucha, ni Laso y Ortiz lograron una recon-

⁷⁶ *Ibid.*, p. 208.

⁷⁷ *Historia del levantamiento*, op. cit., pp. 263 y ss.

⁷⁸ *Historia General*, op. cit., XI, p. 209.

ciliación justa, ni los procuradores de la Junta aceptaron condiciones hartamente razonables que los próceres les ofrecían y de las que hubieran podido salir hartamente aventajados. En estas vacilaciones y

en un estado que no era de paz ni de guerra, el más perjudicial a las revoluciones, para las cuales el no marchar es retroceder y es perder el no ganar, malgastaron un tiempo precioso, sin acertar a salir ni vencedores ni amigos de los magnates ⁷⁹.

La consecuencia fue la derrota de Villalar, que es descrita por Lafuente con bastante detalle, no exenta de notas melodramáticas en que una vez más sobresale el gran caudillo de la causa comunera que es Padilla.

Una vez concluidas las Comunidades, Modesto Lafuente, siguiendo los pasos de Ferrer del Río, no tiene inconveniente en separarse explícitamente de la opinión general de los cronistas e historiadores en torno a su clemencia del Emperador en el castigo a los comuneros ⁸⁰. Se había ejercido escasa crueldad con los sublevados, pero ello se debía a la voluntad de los «virreyes y los magnates vencedores». Lo cierto es que

muchos comuneros notables se hallaban presos en varias ciudades y fortalezas del reino, pero aplazado habían su castigo los gobernadores, o por innecesario ya, o por apartar de sí la odiosidad del rigor, o tal vez con la intención noble de que el Emperador se acreditara de clemente usando con ellos la prerrogativa del perdonar ⁸¹.

Nada más desembarcar en Santander en el verano de 1522, Carlos V se ocupó de adoptar las medidas necesarias para aplicar el mayor rigor contra los que se habían sublevado en contra de la opinión de los grandes del reino que, como el Almirante de Castilla, eran partidarios de la suavidad. La muerte de Pedro Maldonado Pimentel, relatada con detalle por Ferrer, constituyó la primera prueba de la voluntad de Carlos V ⁸². El «verdadero causante de la revuelta, dice este autor, sobrepujaba con mucho y a sangre fría en rigor a los próceres que sostuvieron la lucha y fulminaron las sentencias contra sus enemigos en el estrépito de las lides», anulando lo acordado por los gobernadores con las ciudades ⁸³.

El Perdón General con el que Carlos pretendía dar por concluida la sublevación no obedeció, según Lafuente, a una política de indulgencia, como pretendido los panegiristas del Emperador, sino una muestra de rigor. De este Perdón quedaban excluidos todas las personas que se habían significado en la sublevación, ya fuesen eclesiásticos, nobles o menestrales. «De modo que el perdón sólo venía a alcanzar a los comuneros

⁷⁹ *Ibid.*, p. 210.

⁸⁰ *Historia del levantamiento*, *op. cit.*, p. 287, lleva a cabo un repaso de las opiniones de los cronistas de la época alabando la generosidad del Emperador en la concesión del perdón.

⁸¹ *Historia General*, *op. cit.*, XI, p. 245.

⁸² *Historia del levantamiento*, *op. cit.*, p. 289.

⁸³ *Ibid.*, p. 294.

insignificantes, a las masas del pueblo, y no era posible tampoco castigar a los habitantes de provincias enteras»⁸⁴. Para sostener su aseveración, Lafuente reproduce la lista de los exceptuados, unos trescientos, al tiempo que en una larga nota da cuenta de lo que lo sucedido a los personajes más insignes del bando comunero⁸⁵, haciendo una síntesis del capítulo que a ello había dedicado Ferrer del Río⁸⁶. Sólo los traidores, como Girón o Laso de la Vega, obtuvieron con el tiempo el perdón. Irremediablemente, Ferrer y Lafuente condenan a Carlos por toda su actuación ante el movimiento comunero.

Las Germanías: la explosión de un movimiento exclusivamente popular

El análisis que lleva a cabo Lafuente sobre este movimiento se resiente de la falta de una obra comparable a de Ferrer del Río sobre las Comunidades, de forma que el análisis que presentará no contiene información sustancialmente distinta de la que presentan otras historias del período y está en la misma línea de lo expuesto por Robertson. El carácter del movimiento popular de las Germanías es muy distinto para Lafuente al de las Comunidades. El propio autor los compara con frases ambiguas, pero su análisis resulta muy claro. Las Germanías es un movimiento mucho más sangriento y anárquico que las Comunidades. Se trata de un movimiento popular. Es cierto, dice Lafuente, que la nobleza valenciana oprimía de una forma insoportable a los plebeyos, que su opresión era más dura que en cualquier otra parte de España y que su cruel actuación rayaba en la ignominia, pero el comienzo del movimiento agermanado señala bien a las claras cuál será la naturaleza del mismo. Un sermón muy radical contra la sodomía que la culpabilizaba de los desastres que asolaban a la ciudad de Valencia, empujó a la plebe a asaltar la iglesia donde se exponía en vergüenza pública a delincuente de este delito. La agitación popular derivó en motín y el delincuente fue quemado vivo. «Orgullosa el pueblo con aquel terrible triunfo y con la humillación del justicia», comenzó a armarse colocándose a la cabeza Juan Lorenzo, un cardador que «propuso que para la defensa del reino contra los moros y del pueblo contra los nobles, y para el gobierno de la ciudad, se nombrara una junta de trece artesanos»⁸⁷.

Junto a este artesano, actuaba Guillén Sorolla y ambos empujaron al pueblo a declararse contra los nobles por considerarles traidores. Desde el principio no se da una confluencia de intereses de las distintas clases del reino. Nacen las Germanías de la lucha abierta de los sectores plebeyos contra la nobleza. Es decir, en opinión de Lafuente y del grueso de la historiografía de aquellos años, no se trata un movimiento nacional, sino de una rebelión popular con una perspectiva subversiva.

⁸⁴ *Historia General*, op. cit., XI, p. 249.

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 249-252 y 255-259.

⁸⁶ *Historia del levantamiento*, op. cit., pp. 296 y ss.

⁸⁷ *Historia General*, op. cit., XI, pp. 263-264.

Alarmados los nobles con los derroteros que tomaban las cosas, decidieron enviar una comisión a Carlos que se encontraba prestando juramento ante las cortes del Principado. Éste, inexperto y poco precavido, toma medidas del todo insuficientes, que revocará inmediatamente cuando una comisión de los Trece exponga los motivos para ir armados. El Rey decide convocar las Cortes del reino en su ausencia, bajo la presidencia del cardenal Adriano, ante el estupor y el desconsuelo de la nobleza del reino que se siente abandonada en tan difícil situación. A estas alturas el Emperador tan sólo tiene prisa por llegar a La Coruña, conseguir el servicio de las cortes castellanas y partir para hacerse con el cetro imperial. Prácticamente, según la visión de Lafuente, el monarca no va a prestar importancia a lo que se estaba produciendo en el reino valenciano lleno de prisa por llegar hacerse proclamar Emperador. La cédula real permitiendo a los gremios armarse fue entendida por gran parte del pueblo como un apoyo a la Junta de los Trece. Játiva, Murviedro, etc., se suman a las Germanías que adquieren un carácter cada vez más antinobiliario y más violento. Sólo entonces el cardenal Adriano comprendió el peligroso curso de los acontecimientos y el Rey nombró virrey al conde de Melito, don Diego Hurtado de Mendoza. No obstante, al mismo tiempo el Rey también concedía a los representantes de la Junta de los Trece el que se eligieran dos jurados de la ciudad de Valencia de entre los populares. Decisiones contradictorias que prueban, según Lafuente, «la conducta débil y ambigua» del Rey⁸⁸. La despreocupación por los asuntos de la nación que igualmente mostró ante los primeros conflictos de las ciudades castellanas, es lo que caracteriza a Carlos en esta coyuntura, según este autor.

La narración de los excesos de las Germanías en la *Historia General* difieren bastante de los que se habían producido en las Comunidades. Aunque insuficientes, aquí había líderes y los abusos de la multitud eran una parte importante, en cambio, en las Germanías son el eje de la descripción y de la interpretación desde el principio al fin. La presión popular está en el centro anegándolo todo desde el primer momento, modelando acontecimientos y forzando las cosas. Las Germanías son una auténtica revuelta popular sin otros dirigentes que los que salen de este grupo y esto condiciona por completo el desarrollo de los acontecimientos. Los líderes del movimiento serán personas generalmente con poca instrucción, tachadas de atrevidas, insolentes, decididas, valientes a veces, hábiles para tramar cualquier engaño o maniobra y con clara capacidad para suggestionar a sus seguidores. Lo que hace el «sindico Sorolla», según Lafuente, resulta bastante aleccionador de quiénes son los líderes de las Germanías y en general de cualquier movimiento popular. Al no poder tomar al asalto el palacio del virrey, Sorolla se escondió e hizo correr la voz de que aquél le había hecho matar. Evidentemente, la falsa noticia hizo aumentar el furor de la multitud que pretendió degollar al virrey. Para suerte de éste, el obispo de Segorbe averiguó la verdad y convenció a Sorolla a aparecer y calmar los ánimos, algo que aprovechó el virrey para huir⁸⁹.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 268.

⁸⁹ *Ibid.*, pp. 271-272.

Demagogos, maniobreros, personas sin palabra y dispuestos a cualquier engaño con tal de conseguir su objetivo, ésta es la madera de los líderes populares en la *Historia General*. En su interpretación, los líderes populares suelen ser interesados por antonomasia, recurriendo a la radicalización del movimiento para imponer su capricho y su poder. Ellos son los que lanzan a la multitud más allá de sus reivindicaciones originales contra los nobles, la Monarquía o quien sea. Indudablemente, se trata de personas con gran capacidad de influir en los demás, de atraerse el apoyo de eclesiásticos y algunas almas cándidas. El comportamiento de la multitud también es descrito en numerosas ocasiones en términos no muy distintos. Un pueblo que vive en condiciones de opresión, que cuando se desborda cae en la demasia siguiendo el parecer de los más radicales, cometiendo en su marcha todo tipo de atropellos, linchamientos y vilezas. Una vez lanzada, la muchedumbre se convierte en un monstruo incontrolable, hasta para sus líderes más respetados, en donde es fácil que anide la traición. Difícilmente un hombre de bien puede mantenerse dentro del movimiento. Éste fue el caso del primer líder las Germanías, Juan Lorenzo, que murió «lleno tal vez de remordimientos por haber impulsado una revolución que así desbordaba»⁹⁰. Las personas que más sentido común demuestran y que, por tanto, son moderados, siempre intentan evitar que la situación pueda derivar en estallidos. Esto precisamente es lo que no hizo Carlos con sus decisiones equivocadas en las Comunidades ni en las Germanías, al no intentar controlar las cosas desde comienzo.

Las posición de Lafuente sobre los sublevados en Valencia, resulta bastante común en la historiografía del período. Las Germanías tienen una consideración francamente negativa muy distinta a la de las Comunidades, en la que sobresalen constantemente los desmanes de la plebe. Es una revuelta popular y como tal es tratada y condenada. Dunham, que dedica cierta atención a los sucesos, también resalta su carácter «más que contra el Rey, contra los nobles, por lo cual ninguno de éstos abrazó la causa de los sublevados»⁹¹. La descripción de los desmanes y excesos es más sintética que en Lafuente, pero semejante. Para él, Valencia quedó gobernada por la «plebe furiosa», ya que «verdadero gobierno no tenía», decretando que no se pagasen tributos, ni tan siquiera a la Iglesia. Esta última afirmación llevará a Alcalá Galiano, su traductor, a intercalar una extensa nota en la que se distancia del historiador inglés, dejando clara constancia de en que consiste la interpretación nacional de la historia y porque un extranjero no puede entenderla adecuadamente. Para él el que la plebe se negase a pagar tributos a la Iglesia es poco creíble

por no ser la gente de aquellos tiempos, y particularmente la española, dada a sustentar doctrinas de teórica absoluta, sino a remediar los males que se figuraba que padecía. Lo que poco después hicieron los anabaptistas de Alemania, no era propio de los valencianos,

⁹⁰ *Ibid.*, p. 275.

⁹¹ *Historia de España desde los tiempos primitivos, op. cit.*, IV, p. 225.

que no trataron de mudar de religión, in aun de forma del gobierno, sino de desmandarse satisfaciendo pasiones brutales. Natural es que sus contrarios les achacasen mayor maldad de la que tuvieron, aunque no fue la suya poca ⁹²

En la historiografía liberal de estos años, los españoles pueden tener tendencia a la brutalidad y al exceso, pero no pueden manifestar actitudes de ruptura con la Iglesia, porque ante todo son católicos.

Después de la huida del virrey, las Germanías van a iniciar un rápido proceso de expansión en el que Lafuente se detiene señalando las ciudades que se sumaron al movimiento y, sobre todo, los ejércitos de los populares, siempre mandados por un menestral, las batallas que se dieron y las grandes crueldades que se cometieron por todos lados, especialmente brutales en el bando popular. Ante el levantamiento de «dos mil moros del país» en favor de la nobleza, junto a la muerte de dos jóvenes en Murviedro,

se armó instantáneamente el pueblo; un fraile agustino, llamado fray Lucas Bonet, corría las calles con un crucifijo en la mano arengando al pueblo y excitándole a vengar la muerte de los dos jóvenes, que llamaba mártires de Jesucristo ⁹³.

En este marco de exasperación social y religiosa, es cuando el caudillo popular Vicent Peris rindió el castillo de Polop, en el que había más de seiscientos moros, con la promesa de salvar la vida si se bautizaban. Nada más acabar la ceremonia del bautismo, los moros fueron pasados a cuchillo y despojados de todo.

La nobleza se une contra los sublevados y obtiene de los gobernadores el apoyo de tropas que se estaban reclutando en Andalucía, fruto de lo cual fue la liberación de Aspe, Crebillente, Alicante, etc. Entre tanto, en Valencia la Junta de los Trece perdía el control de la situación «sublevábasele, dice Lafuente, con el más ligero pretexto la plebe, y los reveses de fuera aumentaban, como acontece siempre, la exasperación de los revoltosos y díscolos» ⁹⁴. De nada sirvió que los moderados llamasen al infante don Enrique de Aragón, porque V. Peris se opuso y la multitud se manifestó claramente opuesta. La incontrolable situación de Valencia llevó a la Junta a capitular, pero el nervio de la rebelión pasó a Alcira y Játiva. El conflicto continuó hasta la detención de Peris y posteriormente de «El Encubierto», un personaje enigmático que se decía descendiente de los Reyes Católicos y que al final fue muerto por dos plebeyos.

⁹² *Ibid.*, p. 226.

⁹³ *Historia General*, op. cit., XI, p. 278.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 281.

Las consecuencias de las derrotas de los «populares»

La interpretación que hace Lafuente del resultado de estas sublevaciones está en la misma línea que la expuesta por Ferrer, pero como en el resto de la obra se muestra más comedido, atenúa algunas críticas de éste a la nobleza, mientras acentúa, si cabe, las que descarga sobre el populacho. Sin duda, para los dos autores, nobleza y plebe son en diferentes medidas y por diferentes causas, los grandes responsables de que no triunfara la causa nacional que eran las Comunidades, aunque los propios comuneros, si hubiesen contado con un firme liderazgo, habrían podido triunfar. No obstante, cada uno de los autores muestra matices un tanto distintos, entre los que cabe destacar la visión más de conjunto de Lafuente, tendiendo a situar la derrota comunera en un marco histórico algo más amplio en el espacio y en el tiempo.

Al hacer el balance de las Comunidades Ferrer utiliza un tono trágico con el que pretende sensibilizar al lector ante el drama nacional que está leyendo. En él, a la nobleza le corresponderá un papel más protagonista que en la versión que hará Lafuente.

¡Cuadro lamentable! La libertad, dice Ferrer, emigraba de su territorio; el resucitado poder del feudalismo la hostigaba en su fuga; y desde lejos el despotismo imperial acechaba el instante oportuno de levantarse sobre las ruinas de los plebeyos, para domar la soberbia de los señores, y entronizar una política bastarda y afrentosa para todos; y asesinar de un solo golpe la nacionalidad y la ventura de los que coronaron dentro de los muros de Granada la empresa comenzada en las memorables cumbres de Covadonga ⁹⁵

Efectivamente, para este autor los nobles que tan señudamente habían combatido contra los comuneros, tampoco salieron mejor parados a la larga, porque años después, en 1538, también serán laminados sus derechos y representatividad en las Cortes ⁹⁶. En un corto espacio de tiempo quedaron aplastadas la influencia popular y la nobiliaria. Castilla, no obstante, no se entregó inerte, según Ferrer, a los designios del Emperador.

Siempre se ve a un pueblo que clama porque se respeten sus leyes y costumbres, renovando con lánguido tono las vigorosas solicitudes hechas anteriormente en Valladolid y en La Coruña: siempre se divisa un soberano que niega, y que, si promete, no cumple; y el reino es sacar dinero de Castilla para sus empresas temerarias ⁹⁷.

Pero estas espontáneas resistencias no pueden ocultar la evidencia que «de la derrota de las Comunidades data la desnaturalización de la política española», que a partir de entonces se verá sumergida en constantes campañas en Alemania, Flandes, etc.,

⁹⁵ *Historia del levantamiento*, op. cit., p. 245.

⁹⁶ *Ibid.*, pp. 323 y ss.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 294.

convirtiéndose en «provincia tributaria» al servicio de una política en la que obtendrá «victorias infecundas para las ventajas de sus hijos»⁹⁸. Su posición está más próxima a la de Martínez de la Rosa.

Para Lafuente en un mismo momento sucumbió «la clase popular en Castilla y Valencia y en uno y otro reino quedó victoriosa la clase nobiliaria». Ambas tenían un origen distinto, pero ambas tenían motivos de quejas los unos por las tiranías de los nobles, los otros

por la violación de sus fueros y franquicias que sufrían por parte de la corona. Para sacudir la opresión o reivindicar sus derechos acudieron unos y otros a medios violentos, cometieron excesos que acompañan de ordinario a los sacudimientos populares, fueron en sus pretensiones más allá de lo que consentía el espíritu de la época y de lo que les convenía a ellos mismos; les sobró valor e intrepidez y les faltó dirección y tino.

Ambos movimientos fueron mal conducidos y su peor error «fue haber obrado aisladamente y sin concierto de Valencia y los de Castilla». Es cierto que el Rey estuvo a punto de perder ambas coronas, pero el resultado final fue el «engrandecimiento de la autoridad real y la preponderancia de la nobleza»⁹⁹.

Sin duda, para Lafuente y para el conjunto de los autores que tratan estos conflictos en este período, las consecuencias de lo ocurrido en Castilla tendrá mucha mayor repercusión. Con las derrota de las Comunidades quedaron abolidas las libertades del reino de Castilla y sobre estos escombros creados por Carlos I de España, gobernó el emperador Carlos V. Si Aragón hubiese ayudado a Castilla en su lucha por sus libertades, según Lafuente, la victoria se habría inclinado del bando popular, «pero el hermano abandonó en esta ocasión a la hermana; y como las faltas políticas casi nunca dejan de expiarse, al cabo de medio siglo Castilla ayudó a ahogar las libertades de Aragón». Algo similar ocurrió respecto a la nobleza, que tanto había ayudado el éxito del Emperador, poco después del final del aplastamiento del movimiento comunero, en 1538, la nobleza dejó de ser convocadas por el Emperador a Cortes y entonces intentaron atraerse en «el estamento popular», pero no pudieron¹⁰⁰.

La vida nacional de España bajo el Emperador

Las páginas de la *Historia General* dedicadas a los acontecimientos internos, no se distinguen por la riqueza historiográfica de otras partes de la obra. En estos capítulos comienza por reconocer el escaso entusiasmo que ha despertado la realidad de los reinos hispanos entre los historiadores de la época del Emperador. Como Lafuente señala,

⁹⁸ *Ibid.*, p. 341.

⁹⁹ *Historia General*, op. cit., XI, pp. 291-292.

¹⁰⁰ *Ibid.*, XV, pp. 18-19.

son tantos los importantes acontecimientos protagonizados por aquél, que los historiadores suelen olvidar lo que ocurre en España. Sin embargo, su intención es otra porque

nosotros, historiadores de España, que vemos aquí siempre el centro natural y perenne de su vitalidad, por más que parezca derramarse toda fuera y salirse por largos períodos de sí misma, no podemos menos de concentrarnos también de tiempo en tiempo, para no perder de vista el enlace de su pasado, su presente y su futuro dentro de los límites naturales, a que al fin habrá de tener que reducirse ¹⁰¹.

Es decir, aunque dedique mucha atención a cuanto ocurre fuera, lo que de verdad le preocupa es lo nacional, que es el eje de su historia, y como la esencia nacional se «derrama» fuera de las fronteras de la patria. No obstante, los asuntos de la patria quedan bastante diluidos entre las muchas páginas que dedica a seguir las campañas del Emperador, centrándose en algunos aspectos hasta comienzos de los años cuarenta.

Robertson apenas dedica atención a las cuestiones de los reinos de Castilla y Aragón, algo bastante frecuente entre los autores extranjeros. Fiel a su principio, de no perderse en los detalles, le interesan los grandes asuntos, es decir, los problemas internacionales, las guerras con Francia, en el imperio, etc., y esto es la perspectiva que tendrán la mayoría de los autores extranjeros e, incluso, algunos españoles. Y no es algo exclusivo de este reinado, es el resultado de una forma de ver la historia a través de los hechos políticos y las grandes batallas entre las naciones que, para ellos, son las que se deciden los destinos de la humanidad. No obstante, hay algunas excepciones y en este apartado hay que citar la notable preocupación del «extranjero» Du-Hamel por escribir una historia de la «nación» que intenta dar cuenta de las cosas que ocurren en los reinos de la Monarquía. Para él, tras las Comunidades, la mayoría de los flamencos abandonaron el séquito imperial, marchando muchos de ellos con Adriano a Roma, mientras Carlos «llegó a conocer el carácter generoso de sus pueblos de Castilla y de Aragón, se adhirió sinceramente a ellos, y cuando se vio obligado a salir de su territorio, lo hizo con gran pesar». Efectivamente, el Emperador se dedicó a impulsar el «apogeo, la prosperidad y el esplendor del país. ¡Ah! ¿por qué la gloria de los grandes reyes y de los más ilustres guerreros es con frecuencia fatal a la libertad de las naciones?» ¹⁰². En su opinión, el Emperador significará para España lo que Luis XIV para Francia cerca de siglo y medio después. Es decir, es un monarca claramente español.

Para el grueso de los autores, desde las Comunidades se producirá un proceso intenso de españolización de Carlos que hace que éste adopte cada vez más las costumbres hispanas. Robertson había sido más prudente. En su opinión, es cierto que tras las Comunidades el Emperador tiene cada vez mejores relaciones con sus súbditos españoles y que donde se siente más cómodo es en la Península, pero su españolidad

¹⁰¹ *Historia General*, op. cit., XI, p. 446.

¹⁰² *Historia constitucional*, op. cit., p. 313.

tan sólo será perfectamente evidente en los últimos decenios de su reinado. Lo habitual en los historiadores extranjeros, en cambio, serán valoraciones como la de Du-Hamel.

En estos capítulos, a Lafuente le interesan esencialmente dos aspectos, los moriscos y las Cortes de los reinos de la Corona de Castilla y de Aragón, asuntos que liga al constante ir y venir del Emperador por Europa, sus ausencias y los grandes gastos que originaban sus campañas militares. Son los moriscos, la huella en la Península del enemigo histórico de los españoles, y las reclamaciones de los órganos representativos de los reinos, el eje de la vida nacional, que se mantiene a pesar de la dispersión que implica la complejidad de los intereses dinásticos. Junto a estos problemas, destaca de pasada algunos otros que tienen que ver con matrimonios, nacimientos y defunciones de la dinastía y sus relaciones con otros monarcas, etc. No obstante, tampoco dedica mucha atención a estos aspectos. Du-Hamel, en cambio, prestará más atención a la composición de la nobleza, deteniéndose en las Cortes de 1538.

En lo primero que se centra Lafuente es en el eterno conflicto con los moros, ligado a la conversión forzosa que habían llevado a cabo los agermanados sobre la minoría mudéjar de aquel reino. Una Junta de teólogos, en unión de los Consejos de Castilla e Inquisición, dio por buena la conversión de estos mudéjares que a partir de entonces pasaban definitivamente a ser moriscos. Evidentemente, Lafuente describe en los tonos más duros su sublevación ante las medidas represivas que se pusieron en práctica para forzarles al cristianismo ¹⁰³. Reconoce que se les impuso el cierre de las mezquitas, la obligación de acudir a los oficios religiosos de sus vecinos cristianos, bajo la amenaza de graves castigos. Todo ello, sin preocuparse de enseñarles la fe cristiana, que la decisión de forzar la expulsión a través del puerto más lejano de Valencia, La Coruña, de todo el que no se convirtiese, fue cruel. Su comprensión acaba, sin embargo, en el momento en que se rebelan y comienzan a hacer la guerra a los «españoles».

Los acontecimientos de la Sierra del Espadán son descritos con un detalle quizá desproporcionado por Lafuente. Este énfasis, posiblemente, sea el resultado de esa secular lucha de la nación contra el invasor árabe a la que el autor da tanta importancia y que le lleva a tratar la cuestión morisca en este reinado con mucha mayor extensión y profundidad que cualquier otro autor de la época. En cierto modo, lo presenta como si fuese la continuación de la guerra de Granada. Puede que por el mismo motivo, al hablar sobre el informe de los visitadores del reino de Granada en 1526, señale que «se halló que de todos los bautizados veinte y siete años hacía, no llegaban a siete los que habían dejado de ser mahometanos» ¹⁰⁴. No obstante, una y otra vez insiste en el escaso esfuerzo de predicación que se hizo sobre esta minoría y la facilidad con la que el Emperador se mostraba permisivo con sus costumbres y su religión, tras el pago de una fuerte cantidad de dinero. Sólo en 1534 se aprecia por parte del Empe-

¹⁰³ *Historia General, op. cit.*, XI, p. 448.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 457.

rador una firme voluntad de fomentar la predicación sobre los moriscos de la corona de Aragón, ordenando al Inquisidor General que nombrase predicadores para el adoc-trinamiento de estos mal convertidos de los que ya se sospechaba una fuerte connivencia con los «moros del norte de África»¹⁰⁵.

Para Lafuente, las Cortes constituyen la expresión de la vida nacional y por ello hará lo posible para hacer explícitas las relaciones del Emperador con el órgano representativo del reino. Desde que en las Cortes de Santiago y La Coruña, «en el que el influjo de la autoridad real menoscabó lastimosamente la antigua integridad e independencia de los representantes y procuradores de los pueblos de Castilla, y más desde que las libertades castellanas quedaron ahogadas y muertas en los campos de Villalar», el Emperador, poco propicio a la participación popular, «sólo convocaba las Cortes cuando le hacían falta subsidios; y no congregaba los brazos del reino sino para pedirles dinero»¹⁰⁶. La convocatoria de las Cortes de Valladolid de 1527 da pie a Lafuente para sentar su interpretación sobre las Cortes de Castilla en este período. No obstante, en clara contradicción con esta aseveración, afirma que «clero, nobleza y procuradores, todos los brazos del Estado, contestaron unánimemente» negativamente a las peticiones de dinero presentadas por el Rey, porque no querían «emplearlos en guerras extrañas»¹⁰⁷.

El autor insiste en la muerte de las libertades públicas que llevó aparejado el resultado de las Comunidades y, sin embargo, una y otra vez mide el dinamismo de Castilla, el indiscutible corazón del imperio para él, en función de las convocatorias de Cortes y sus resultados, al menos hasta 1538. Esta contradicción no se encuentra sólo en Lafuente, la mayoría de los autores hablan de las Cortes de Valladolid e insisten en su negativa a acceder a la petición del Emperador a pesar de su dominio absoluto¹⁰⁸. Refiriéndose a las Cortes de 1527, Dunham hace una valoración que entronca con su análisis del resultado de las Comunidades. Para él, a pesar del «triunfo conseguido por la autoridad real sobre los comuneros, todavía encontró en aquel congreso resistencia a darle ayuda, y tan fuerte, que hubo de quedarse sin los recursos que necesitaba y pedía»¹⁰⁹.

Hay falta de vida interior, «como un cuerpo social cuya cabeza y cuyos elementos vitales ejercían su acción y su influjo en apartada esfera», pero la imagen que destilan las páginas de la *Historia General* es la de una Castilla con notable influjo en donde las Cortes hacen lo posible para mejorar el reino. Los españoles, el Consejo de Castilla, están constantemente solicitando al Emperador que regrese a España. Los españoles fieles a su Rey, le quieren en el reino, desean servirle bien, pero es el Emperador el que con sus desplazamientos constantemente deja los asuntos del reino. Éste es un argumento repetido a lo largo de la obra. Menos mal que la Emperatriz, el Consejo

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 525.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 460.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 461.

¹⁰⁸ Vid. DU-HAMEL, V., *Historia constitucional*, op. cit., p. 320.

¹⁰⁹ *Historia de España desde los tiempos primitivos*, op. cit., IV, p. 239.

de Castilla y luego el príncipe Felipe, van a hacer lo posible para cuidar los asuntos del reino. Así las Cortes de Segovia de 1532 formularon ciento diecinueve peticiones que quedaron pendientes hasta las Cortes de Madrid de 1534, ya con presencia del Emperador. Con orgullo de erudito, Lafuente dedica considerable atención a estas Cortes que, según él, no han sido mencionadas ni por Sandoval, ni por Robertson. De estas Cortes, escribe, salió la decisión de recopilar las leyes de Castilla que fue el principio de la Nueva Recopilación, el intento de igualar los pesos y medidas del reino, de evitar la acumulación de bienes eclesiásticos, que los prelados residiesen en sus diócesis y muchas otras cosas referentes a la administración de justicia, las alcabalas, restricción de privilegios a los graduados universitarios, etc. Cada vez que el autor tiene ocasión de destacar un descubrimiento suyo de nueva documentación de archivo, lo convierte en una cuestión importante para el conocimiento histórico.

Las Cortes de la Corona de Aragón, en cambio, tienen una dinámica muy distinta de las de Castilla, según Lafuente, porque aquí no se han perdido todavía las libertades. Las celebradas en Monzón en 1528 demostraron que conservaban sus antiguas tradiciones y costumbres oponiéndose firmemente a los abusos del Santo Oficio, aunque concedieron también un servicio extraordinario al Emperador. Las de Monzón de 1533 continuaron solicitando al Emperador que se hiciese acompañar de forma permanente de dos caballeros y dos letrados aragoneses que entendiesen de los asuntos de estos reinos, así como formularon otras peticiones y de nuevo concedieron otro servicio al Emperador. Lafuente valora de forma distinta las Cortes de las dos coronas, pero cuando habla de sus resultados no se aprecian tales diferencias.

A medida que se multiplicaban las guerras, afirma Lafuente, crecían sin parar los desembolsos para el sostenimiento del imperio, siendo Castilla la que corría con el grueso de los gastos. A pesar del oro de América, «los gastos ascendían en mucho a las rentas, y cada año se iban empeñando y consumiendo las de los años sucesivos»¹¹⁰. De nada servía el sacrificio del pueblo castellano, porque el deterioro de la situación económica resultaba imparable. Los aragoneses, con sus libertades intactas, en cambio, mostraron una capacidad bastante mayor de evitar las presiones del Emperador para forzarles a contribuir a sus gastos.

A finales de la década de los treinta, los retrasos en el pago de los sueldos de las tropas en Lombardía y en Sicilia mostraron la facilidad con la que se podía ir al traste el sistema imperial de no conseguirse más recursos. Se controló la situación en estos Estados mediante repartimientos extraordinarios y una dura represión, creando una curiosa situación «los soldados que habían dado las victorias y conservaban los reinos; se desesperaban, se insubordinaban y se les ahorcaba»¹¹¹. En esta grave situación fueron convocadas las Cortes de Toledo de 1538, «de las más célebres de España». Serán las últimas en las que concurran los tres brazos. En el discurso de apertura en

¹¹⁰ *Historia General*, op. cit., XII, pp. 124.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 127

nombre del Emperador, se advertía de la enajenación de gran parte del patrimonio y las rentas reales, de los grandes empréstitos contraídos y los muchos intereses que de ello se derivaban y las nefastas consecuencias para el reino. En conclusión, el Emperador pedía un nuevo impuesto bajo el nombre de sisa.

El estado eclesiástico se avino con relativa facilidad a la petición del Emperador, pero los nobles mostraron fuertes reticencias que el condestable de Castilla, Íñigo López de Velasco, y gran artífice de la derrota de las Comunidades, sintetizó en un solemne discurso. Éste es un discurso al que Lafuente da gran importancia reproduciendo alguno de sus párrafos más significativos. En él se niega a aprobar la sisa y le advierte claramente del peligro en que se encuentra el reino de verse de nuevo ante una sublevación popular como la de las Comunidades. Del mismo modo, advierte al César de la necesidad de que respete las leyes y costumbres de Castilla, tal y como hace con el resto de los reinos, permitiéndose el recomendarle como mejor solución la paz en Europa y la moderación de los gastos. Los magnates, según Lafuente, se adhirieron a este parecer.

Dieciocho años más tarde, uno de los fundamentales apoyos de Carlos para acabar con las Comunidades invocaba «el apoyo del estado llano contra las pretensiones del poder (...). Y ahora que la Corona atentaba a los privilegios de la nobleza, la nobleza se sublevaba enérgicamente, pidiendo casi lo mismo que entonces había pedido con más justicia y necesidad el pueblo y las ciudades»¹¹². Las Cortes fueron disueltas, pero no sin que antes el Emperador recriminase ásperamente al condestable su posición, amenazándole con tirarle por la ventana, a lo que éste contestó «mirarlo ha mejor Vuestra Magestad, que si bien soy pequeño peso mucho»¹¹³. Para Modesto Lafuente las palabras del condestable o el supuesto diálogo de un rústico con el Emperador, prueban de forma irrefutable el creciente descontento de Castilla contra la política imperial, si bien los españoles mantuvieron intacta su fidelidad al Emperador.

Muñoz Maldonado, en su *Historia del emperador Carlos V*, sigue el parecer de Lafuente sobre las Cortes de 1538, aportando una descripción muy gráfica para la sensibilidad liberal:

Separados los grandes de las Cortes, intimidados con los ejércitos permanentes, se contentaron con sus títulos, obtuvieron, los que antes blasonaban de señores, como un singular privilegio, el ser los criados de los reyes, vinculando en su clase los empleos de mayordomos, caballerizos y monteros del Palacio Real¹¹⁴.

Siguiendo el temario de oposición de 1875 a la Cátedra de Historia de España de Joaquín Costa, no cuesta trabajo constatar la influencia de esta visión de Lafuente en este punto, cuando escribe: «Cortes de 1538. Fin de la aristocracia feudal como poder

¹¹² *Ibid.*, p. 133.

¹¹³ *Ibid.*, p. 135.

¹¹⁴ *Op. cit.*, p. 228.

político»¹¹⁵. Significativamente, éste es el último epígrafe del tema «Última manifestación de las libertades de la Edad Media», en el que se trata con bastante detalle la «Revolución de las Comunidades» y las «Germanías en Valencia». De forma no menos significativa, el tema siguiente se titula «Régimen absoluto». Efectivamente, las Comunidades eran el acontecimiento decisivo en la pérdida de las «libertades públicas», como ya dijo Martínez de la Rosa, a la que Ferrer del Río y especialmente Lafuente añadieron las Cortes de 1538 y la «derrota» de la nobleza a mediados del ochocientos. En esta consideración de las Cortes de 1538 y del papel de la nobleza, no debió ser ajeno el proceso de integración entre los sectores adinerados y la nobleza a lo largo del reinado de Isabel II¹¹⁶.

Algunos historiadores extranjeros, como Dunham, consideran importantes estas Cortes de 1538, ya que se negaron a conceder lo pedido por el Rey a pesar de su insistencia. Al final, el Emperador decidió su disolución, porque según sus principios de gobierno, entendía que no «debiese ser limitado el poder de la Corona». No obstante, Dunham está muy lejos de considerar absoluto el poder de Carlos, dada «la poca proporción que había entre su poder aparente y su fuerza real y verdadera, pues siendo soberano de tantas tierras, jamás tuvo la prepotencia a que aspiraba»¹¹⁷. Su apoyo al Emperador convertirá a Dunham en uno de los historiadores menos negativos a la hora de valorar las relaciones del Emperador con sus súbditos de los reinos hispanos, algo que ocasionará frecuentes notas a pie de página de Alcalá Galiano, su traductor, refutándole e insistiendo en lo negativo que fue el emperador para los españoles.

Du-Hamel, más próximo a Robertson a la hora de valorar las relaciones entre la nobleza y la Monarquía, da más importancia que Lafuente, si cabe, a las Cortes de 1538, pero partiendo de un análisis más detenido de los privilegios de la nobleza y de la reorganización que había llevado a cabo el Emperador. Para él el desplazamiento de la nobleza de las Cortes dejó la representación nacional en manos de un tercer estado fácilmente manejable por la Corona. En efecto, los procuradores de las ciudades, envidiosos de los grandes y lisonjeados por Carlos, no les inspiró recelo

el desarrollo desmedido que iba a dar a la prerrogativa de la Corona, porque desde el día en que particularmente la nobleza, ese regulador necesario del poder real y de los pueblos, faltaba en el cuerpo representativo, se había roto la armonía social, y el verdadero poder debía infaliblemente llegar a ser el patrimonio de uno de los dos poderes¹¹⁸

Evidentemente, el del Emperador, el de los reyes sus sucesores, que a partir de estas Cortes impondrán su voluntad con poder absoluto. Repetidamente, Du-Hamel insiste en la comparación entre Carlos V y Luis XIV como modelos del poder absoluto de

¹¹⁵ *Oposiciones a la Cátedra, op. cit.*, pp. 132-133.

¹¹⁶ FONTANA, J., *Cambio económico y actitudes políticas en el siglo XIX*, Barcelona, 1983.

¹¹⁷ *Historia de España desde los tiempos primitivos, op. cit.*, IV, p. 245.

¹¹⁸ *Historia Constitucional, op. cit.*, I, p. 323.

los reyes en el pasado. No obstante, reconocerá que en España no se va a romper del todo el equilibrio de poderes entre los tres estados. A la nobleza se le respetarán sus privilegios por parte de la Monarquía, pero quedará definitivamente desplazada de los órganos de representación y esto permitirá a los reyes manipular las Cortes, al tercer estado, imponiendo un férreo control sobre España. Para Du-Hamel y para Robertson, quizá tengan más repercusión política estas Cortes de 1538 que las Comunidades y las Germanías. Sin embargo, hay otros autores que a pesar de remarcar el que tras esta fecha no va ser convocada la nobleza y el clero, no ven en ellas algo muy significativo ¹¹⁹.

La continuación de la obra de los Reyes Católicos: América y el Mediterráneo

Para Modesto Lafuente existe una nítida diferencia entre lo que era la continuidad de las líneas de expansión trazadas por los Reyes Católicos y las que abrirá Carlos V. Entre las primeras está, por supuesto, la conquista de América y el combate por conseguir el control del norte de África, impidiendo a los piratas berberiscos que asolen las costas del Levante español. Sin embargo, las guerras con Francia derivadas del control de Italia recibirán un tratamiento más ambiguo. Es cierto que son el resultado de la perspectiva de los Reyes Católicos ejecutada por el Gran Capitán, uno de sus grandes héroes, pero el dominio abrumador del Emperador sobre gran parte de Europa, contribuirá a exacerbar los motivos de conflicto, convirtiendo el enfrentamiento en una realidad endémica. El imperio, Alemania para Lafuente y los historiadores de la época con su presentismo habitual, corresponde a un añadido de Carlos que nada tenía que ver con la acción política de los españoles. En su perspectiva global, ésta es una visión que compartirán los historiadores españoles de estos años y del siglo XIX en general.

Lafuente, al igual que la mayoría de los historiadores contemporáneos, dedicará bastante más espacio a seguir las huellas del Emperador en sus conflictos europeos que tanto desangraron a la nación, según ellos, que a lo que entendían y justificaban como continuidad con los Reyes Católicos. ¿Mala conciencia respecto a los efectos de la conquista americana? ¿Desinterés por la vertiente africana del Mediterráneo? Seguramente sí, pero también debieron influir los efectos de la todavía reciente pérdida del grueso de las colonias y el escaso protagonismo internacional de las naciones que se estaban formando en las antiguas colonias. Con respecto a la otra orilla del Mediterráneo, tampoco el autor muestra interés fuera de ser la prolongación de la Reconquista, de las conexiones de la minoría morisca, la presencia de piratas berberiscos, etc. Cuando se expulse a los moriscos y disminuya la presencia de la piratería, Lafuente se olvidará prácticamente de los árabes. Para Lafuente y el grueso de la historiografía liberal, lo

¹¹⁹ DUNHAM, *Historia de España desde los tiempos primitivos*, op. cit., IV, p. 245.

importante se jugaba entonces y se había jugado siempre en Europa, donde había crecido la civilización que había alumbrado al liberalismo.

La conquista de América. De la grandeza de Cortés al egoísmo de Pizarro

El proceso de la conquista de América, no merece una gran importancia en la *Historia General*. El mismo autor señala que harían falta no una, sino varias historias particulares para dar cuenta de la grandeza de lo que allí se refiere y, por tanto, se limita a dar unas cuantas pinceladas. Robertson ya había dicho algo muy semejante, mostrando su deseo de escribir una obra específica sobre América, que publicó posteriormente. No obstante, las noticias que publica Lafuente son muy similares a las que aparecen en los tomos de Dunham o en los de Rosseeuw Sanit Hillaire. La variación está en el grado en el que unos y otros resumen lo escrito por Robertson sobre América.

Efectivamente, las gruesas pinceladas que traza Lafuente son escuetas, de escasa densidad y rigor. No cita fuentes y sólo al final cita un buen número de obras en las que el lector curioso puede encontrar más noticias. Su relato se centra en las personalidades de Cortés y Pizarro que son retratados con cualidades bien distintas, pero con tonalidades grandiosas teñidas de romanticismo. La conquista de América es descrita como una epopeya digna de titanes que por sí sola podría haber dado cuenta al mundo del heroísmo de los españoles, pero a pesar de semejantes declaraciones Lafuente se queda en lo epidérmico. Algo que no es nada extraño entre los historiadores españoles de aquellos años, preocupados por la historia nacional y en su caso por la de otras naciones europeas y como mucho por los árabes, pero raramente por el «glorioso» imperio colonial. Así se puede entender que mientras a las guerras con Francia, los conflictos en el imperio, a los berberiscos dedique bastantes capítulos, a América dedique un solo capítulo, algo que no ocurre solamente en el período de Carlos V.

El centro de la conquista de América durante estos años son las personalidades de Cortés y Pizarro, fuertemente contrastadas, como en el reinado anterior lo había sido la figura de Colón. En la *Historia General* la personalidad de Cortés, «a quien la Providencia tenía destinado a eclipsar todas las reputaciones del Nuevo Mundo, si se exceptúa a Colón»¹²⁰, resulta una de las más resaltadas. Dunham tampoco se había quedado atrás en las alabanzas a Cortés, «que bien merece un lugar preeminente entre los más esclarecidos varones de todas las edades»¹²¹, y no es el único comentario de estas características que se podría recoger entre los historiadores de la época. Su misma presentación en la *Historia General* tiene claros tonos literarios: «genio travieso y emprendedor», era tan conocido por sus aventuras amorosas como por su valentía, decisión, arrojo y serenidad. Es esta «figura mitológica, un héroe fabuloso», el que llevó adelante

¹²⁰ *Historia General*, op. cit., XII, p. 9.

¹²¹ *Historia de España desde los tiempos primitivos*, op. cit., p. 231.

«una de las mayores empresas que cuentan los anales del mundo»¹²². Su habilidad diplomática y guerrera es equiparable con su gran capacidad para tomar resoluciones arriesgadas y llevarlas a efectos con sorprendente rapidez. Es cierto que estando casado mantiene relaciones «ilícitas» con una nativa a la que enseñará el castellano y que tendrá un papel central en cuanto traductora y como consejera de Cortés, pero esto no tiene gran importancia. Para Lafuente este tipo de cuestiones en un hombre destacado por su protagonismo en las páginas de la historia prueba la fuerza de su carácter, siempre y cuando no derive en una ruptura con las instituciones o los sacramentos.

La conquista de México está llena de arranques de genialidad y de decisión hasta el punto que explican en gran medida el resultado final de una campaña. De esta forma, la quema de las naves para cortar con las conspiraciones entre sus acompañantes es descrita como la decisión más atrevida, desesperada, «pero también la más heroica que ha podido concebir un hombre»¹²³. Los indios, a los que Lafuente suele denominar mexicanos, en cambio, tienen un trato bastante menos encomiástico. Aunque no hace un análisis preciso de ellos, sí deja claro que se trata de personajes supersticiosos, dados a la fantasía, que creen en cualquier superchería, con una religión cruel, practican también al canibalismo y son capaces de cambiar de postura con sorprendente celeridad. Desde esta perspectiva Lafuente explica el constante esfuerzo de Cortés por desterrar «aquellos ritos inmundos» para imponer la «humanidad» del cristianismo.

En el lugar del dios sanguinario de la guerra, se colocó la imagen de la madre del Dios de paz, y donde había estado la tajante cuchilla del sacerdote azteca, presentó el sacerdote cristiano a la adoración del pueblo la hostia pacífica y el signo de la redención de la humanidad¹²⁴.

Pero tan buenas intenciones, pusieron en peligro en sucesivos momentos el éxito de la campaña por la rebelión de los indios «porque un pueblo sufre mejor cualquier otro ultraje que el que le quiten la religión». Uno de los mayores empeños de Cortés fue extender el cristianismo sin arredarse ante los peligros, porque es un verdadero conquistador cristiano, aunque en numerosas ocasiones el mismo Lafuente da cuenta de sus crueldades y las brutales matanzas de indios que protagonizaron los conquistadores bajo su mando o él mismo. En cualquier caso, los indios son más bien un telón de fondo lleno de tintes sanguinarios, inmaduros y salvajes, en el que resalta el heroísmo de los conquistadores. Sólo los que colaboraron con éstos merecen una atención individual.

La conquista de México y la conquista en general, queda empeñada por el exceso de crueldad de los españoles que reprimieron las ansias de libertad de los conquistados

¹²² *Historia General de España, op. cit.*, XII, p. 12.

¹²³ *Ibid.*, p. 20.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 25.

con «venganzas terribles y crueldades con que muchas veces los opresores se deshonraron» ¹²⁵. Una violencia desmedida que constituye el mayor baldón de la conquista, aunque en términos generales ésta es vista muy positivamente. El proceso de la conquista de Perú, sin embargo, merece una consideración bien distinta por razones particulares. Pizarro es descrito como un aventurero que no sabe escribir (circunstancia constantemente repetida), rebosante de ambición, constantemente traicionando y engañando a Almagro o a otros compañeros, que ejerce el nepotismo sin escrúpulos con familiares y allegados. Esta negativa interpretación de Pizarro es bastante distinta de la que había presentado Dunham ¹²⁶, que sin ponderarlo como a Cortés, es bastante menos crítico que Lafuente.

Es evidente que la Corona queda lejos y son los conquistadores los que actúan y disputan por el oro del que se apoderan en ingentes cantidades. Los españoles viven en un estado de guerra civil latente, hasta su estallido final. No obstante, en México las cosas si no concluyen en el mismo punto que en Perú es por la habilidad y el buen hacer de Cortés. La violencia con la que actúan los dos conquistadores es muy semejante, pero su caracterización es bastante distinta. La una se ejerce exclusivamente hacia los indígenas y sólo cuando es necesario contra los españoles, la otra, en cambio, se aplica indistintamente con los indios y con los españoles. Ambos practican la rapiña y conquistan con el afán esencial de conseguir tesoros para ellos, pero mientras en México se trata de héroes de la historia nacional, en Perú estamos ante personajes que no merecen ningún reconocimiento. A diferencia de la conquista de México, la de Perú parece obra de unos grupos de malhechores en constantes disputas por el reparto del botín, aunque los hechos narrados no sean tan distintos.

Viendo con detalle la interpretación de la conquista que ofrece Lafuente, se observa la poca presencia de la Monarquía y sus órganos de justicia y gobierno, mientras los hombres, con sus pasiones, sus miserias y sus egoísmos son los que adquieren todo el protagonismo. Los permanentes enfretamientos entre los españoles son el fruto de su actuación personalista, sus ambiciones y egoísmos. Cuando la personalidad del conquistador-caudillo está llena de arranques de iniciativa, su valentía llega al heroísmo y es un organizador leal al servicio de la Monarquía, el resultado es Cortés. Sin embargo, si se trata de un personaje marcado por el interés particular y sin ningún escrúpulo, por más dotado de iniciativa y heroísmo que esté, el nefasto resultado es Pizarro y la guerra civil en Perú. Es la providencia o el destino quien señala los caminos en América, no la Monarquía, que no suele estar a la altura de las circunstancias y ni tan siquiera sabe castigar o recompensar en el momento oportuno a sus grandes personajes. La prueba es la delicadeza con que fue tratado Pizarro en sus visitas a la Corte en las que se le concedió lo que pedía siendo poco justificable, en contraste

¹²⁵ *Ibid.*, p. 34.

¹²⁶ *Historia de España desde los tiempos primitivos, op. cit.*, pp. 247-250.

con el desprecio con el que se trató a Cortés que se convirtió en «un nuevo y desconsolador ejemplo de la ingratitud de los reyes»¹²⁷. Romey es todavía más duro. Al hacer el balance final de la personalidad del Emperador, afirma:

el mayor borrón para la memoria de Carlos V es el haberse mostrado siempre más tibio con todo un Hernán Cortés, cuyas prendas sobrehumanas no admiten seguramente cotejo con las regulares del mismo Carlos, ni con las de todos los héroes antiguos y modernos¹²⁸

La conclusión de este análisis resulta bastante obvia: la conquista, con toda su grandeza y todas sus crueldades, fue obra de los españoles, no de un Emperador ocupado constantemente en otros menesteres, cuyas escasas intervenciones fueron bastante nefastas. La actitud ante Cortés, constantemente señalada por historiadores españoles y extranjeros, tan sólo contribuirá a reforzar esta conclusión.

Las campañas en el Mediterráneo. Entre el heroísmo y el desastre

Los capítulos dedicados a los conflictos con turcos y piratas berberiscos, se inscriben en una perspectiva bastante distinta a los dedicados a las guerras de Italia o con los príncipes protestantes. Aquí las cosas están claras, la actuación de otomanos y berberiscos, los herederos los árabes contra los que los españoles lucharon durante siglos, amenaza con dominar todo el Mediterráneo, asolando las costas de Italia y España. En estos capítulos las perspectivas estratégicas de los contendientes aparecen señaladas con más claridad. En la *Historia General* es evidente la esencia enemiga de España y de la cristiandad, contra el imperio turco y sus aliados. Se puede discutir la oportunidad de tal o cual enfrentamiento, pero no de la guerra en sí misma. Aquí nos encontramos una valoración mucho más positiva por parte del autor hacia las acciones del Emperador. Aquí es donde se puede apreciar en todo su esplendor el brillo y la valía de Carlos V en su talla de general de sus ejércitos. Para Robertson, en cambio, estos conflictos tienen su justificación en el hecho de ser un combate entre dos religiones y dos intereses estratégicos distintos, siendo escaso el peso que da a la secular lucha de los españoles contra los árabes. En cualquier caso, tampoco a este autor le preocupa mucho el Norte de África. Resulta evidente que sus focos de atención están en Europa, en los conflictos de Carlos V con la Monarquía francesa, la situación en Italia y el imperio, no en el Magreb. Aquí hace un denso relato de los acontecimientos, pero resulta mínima su incidencia en el hilo conductor de la obra. No obstante, con todo y eso, su relato sigue estando más imbricado en el panorama de conflictos generales que el de Lafuente, más empeñado en resaltar el combate secular de la nación contra los «moros».

¹²⁷ *Historia General*, op. cit., XII, p. 37.

¹²⁸ *Historia de España desde el tiempo primitivo hasta el presente*, op. cit., III, p. 466.

Las fuentes que utilizará Robertson serán Sandoval, Rutelli, Sumnsonste, etc., mientras que Lafuente desarrollará la visión nacional recogiendo más crónicas españolas. La esencia nacional del conflicto con turcos y berberiscos permite a este autor presentar una narración más heroica y sin necesidad de grandes explicaciones historiográficas. Las fuentes son muy abundantes, aunque no duda en realzar la primicia de sus descubrimientos en el Archivo de Simancas, que le permiten dar cuenta por primera vez, según el autor, de los intentos de la diplomacia del Emperador para atraerse a Barbarroja a su servicio entre 1536 y 1540¹²⁹. Lafuente da una gran importancia al Archivo de Simancas en cuanto cofre que encierra los secretos de la historia, resaltando, como buen erudito, los documentos que ha encontrado en él en cuanto tiene oportunidad.

La conquista del Norte de África, según Lafuente, estuvo diseñada por los Reyes Católicos. Era la prolongación natural de la conquista de Granada y fruto de ello, señala el autor lleno de orgullo patrio, lograron «enseñorear» en las dos riberas del Mediterráneo de forma que «las flotas españolas servían como puente entre Europa y África». Los progresos en este sentido de Cisneros fueron espléndidos, pero

malogróse la conquista de África por tener Fernando relegado en injusto desitiero al Gran Capitán. Esta falta, hija de su carácter suspicaz y receloso, es una de las que no pueden perdonarse a Fernando de Aragón¹³⁰.

Efectivamente, esta circunstancia impidió que durante el glorioso reinado de Isabel y Fernando se coronase con el completo éxito de otras campañas, la conquista del Norte de África. Una asignatura que quedó pendiente para su nieto y que éste afrontó con desigual fortuna.

La campaña del Emperador sobre Túnez de 1535, es descrita por Lafuente con detalle para magnificar la conjunción de casi toda la cristiandad, excepto el rey de Francia, en la batalla por liberar al Mediterráneo del peligro otomano. Como es habitual, el rey francés maniobrando en su interés y contra la cristiandad. Robertson, en cambio, se centra más en la figura de Barbarroja, tras hacer un sintético repaso de la situación en el Norte de África¹³¹. A lo largo de los acontecimientos, Lafuente recrea la personalidad heroica del Emperador que al frente de la expedición actúa como un verdadero capitán al frente de sus soldados, arriesgando su vida, siendo el más decidido y tomando las providencias oportunas¹³². El glorioso resultado de la campaña de Túnez demostró la altura de miras de Carlos V que, a diferencia de el resto de los monarcas cristianos, en vez de luchar por sus estrechos intereses particulares, fue capaz de asumir los del conjunto de la cristiandad.

¹²⁹ *Historia General, op. cit.*, XI, pp. 181-191

¹³⁰ *Ibid.*, p. 44.

¹³¹ *Historia del reinado...*, *op. cit.*, III, pp. 66 y ss.

¹³² *Historia General, op. cit.*, XII, pp. 57-89.

En pocos pasajes de la obra destaca Lafuente con tal nitidez el carácter de caudillo militar de Carlos V, una leyenda que la historiografía hispana convertirá en su signo distintivo frente a su hijo Felipe II, un burócrata que jamás actuará como soldado ni sabrá por sí mismo lo que es el heroísmo. Los capítulos dedicados a estos conflictos no destacan precisamente por su densidad historiográfica, sino por las detalladas descripciones de la preparación de las armadas, la participación de la nobleza, la actuación de los generales, etc. Son capítulos para realzar la grandeza nacional frente a los enemigos históricos de España, que profesan una religión distinta y cuyo comportamiento social es tan ajeno a los principios del catolicismo. Turcos y piratas berberiscos debieran haber sido los enemigos de toda la cristiandad, pero aquí es donde se mide en toda su intensidad la catolicidad del Emperador frente al rey francés que apoya a los moros con tal de hacer daño al Emperador y a los españoles¹³³. Robertson también pondera mucho esta victoria de Túnez Carlos por el prestigio que logró el Emperador y lo bien que supo manejar las cosas para obtener una gran resonancia. Liberó a más de veinte mil cautivos y les proporcionó vestidos y pasaje, el resultado fue que al regresar a sus tierras fueron cantando las excelencias del Emperador.

La fama de Carlos eclipsó entonces la de otros monarcas de Europa. Mientras que todos estos príncipes no se ocupaban sino de sí mismos y de sus intereses particulares, se mostró digno de llenar el puesto de primer soberano de la cristiandad, pareciendo no pensar sino en defender el honor del nombre cristiano, y en asegurar el bienestar y tranquilidad de Europa¹³⁴.

Sin duda, para ambos autores, la campaña de Túnez fue una de las que más reconocimiento obtuvo de cuantas emprendió el Emperador. Una idea en la que coincide plenamente Dunham¹³⁵.

La desastrosa campaña de Argel también servirá a Lafuente para marcar los límites de la actuación del Emperador. Inicia la campaña en contra del parecer de Doria, su experimentado almirante, y las consecuencias son nefastas. Para Lafuente, el Emperador es grande cuando sigue el consejo de sus mejores generales, cuando actúa con ellos, pero se vuelve necio cuando relegando sus pareceres, emprende campañas, como la de Argel, que terminan en un auténtico desastre. De ello extrae una significativa consecuencia, «gran lección para los príncipes que fiados en su poder o en su suerte, dan entrada en su pecho a la presunción y la arrogancia». Fiel a su valoración sobre Carlos V, su mayor haber no está en su valía, sino en la de sus generales. Con esta valoración está dando un sesgo un tanto distinto a lo dicho por Robertson que aprovecha los sucesos de Argel para trazar uno de los mejores retratos del Emperador en acción. Éste no hizo caso de los consejos de Doria, porque, según este autor, como «era de

¹³³ *Ibid.*, p. 186.

¹³⁴ *Historia del reinado...*, op. cit., III, p. 78.

¹³⁵ *Historia de España desde los tiempos primitivos*, op. cit., IV, p. 243.

un valor inalterable y de un carácter inflexible, las representaciones del Papa, los de Doria, los peligros mismos que acababa de correr, no produjeron otro efecto en él que afirmar en su funesta resolución»¹³⁶. Cuando sucesivas tormentas forzaron a renunciar a la conquista de lo que tenía a la vista y hubo que reembarcar las tropas, Carlos

hizo admirar su firmeza, su constancia, su grandeza de alma, su valor y su humanidad; soportaba las más recias molestias como el último soldado de su ejército; exponía su persona en todas partes a donde el peligro amenazaba más; reanimaba el aliento de los que se dejaban abatir; visitaba a los enfermos y heridos, y alentaba a todos con sus discursos y ejemplos¹³⁷.

Robertson, nunca escatimará elogios al valor y la presencia de ánimo del Emperador ante la adversidad, como tampoco dejará de resaltar sus rasgos obsesivos. Lafuente, en cambio, insistirá más en su obstinación y prepotencia, participando en las alabanzas a su valor. «Con tan heroico comportamiento, dice refiriéndose a la misma actuación tras el desastre de Argel, consiguió que los mismos generales que se habían opuesto a la expedición, le perdonaran las desgracias que su obstinación había acarreado»¹³⁸. Una actitud de conmiseración que no sólo tendrán los generales. No obstante las terribles pérdidas de Argel, «todavía miró España como un consuelo el regreso del hombre que sacrificaba sus hijos, ya en prósperas, ya en desafortunadas empresas»¹³⁹. Y es que la lealtad de los españoles a sus reyes y también al Emperador, repite una y otra vez Lafuente, permitió a Carlos V enjugar sus numerosos errores. Es el amor de los españoles a su monarca lo que sostiene a un príncipe que les paga con sus viajes, sus gastos militares y su despilfarro. Dunham, en cambio, apenas presta atención a los sucesos de Argel¹⁴⁰.

En conjunto, para Lafuente el resultado final del combate contra los turcos y berberiscos en la primera mitad del siglo XVI, no fue tan positivo, dada la dispersión de intereses del Emperador. Sumergido en la lucha con Francia, en las campañas contra los protestantes, etc., Carlos V no pudo mantener una dedicación sistemática al Mediterráneo posibilitando una y otra vez a los sempiternos enemigos recuperarse y fortalecerse. Al final del reinado la toma de Bujía por el gobernador de Argel constituyó uno de los grandes disgustos del Emperador¹⁴¹. Es decir, la contribución de éste a la defensa y consolidación de los intereses nacionales en el Mediterráneo, resultó bastante contradictoria y poco provechosa.

¹³⁶ *Historia General, op. cit.*, XII, p. 162.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 165.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 201.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 204.

¹⁴⁰ *Historia de España desde los tiempos primitivos, op. cit.*, IV, p. 247.

¹⁴¹ *Historia General, op. cit.*, XII, p. 369.

Las guerras con Francia por el control de Italia

Robertson, desde una perspectiva ilustrada, todavía bastante ajeno a las preocupaciones nacionales que florecerán años más tarde, no tendrá una mala opinión sobre la imbricación de los distintos estados que componían la unidad política del imperio. Mas bien parece encontrar bastantes posibilidades de convivencia entre los distintos elementos que formaban el conjunto de los Estados patrimoniales de Carlos V.

La flemma alemana y la gravedad española se avenían mucho mejor con el carácter celoso y con los modales ceremoniosos de los italianos, que el buen humor francés, demasiado movido a la galantería y muy poco atento al decoro ¹⁴².

Es evidente que para él, los que tienen más difícil la convivencia con sus vecinos son los franceses, dado su espíritu frívolo. Para Robertson, los problemas serán el resultado de una política concreta, no de la incompatibilidad entre las distintas dinámicas históricas nacionales. Esta visión cambiará notablemente con la extensión del nacionalismo por Europa en la primera mitad del siglo XIX.

Una de las grandes preocupaciones de la historiografía española e hispanista del siglo XIX fue el entronque de la recién formada nación española, con la corona imperial a través de Carlos V. De forma unánime, entendían que aquí se había producido un importante giro que trastocó la evolución natural de lo que habían sido los distintos reinos en que se había dividido España hasta los Reyes Católicos. Desde el mismo final de las Comunidades, las responsabilidades en Europa supusieron una constante fuente de compromisos, preocupaciones, gastos, envíos de hombres y pertrechos, que habían modificado de raíz las líneas de evolución natural de los intereses nacionales. No fueron pocos los que llamaron la atención sobre el cambio que se produjo en la tradicional alianza entre Castilla y Francia durante los últimos siglos de la Edad Media, trastocada en permanente rivalidad desde Carlos V. No obstante, a bastantes de estos historiadores se les olvidaba señalar que el salto cualitativo ya se había producido de la mano de Fernando el Católico y las campañas italianas del Gran Capitán, descritas por ellos mismos con tanto orgullo patrio. En el grueso de la historiografía liberal de estos años, estas pequeñeces perdían importancia para resaltar la integración de España en el imperio a través de la llegada de una dinastía extranjera, cuyos objetivos poco tenían que ver con los de la nación. Para ellos, lo importante era la interpretación «filosófica» de los sucesos, más que perderse en la maraña de los acontecimientos.

Dos serán las líneas de conflictos en las que más se insistirá para marcar esta transformación producida de la mano del Emperador: las guerras con Francia por el dominio de Italia y la implicación en los conflictos religiosos de «Alemania» surgidos a partir

¹⁴² *Historia del reinado...*, op. cit., II, p. 125.

de la predicación luterana. El resto de las políticas sostenidas durante el reinado de Carlos V o bien estaban ligados a la tradicional política española, conquista de América, combate contra los turcos y piratas berberiscos en el Mediterráneo, o bien habían sido problemas de menor calado, tensiones con Inglaterra, motín de Gante, etc. Entremedias quedaba el compromiso religioso de la Monarquía con la convocatoria del Concilio, ligado por un lado a la fe católica de los españoles y por otro a las urgencias que imponía la evolución del protestantismo.

Significativamente, el debate de los historiadores españoles en torno a la acción política del Emperador en Europa, no se dio sobre los ejes de lo que se consideraba la tradicional política exterior hispana, sino por las guerras con Francia y en el territorio del imperio. Éstos eran los conflictos en los que más se había tenido que empeñar el Emperador y con ello había sacado a España de su dinámica histórica. No obstante, el contraste entre las muchas páginas que dedica a los conflictos con Francia o en el imperio y las bastante menos que dedica a América o a turcos y berberiscos es bien elocuente sobre los focos de atención de Lafuente. En las campañas europeas especialmente, las diferencias resultan bastante notables entre los distintos historiadores españoles con Robertson o entre los hispanistas franceses. A fin de cuentas, la patria alcanzó su mayor gloria en el mundo de la mano de Carlos V y su hijo, y los historiadores de la época de Isabel II hicieron lo posible por apropiarse de este triunfal pasado en el que como nunca se puso de manifiesto la valía y las grandes posibilidades del pueblo español. Para ellos, Europa era desde hacía muchos siglos el eje del desarrollo humano y aquí era donde también los españoles había logrado sus mayores glorias. Lafuente se empeñará a fondo en poner de manifiesto estos logros a través de su análisis de las campañas del Emperador en Italia y el imperio y todo sin olvidar sus reparos frente a Carlos y sus intereses. Una posición difícil no exenta de contradicciones.

Modesto Lafuente, como Robertson, dedica una gran importancia a las guerras contra Francia por el control de Italia. Se podría afirmar que es uno de los capítulos del reinado de Carlos V, junto a las guerras en el imperio, al que dedica más páginas y un seguimiento más minucioso, aunque no más problemático. Aquí sigue muy de cerca al historiador inglés, al igual que la mayoría de los autores que escriben sobre estos asuntos, limitándose a describir con más precisión, siguiendo a Salazar o alguna otra crónica, los sucesos más gloriosos de los «españoles», como la batalla de Pavía. No obstante, Lafuente, Romey o Dunham mostrarán su profundo desacuerdo en torno a la comparación de la persona del Emperador con la de Francisco I.

En buena medida, su planteamiento de estos capítulos tiene bastante que ver con una visión en la que la política «exterior» de la nación permite medir la grandeza de sus gobernantes y la fuerza de los pueblos. Como explica,

de tiempo en tiempo, y siempre que esos grandes cuerpos sociales que llamamos naciones han de dar un paso avanzado en la carrera de la civilización, siempre que han de entrar en un nuevo período de su vida, se levanta un hombre que, siquiera sea agitándolas y

conmoviéndolas, siquiera sea poniéndolas en lucha y haciéndolas disputarse intereses, derechos y territorios, las pone en contacto y comunicación, y produce esa transmisión mutua de ideas que enseña y civiliza así a las naciones como a los individuos.

Esto es lo que le correspondió al Emperador, «genio activo y emprendedor, elevación de pensamientos y de miras, ambición de dominio y de gloria, ánimo esforzado, movilidad suma, vasta concepción y gran comunicatividad». Carlos es el héroe, pero «los españoles sintieron que Carlos adquiriera la corona imperial, porque la calidad de Emperador los privaba de la presencia del Rey»¹⁴³. Según Lafuente, esta disparidad se irá agudizando a lo largo del reinado, insistiendo a los lectores sobre cómo los crecientes compromisos europeos van a ser la principal causa que determinará la evolución nacional. Fue un esfuerzo que aprovechó a la vida universal, en mucha mayor medida que a España, y del que se derivó una gran transformación general. A fin de cuentas «Carlos de Austria iba a ser, sin conocerlo ni imaginarlo, un instrumento de la Providencia, como lo habían sido Alejandro, César, Alarico y todos los grandes transformadores del mundo»¹⁴⁴. Efectivamente, la personalidad de Carlos V y sus intereses se convertirán en uno de los principales fundamentos explicativos de la trayectoria del reinado, pero a costa de la nación española.

La personalidad de Francisco I y Carlos V frente a frente

Más que la lucha por la hegemonía europea o cualquier otra cuestión, son las personalidades de Carlos V y de Francisco I frente a frente con el trasfondo de sus respectivos generales y los paisajes italianos, el objeto de constante comentario por parte de Modesto Lafuente, como previamente lo había sido para Robertson. Éste, no obstante, desarrolla un planteamiento más problemático y complejo de la situación europea. Esta rivalidad personal es lo que hace comprensible los cíclicos períodos de conflicto entre ambas monarquías. Es cierto que comienza haciendo una descripción de la diversidad de las posesiones imperiales que rodean a Francia, la fuerza a la vez que la debilidad del Emperador, frente a una Francia unida que tan fácilmente ataca como se defiende, pero lo principal es la personalidad de cada uno de los monarcas. En su análisis, como lo había sido en el de Robertson (Apéndices I y II) son príncipes del Renacimiento a caballo entre lo moderno y lo medieval, dos caballeros andantes que se debaten entre comportamientos caballerescos y políticos, incurriendo por ello a veces en flagrantes y perniciosas contradicciones. Lafuente no duda en calificar a Carlos V de «espíritu caballeresco que no cuadraba ya en la época, pero alimentado con la lectura de los libros de caballería»¹⁴⁵. No puede sorprender que Lafuente dedique una notable aten-

¹⁴³ *Historia General, op. cit.*, XV, pp. 20-21.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 22.

¹⁴⁵ *Ibid.*, XI, p. 295.

ción al desafío del rey francés a Carlos V en 1528. Un desafío en el que, dicho sea de paso, Francisco no estuvo a la altura de las circunstancias, según el autor ¹⁴⁶, y para mejor demostrarlo, dedica un apéndice documental a esta cuestión con documentación de Simancas ¹⁴⁷.

Dunham mostrará una interpretación de los acontecimientos políticos entre Francisco I y Carlos V bastante distante de los principios caballerescos. Refiriéndose al viaje de este último por Francia para controlar la sublevación de Gante, Dunham afirma que

el haber celebrado con exceso muchos escritores la noble confianza de Carlos y la generosidad de Francisco en la ocasión de que acaba de darse cuenta, prueba cuánto distaba aquella edad de los pensamientos altos que algunos suponen ser en ella comunes.

Con una visión objetivada de los sucesos, traza un cuadro en el que lo ejecutado por el rey francés era lo más «conforme a justicia (...) bien que recibidas promesas voluntarias de su parte, de concesiones de alguna cuantía» ¹⁴⁸, mostrando una firme parcialidad en favor del Emperador que llevará a Alcalá Galiano a dejar clara constancia de ella. Significativamente, es Alcalá Galiano quien muestra más reticencias frente a Carlos.

Para Dunham, Carlos hablaba varias lenguas, lo que le permitía comunicarse con facilidad con sus súbditos, teniendo como rasgos más relevantes de su personalidad el que «ningún monarca le igualó en lo cauto al concebir sus proyectos, ni en lo firme y perseverante al ponerlos por obra; y pocos, si acaso alguno, conocieron tan bien a los hombres», una habilidad que le permitió acertar casi siempre en la elección de sus ministros. «Su política era siempre reservada, un tanto cautelosa, no siempre lisa y honrada. Y aunque en campaña brillaba, todavía era más eminente en el gabinete.» No obstante, también le encuentra algunos defectos. No dio pruebas de amor a las letras y la experiencia de las revueltas en España y Alemania le hicieron poco amigo de la libertad civil y religiosa, y para «apegarle más todavía a las máximas del poder absoluto y de la infalibilidad de la Iglesia». De hecho, cuando fue clemente nunca lo fue con los herejes. Su loa a Carlos constituye un verdadero panegírico, Rey «clemente», «liberal con sus servidores», «ansioso de sus vasallos», empeñado en el cumplimiento de sus obligaciones de monarca e, incluso, «sin tacha en la vida privada», aunque aquí reconoce que tuvo algunas relaciones ilícitas con mujeres. En cambio, su opinión respecto al rey francés es bien distinta. Francisco I quemó a los protestantes en su reino, mientras pactaba con sus homónimos alemanes o con los turcos con tal de perjudicar al Emperador. De esta forma, Francisco es caracterizado como «hombre vano y falto de principios, que para saciar su interesada ambición era capaz de sacrificarlo

¹⁴⁶ *Ibid.*, pp. 426 y ss.

¹⁴⁷ *Ibid.*, XII, pp. 497-498.

¹⁴⁸ *Historia de España desde los tiempos primitivos, op. cit.*, IV, p. 246.

todo y en quien había muy poco de ese ponderado honor que le atribuyen muchos de sus paisanos»¹⁴⁹. Romey también tenderá a contemplar negativamente las decisiones de Francisco I y, sobre todo, por su tendencia a aliarse con los protestantes¹⁵⁰.

Para Robertson el conocimiento de las personalidades de Carlos V y Francisco I, también era un elemento explicativo fundamental al que dedicó mucha atención a lo largo de su obra. La interpretación de las decisiones que cada uno de los dos contendientes adopta en cada momento obedece esencialmente a la coherencia de su personalidad. Una personalidad recreada en la lógica de sus pasiones y de los ideales caballerescos, contrastada con sus intereses y la realidad internacional en la que se mueve. Unos ideales ajenos al mundo de Robertson o Lafuente y que aquí tienen mucho de recreación nostálgica. Como el primer autor dice refiriéndose a Francisco I, «llevaba adelante las ideas del honor a un exceso de delicadeza algo de romance». Ésta es la explicación de su comportamiento en Pavía en la que sacrificó la prudencia ante el honor hasta un punto que le llevó a perder la batalla y a caer prisionero¹⁵¹. Para este autor, la elección imperial tuvo una gran importancia. Ambos príncipes se habían dado su palabra de respetar la decisión final. Como Francisco I dijo con «su viveza ordinaria», cortejaban a la misma dama y el no elegido debe dejar en paz al elegido, pero el reto era mayor de lo que «tolera la flaqueza humana» y cuando el rey francés perdió, nunca perdonó el quedar mortificado ante toda Europa. «De ahí aquella rivalidad, aquella envidia personal, que subsistió entre ambos monarcas por todo su reinado.» La paz hubiera sido muy difícil, dada la disparidad de sus intereses, pero la inquina personal convirtió el período en una guerra constante¹⁵². El Papa y el resto de los gobernantes europeos sabían esta realidad e intentaron encizañar entremedias para utilizar en su provecho tal enemistad.

Robertson se inclina sin matices por la figura del rey francés, como se puede constatar en el Apéndice I, lo cual origina una reacción airada de Lafuente que constantemente discute sus afirmaciones. En realidad, lo que discuten es cuál de los dos soberanos era más caballero y actuaba más acorde a los ideales de la caballería. Robertson, por supuesto, estima que Francisco I es un rey generoso, valiente, de nobles aspiraciones, espontáneo y por su bondad natural dado a creer en los demás, hasta en el Emperador.

Mas tal era el carácter de este príncipe que aflojaba demasiado fácilmente y hasta se descuidaba en las ocasiones ordinarias, en vez de que se reanimaba al acercarse el peligro, y sabía no sólo despreciarlo con intrepidez, cualidad que nunca le abandonó; mas también prevenirlo y rechazarlo con tanta actividad como maña¹⁵³.

¹⁴⁹ *Ibid.*, pp. 260-261.

¹⁵⁰ *Historia de España desde el tiempo primitivo, op. cit.*, III, p. 465.

¹⁵¹ *Historia del reinado...*, *op. cit.*, II, p. 203.

¹⁵² *Ibid.*, p. 61.

¹⁵³ *Ibid.*, II, p. 171.

Contaba con la gran ventaja de disfrutar de un poder más absoluto sobre sus súbditos con menos controles que los que padecían el Emperador o Enrique VIII respecto a los suyos, lo cual le permitía recaudar más tributos y con más rapidez. Cuando los demás estaban buscando recursos, Francisco ya había levantado un ejército.

Robertson retratará a Carlos V como un rey maniobrero, astuto, calculador, frío, valiente, pero incapaz de la cercanía del francés con sus soldados. En los Apéndices I y II se puede encontrar la síntesis que de sus personalidades traza Robertson a su muerte, momento en el que hace un balance de la identidad de cada uno, señalando sus rasgos más esenciales y dejando claras sus realizaciones más importantes. Su análisis es de gran interés y, desde luego, muy influyente en la historiografía posterior. Por supuesto, Modesto Lafuente utilizará este material limitándose a cambiar las tornas, asignando al Emperador los nobles valores caballerescos con que Robertson había pintado a Francisco I. No obstante, a lo largo de la obra irá dejando constancia de una frialdad que permite entender su relativo distanciamiento de los españoles hasta que tras la huida de Innsbruck, comience un proceso de españolización que acabará en Yuste.

Francisco I es descrito por Lafuente como un pretendiente frustrado en su aspiración a ceñir el cetro imperial, con su amor propio desairado por la preponderancia adquirida por el Emperador. Su retrato, en cambio, no es tan halagüeño como el del César. Se trata de un rey «tan descuidado cuando tenía el peligro lejos, como activo y enérgico cuando lo tenía cerca»¹⁵⁴, como espíritu dado a «todo lo que fuese arriesgado, ruidoso y caballeresco»¹⁵⁵. Frente a Carlos, Francisco es visto como un rey inconstante, voluble, vanidoso, imprudente, con tendencia a dejarse llevar por los consejos más arriesgados de cuya realización cabe esperar gloria, despreciando los pareceres de sus mejores generales. Así refiriéndose al sitio de Pavía, que acabaría tan mal para el rey francés, Lafuente recoge los datos aportados por Sismondi en su historia de Francia para proporcionar un sentido un tanto distinto al ofrecido por este autor:

el rey caballero juró morir antes que abandonarle, porque como decía Bonnavet, «un rey de Francia no retrocede nunca delante de sus enemigos, ni abandona las plazas que ha resuelto tomar». Pronto iba a pagar la Francia entera la presunción, y las imprudencias y locuras de su rey¹⁵⁶.

No es sorprendente que Lafuente sitúe a Francisco entre fiestas y dispendios de Corte cuando peor van las cosas a sus ejércitos en Italia¹⁵⁷, o que deje clara constancia de la facilidad con que «Francisco resentía y exasperaba a sus mejores caudillos, y Carlos

¹⁵⁴ *Historia General, op. cit.*, XI, p. 326.

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 328.

¹⁵⁶ *Ibid.*, pp. 336-337.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 438.

sabía atraerlos y utilizarlos. El Emperador vencía al Rey con sus propios súbditos»¹⁵⁸. Todo porque el Emperador supo atraerse o comprar la traición de quienes servían al rey francés, como el duque de Borbón o Andrea Doria.

La lucha por la hegemonía europea, el control de Italia, etc., son vistos como escenarios en los que se expresa la grandeza o debilidad de los pueblos, siempre determinados por la valía y la pasión de unos gobernantes sumergidos en un magma de conspiraciones en las que destaca el egoísmo individual y a veces, las menos, la perspectiva de un gran hombre de Estado. Así, la defección del duque de Borbón es el resultado del rechazo por éste de la pasión amorosa de la reina madre francesa¹⁵⁹, lo mismo que los cambios de actitud de la Monarquía inglesa en cada coyuntura obedecen a los deseos de Wolsey de llegar a ser papa¹⁶⁰, o bien al deseo de Enrique VIII de separarse de su mujer Catalina, hija de los Reyes Católicos¹⁶¹. Del mismo modo, las vacilaciones del marqués de Pescara en su fidelidad al Emperador son el resultado de su resentimiento por la cortedad de las recompensas del Emperador tras la batalla de Pavía¹⁶². Sentimientos humanos, muy humanos, decisivos para que, según Lafuente, las naciones vayan a la guerra y unas se engrandecen a costa de otras. Lo que ningún historiador de la época duda es de la ambición de Carlos. Hasta los autores más identificados con él, como Romey, lo expresan con nitidez: «más fundamento tiene la censura contra su ambición desmedida, con la cual estuvo aspirando al señorío de la Europa entera, mas no cabe negar que se había granjeado el pasmo de todas las naciones»¹⁶³.

La superioridad personal de Carlos V frente al rey francés es manifiesta en la pluma de Lafuente. Tras los sucesos de las Comunidades y la clara conciencia de alguno de los errores cometidos con los castellanos, no sólo es más maduro, inteligente y sagaz, también es más constante, tiene más capacidad de convicción y, sobre todo, cuenta con mejores generales y colaboradores. Carlos no estuvo presente en el triunfo sobre las Comunidades y Germanías, ni en Pavía, fueron sus generales quienes conquistaron la gloria militar y política para él. Repasando la nómina de los generales que triunfaron en Pavía, destaca que todos se formaron a las órdenes del Gran Capitán.

Fernando el Católico había echado los cimientos del imperio español en Italia, y Gonzalo de Córdoba los había asegurado con su indomable brazo. Carlos V supo utilizar y extender la herencia que le dejaron la política de Fernando de Aragón y la espada de Gonzalo de Córdoba¹⁶⁴.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 436.

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 317.

¹⁶⁰ *Ibid.*, pp. 297 y 320.

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 421.

¹⁶² *Ibid.*, pp. 392 y ss.

¹⁶³ *Historia de España desde el tiempo primitivo hasta el presente*, op. cit., II, p. 466.

¹⁶⁴ *Historia General*, op. cit., XV, p. 25.

Éste fue su principal mérito, el saber recoger el impulso nacional que los Reyes Católicos habían sabido condensar en torno a la Monarquía incorporando a los generales y a los hombres más valiosos. Evidentemente, Lafuente en ningún momento tiene dudas sobre de quién dependió la grandeza del imperio:

mientras Carlos de Austria destruía las libertades en Castilla, dos castellanos (Cortés y Pizarro) le estaban conquistando vastos imperios en el Nuevo Mundo, y mientras unos españoles le aprisionaban reyes en Europa y en África, en Pavia y en Túnez, otros españoles encarcelaban y enjaulaban emperadores y soberanos y derrocaban tronos en las regiones transatlánticas y sujetaban al cetro de Carlos V dominios sin límites ¹⁶⁵.

El esfuerzo de los españoles era el corazón que alimentaba y engrandecía el imperio, algo que también había apuntado sin tanta contundencia ni insistencia Robertson, especialmente a partir de finales de los años treinta o principios de los cuarenta. En esta coyuntura el autor inglés dará cuenta del creciente peso de los españoles en los ejércitos y centros neurálgicos del poder del imperio.

El análisis del autor inglés, también haciendo algo de patria, incorpora un tercer elemento a la rivalidad entre el Emperador y el soberano francés, Enrique VIII y el peso de Inglaterra. Su insistencia en este Rey puede parecer excesiva al peso que tuvo aquel reino en los asuntos de aquellos años, al menos en algunas coyunturas, pero contribuye a poner las cosas en su sitio y a colocar a Inglaterra dentro del concierto internacional, cosa que no era nada habitual al tratar principios del siglo XVI entre los historiadores franceses o españoles. Así Lafuente prestará poca atención a Robertson en este terreno y tenderá a relegar el peso de Inglaterra en estos años. Para este último, la preocupación de Carlos y Francisco a lo largo del tiempo, se centró en atraerse a Enrique a su alianza. Sabían que era un Rey en el que se combinaban los derechos opuestos de las principales familias inglesas hasta que hacía poco rivales y que, por tanto, no tenían posibilidad de desestabilizar su gobierno. Gozaba de apoyo en su reino y esto le permitía jugar un papel importante en Europa. Poseía la ciudad de Calais en Francia y tenía importantes conocimientos y habilidades militares, convirtiéndose por todo ello en el «protector natural de la libertad europea y le establecía en árbitro entre el rey de Francia y el Emperador» ¹⁶⁶. Él pretendía llegar a un equilibrio europeo, pero carecía de moderación para esta gran tarea. Sus decisiones eran pasionales, carentes del sosiego y la madurez que habrían sido imprescindibles. No obstante, no todo fue responsabilidad del Rey. Wolsey, privado del Rey, tuvo un protagonismo nefasto. Un hombre que «había ascendido de la escoria del pueblo a un grado de poder y de elevación al que un inglés no habría llegado jamás» ¹⁶⁷, algo con lo que Robertson justifica su evolución posterior. Trabajador infatigable, conocedor de los asuntos internacionales,

¹⁶⁵ *Ibid.*, XII, p. 54.

¹⁶⁶ *Historia del reinado...*, op. cit., II, p. 65.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 66.

supo ganarse a su monarca para enriquecerse e intentar colmar su desmedida ambición. Conscientes de la personalidad del privado, tanto Francisco como Carlos intentaron atraérselo comprando su voluntad. En este terreno Carlos fue más hábil ofreciéndole en sucesivas ocasiones convertirle en papa, promesa que nunca cumplió.

¿Un Emperador caballero? La batalla de Pavía y sus consecuencias

Tras los sucesos de las Comunidades, cuando Francia invadió Navarra, toda Castilla se volcó en contra de los invasores, de forma especial quienes pocos meses antes habían luchado en el bando comunero ¹⁶⁸. Con este arranque de patriotismo, descrito por Lafuente, no evitaron la dura actitud de Carlos V contra los jefes sublevados, pero una vez más los españoles demostraron su inquebrantable sentido patriótico, por encima de sus diferencias, y su lealtad a su Rey. A pesar de cuanto supusieron las Comunidades, una vez concluida la sublevación, se restableció la unidad nacional y el Emperador fue de nuevo el Rey de todos los españoles. La fidelidad a su Rey, constituye una de las principales claves explicativas del comportamiento histórico de los españoles en la *Historia General*. No obstante, desde muy pronto, 1524, las «Cortes de Castilla se iban cansando de sacrificar los intereses de los pueblos a guerras extrañas y le escatimaban los subsidios» ¹⁶⁹. Unidad nacional en torno al Rey, pero sin olvidar la utilidad que se daba a sus recursos.

El contraste entre lo que escribe Robertson y Lafuente sobre la situación de Italia es bastante expresivo del tono general. El análisis de Robertson es con gran diferencia más complejo y profundo que el que lleva a cabo Lafuente. Es cierto que las decisiones las tomarán individuos con una personalidad que muchas veces explica el sentido último de la decisión, pero también hay un planteamiento muy denso de la situación en el que sobresale una explicación motivada e informada de los acontecimientos. Como historia narrativa de acontecimientos es de una gran calidad. Lafuente sigue su huella en casi todo, sintetizando y reinterpretando en un sentido nacionalista español, la visión de Robertson y simplificando en bastantes ocasiones la complejidad de sus análisis. Sin duda, su relato no es tan elaborado ni tan informado como el de este último autor, pero sí mucho más «español».

Para ambos autores, Pavía es uno de los más grandes acontecimientos del período que permitirá no sólo medir la entidad de los dos ejércitos, sino también las personalidades de los dos rivales. Robertson explica con bastante precisión la situación. El ejército francés al mando de su Rey, contaba con una notable superioridad, pero sus mejores generales aconsejaban la prudencia, mientras Bonnavet aconsejaba el ataque. El Rey era el que tenía que tomar una decisión, pero

¹⁶⁸ *Historia General*, op. cit., XI, p. 304.

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 327.

este príncipe dotado del valor de un soldado más bien que el de un general, arrastrado por su ambición y a quien su carácter llevaba a la temeridad más que a la prudencia, se dejaba demasiado fácilmente deslumbrar por las victorias y seducir por toda empresa que pedía ánimo y que presentaba grandes riesgos ¹⁷⁰.

Consecuente con su idiosincrasia, Francisco sacrificó la prudencia al honor y se empeñó en dar batalla. Por parte de las tropas del Emperador, contaba con magníficos generales en una situación crítica. Especialmente alaba a Antonio de Leiva, «capaz de sufrir todo y todo intentarlo por salir bien» ¹⁷¹, sin dejar de mencionar la valía y el ingenio del resto. La descripción del choque es uno de los pasajes más grandiosos de la obra.

Por un lado, un monarca joven lleno de denuedo auxiliado de una nobleza generosa, seguido de vasallos, cuya genial impetuosidad crecía aún por la indignación que les inspiraba la resistencia, combatía por la victoria y por el honor. Por otro, tropas mejor disciplinadas, capitaneadas por generales más hábiles, peleaban por necesidad con un coraje exaltado por la desesperación ¹⁷².

La batalla de Pavía y la prisión de Francisco I van a brindar a Lafuente un valioso calidoscopio en el que apreciar el contraste entre el espíritu caballeresco de los generales y soldados del Emperador, frente a la actuación posterior de éste. Naturalmente, no escatimará esfuerzos para resaltar con el mayor lirismo el heroísmo español. No se apartará del relato de Robertson, pero sí añadirá noticias sacadas de distintas crónicas hispanas y a través de ellas contará distintas anécdotas que resaltan el ingenio y la entrega de los soldados españoles al servicio de sus generales. No sólo logran hacer llegar dinero a los sitiados en Pavía, también cuenta un suceso que pone bien a las claras quien ganó la batalla. Los lansquenets del imperio se negaban a luchar mientras no se les pagase, pero no había ningún dinero disponible y Pescara, general de las tropas imperiales, se dirigió a los capitanes y soldados españoles, exhortándoles

que en tan solemne ocasión dieran al mundo brillante ejemplo de desprendimiento y patriotismo, ejemplo que sería tan glorioso a España como a ellos mismos que tenían la fortuna de haber sido puestos allí por el mayor monarca del mundo para sostener su poder, renunciando a su propio salario, y lo que era más, dando cada cual una parte del dinero que tuviese para pagar a los alemanes ¹⁷³

Los españoles aprobaron con entusiasmo esta propuesta y crearon las condiciones para ganar el combate.

En el detenido repaso de los antecedentes y la batalla de Pavía, Lafuente dará un trato de favor a los personajes y a los soldados para resaltar el ingenio y el valor

¹⁷⁰ *Historia del reinado...*, op. cit., II, p. 196.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 202.

¹⁷² *Ibid.*, p. 204.

¹⁷³ *Historia General*, op. cit., XI, pp. 341-342.

de los ejércitos de ambos bandos. Al frente de los franceses se encuentra su Rey, al frente de los españoles, los generales formados con el Gran Capitán. Antonio de Leiva, el marqués de Pescara, Lannoy, etc. Convierte a Leiva en uno de los mejores generales de su siglo. No ahorra en detalles que dan fe de la nobleza y dignidad de los contendientes, pero es evidente la superioridad de los generales del Emperador y de las tropas españolas, que son el centro del ejército imperial. La batalla de Pavía es descrita con todo lujo de detalles siguiendo distintas crónicas, entre ellas la de un autor inglés, al que por extranjero se le supone neutralidad, para dejar constancia de la gran nobleza y valentía del combate por los dos lados. Ateniéndose a las crónicas, Lafuente logra una descripción repleta de rasgos caballerescos de los generales españoles para con el rey francés derrotado y hecho prisionero¹⁷⁴, que ya Robertson había descrito como si de una relato de caballerías se tratase:

el general, se refiere Lannoy que fue a quien se rindió el Rey, arrojándose para besar la mano del Rey, admitió esta espada con profundo respeto, y desembainando la suya, la presentó a Francisco diciéndole que no convenía a un gran monarca permanecer desarmando en presencia de un súbdito del Emperador¹⁷⁵.

Más que ningún otro capítulo, Pavía va a permitir dar cumplida cuenta a Robertson y Lafuente de ese mundo romántico y caballeresco lleno de heroísmo, de nobleza y dignidad ante la vida y la muerte. Dunham, fiel a su escasa confianza en los ideales caballerescos de la época, describe Pavía de forma bastante más parca y sin tanto heroísmo, aunque no deje de afirmar que esta batalla fue «una de las más gloriosas en los fastos de nuestra historia»¹⁷⁶. Romey, en cambio, sí insistirá en el valor y la caballería de ambos ejércitos¹⁷⁷.

Éste es un comportamiento que contrasta vivamente con la actuación del Emperador respecto al rey francés cuando éste llegó prisionero a España. Robertson, siempre inclinado al rey francés, ya había situado en el centro la magnanimidad de carácter del rey francés, deseoso de entrevistarse cuanto antes con el Emperador: «Francisco, que juzgaba el alma de Carlos por la suya, desaba impacientemente que supiera su situación no dudando que el Emperador le restituiría bien pronto su libertad por una noble compasión o generosidad»¹⁷⁸. Rápidamente comprendió su error. El Emperador recibió la noticia del triunfo con moderación, pero no era sincero. Lafuente haciéndose eco de este relato lo afirma con pena. «Fuerza es confesar, dice Lafuente, que no tuvo nada ni de generosa ni de galante la conducta de Carlos V con el real prisionero en Madrid. Le cumplimentaba por escrito, pero no le visitaba»¹⁷⁹. Carlos se dedicaba

¹⁷⁴ *Ibid.*, pp. 340-360.

¹⁷⁵ *Historia del reinado...*, op. cit., II, p. 205.

¹⁷⁶ *Historia de España desde los tiempos primitivos*, op. cit., IV, pp. 236-237.

¹⁷⁷ *Historia de España desde el tiempo primitivo*, op. cit., III, p. 463.

¹⁷⁸ *Historia del reinado...*, op. cit., II, p. 206.

¹⁷⁹ *Historia General*, op. cit., XI p. 369.

a agasajar al duque de Borbón, haciendo escarnio a Francisco. El contraste entre el comportamiento retorcido de Carlos V y el caballeresco de sus generales, queda bien patente. Indudablemente, los generales de Fernando el Católico y el Gran Capitán están a una altura muy superior a la de su Emperador. Éste sobresaldrá como militar heroico a partir de la campaña de Túnez, más que como inteligente estratega o general con palabra. Esto es más evidente en el último período de su reinado, en las guerras en el imperio, cuando ya haya desaparecido esta generación de generales y aparezca en escena el duque de Alba y otros generales de su generación. Con todo, la altura del Emperador nunca se acercará a la de los grandes generales que hicieron las guerras de Italia en los últimos años del siglo XV o en los primeros del XVI, junto al Gran Capitán.

Toda Europa permanecía expectante de la actitud del Emperador y éste decidió sacar el mejor provecho de la situación, intentando forzar al rey francés a concesiones difícilmente tolerables, en vez de intentar una paz estable. Robertson ya lo había dicho: «en vez de conducirse con los sentimientos de príncipe verdaderamente grande, dejó ver la sutileza de un corsario codicioso, que espera con maltratar a su prisionero, forzarle a pagar más caro su rescate»¹⁸⁰. Al Emperador le hubiese gustado invadir Francia, pero las dificultades eran demasiadas y

recurrió a las sutilezas de la intriga y de la negociación, más se determinó a ello en parte por necesidad, en parte por inclinación. El deplorable estado de su hacienda le constituía en imposibilidad de aprestar ningún armamento respetable; y como jamás se había presentado a la cabeza de sus ejércitos, cuyo mandato había dado siempre a sus generales, gustaba poco de los consejos que pedían audacia y talentos de un guerrero, y confiaba más en el arte de la negociación que conocía más a fondo¹⁸¹.

La visión que poco a poco va destilando Robertson, tiene muy poco que ver con la que se elaborará Lafuente y otros autores de un Carlos V guerrero. Efectivamente, Robertson hablará de Carlos al frente de sus ejércitos en determinados momentos, campaña de Argel, Mülberg, etc., pero no es ésta la cualidad que más le distingue. Antes que guerrero, el Emperador de Robertson es un calculador y frío negociador que sabe atraerse las voluntades de pueblos y personajes a través del generoso empleo del dinero, sus múltiples viajes y que dará la talla de militar como resultado del estado de guerra al que constantemente se verá sometido.

Lafuente sigue la pauta de Robertson en el relato de las negociaciones que se producen durante la prisión del rey francés, siendo muy crítico con la actitud del Emperador. Éste no fue consciente de lo pasajero de su victoria. Sólo cuando el monarca francés amenazó con abdicar, Carlos facilitó una salida pactada a cambio de que dos hijos de Francisco I, entre ellos, quedasen como rehenes del Emperador, «que reemplazaron

¹⁸⁰ *Historia del reinado...*, op. cit., II, p. 219.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 212.

a un padre que había comprado fría y calculadamente su libertad personal al precio de la cautividad de sus hijos»¹⁸². Una solución que ya desde su prisión en Madrid el francés dispuso la justificación para no cumplir. Ambos soberanos se despidieron con muestras de galantería y aprecio, pero se había frustrado una gran posibilidad de encontrar una vía de entendimiento entre los dos grandes poderes de la época para conseguir la paz entre los católicos y luchar contra el infiel o los herejes. Evidentemente, el grueso de la responsabilidad para Lafuente recae en el Emperador. Con una visión menos moral, Dunham se refiere a las negociaciones de Madrid en unos términos distintos. Para él, el Emperador actuó «con vituperable dureza, pero no errada política, se resistía a visitarle para no tener que darle por su boca propia negativas desabridas». Al final, el rey francés, «hombre de más valor que fortaleza, de escaso juicio, y aunque nobles pensamientos», cayó enfermo y Carlos temeroso de su muerte aligeró las condiciones de su libertad¹⁸³. No obstante, al final considera que Francisco fue un «político diestro, por haberse doblado en la adversidad y aprovechado de las mudanzas de la fortuna».

Poco después comenzaba una nueva guerra entre ambos que finalizaría con la paz de Cambray en 1529. En ella se acordaría entre otras cosas el rescate de los hijos de Francisco a cambio de una cantidad de dinero. Un asunto que Lafuente considera «poco digno», ya que parecía tratarse «como negocio mercantil más que como asunto político»¹⁸⁴. Éste es un suceso al que Lafuente da notable importancia, sin ahorrar detalles folletinescos con los que pretende hacer un retrato moral de los dos monarcas. La imagen resultante no es precisamente la de dos caballeros más grandes de Europa ni la de príncipes cristianos, sino la de dos gobernantes calculadores que hacen política y negocian a costa de los hijos de uno de ellos. A través del relato se presenta al lector el notable egoísmo de sus protagonistas que, fuera de cualquier idealización, quedan reducidos a dos políticos mezquinos de ninguna talla moral. En este terreno la actitud de Lafuente será bastante más acre que la de Robertson en la caracterización moral de los protagonistas. Después de los sucesos acontecidos durante la prisión del rey francés y la forma en la que éste consiguió su libertad, poco o nada queda del mundo caballeresco en que tanto le gusta regodearse. En su distanciamiento de la figura del Emperador, Lafuente pretende retratar una época que va perdiendo los grandes ideales y unos gobernantes que han perdido el sentido ético y cristiano de la política. Es una forma de no hacer tan evidente su rechazo a Carlos, pretendiendo aparecer como un analista objetivo que es capaz de decir lo bueno y lo malo de un personaje y una época.

Lafuente no escatima elogios a la capacidad diplomática del Emperador y de su contrincante francés. En gran medida, con ello está manteniendo la definición de manio-brero con que Robertson observa los movimientos del Emperador frente a un Francisco I

¹⁸² *Historia General, op. cit.*, XI, p. 520.

¹⁸³ *Historia de España desde los tiempos primitivos, op. cit.*, IV, p. 237.

¹⁸⁴ *Historia General, op. cit.*, XI, p. 518.

más sincero y espontáneo. Ambos soberanos tienen una gran habilidad para tejer relaciones a espaldas del otro, atraerse al resto de los gobernantes descontentos, especialmente al soberano inglés. Son juegos diplomáticos esenciales para seguir el curso de la rivalidad entre Francia y España, que adquieren la máxima dimensión cuando observa el papel del papado. En el análisis de Lafuente sobre las guerras italianas entre ambas monarquías, el papado ocupa un lugar importante y es un elemento valioso para entender el papel de Roma en la crisis luterana.

Efectivamente, la elección de Adriano de Utrech como Adriano VI, relatada al comienzo de las guerras de Italia por Lafuente, resulta premonitoria de lo que será la actuación del papado en fechas posteriores. Adriano es descrito casi con las mismas palabras que anteriormente había utilizado Robertson. Es el contrapunto de sus antecesores en el solio pontificio, Julio II y León X, «modesto, y humilde en su porte, sencillo y austero en sus costumbres, enemigo de la ostentación, del boato y la opulencia» fue juzgado con gran severidad por un pueblo romano dispuesto a soportar vicios, pero no a consentir una «reprensión tácita de la culta corrupción de la Corte». Un Papa lleno de candor y de buena voluntad,

enemigo de los abusos y de la inmoralidad, intentó la reforma de los vicios que se habían introducido en la Iglesia y en la Corte Romana, que hecha con prudencia y con energía, hubiera podido ser el mejor remedio de acallar las agitadas declamaciones de Lutero ¹⁸⁵.

Robertson, en su permanente ataque a la Iglesia, había afirmado que su apoyo a la crítica de la corrupción eclesiástica se tomó por los romanos «como prueba de una extrema imprudencia y de una sencillez pueril». Efectivamente, según él, los cardenales envejecidos en medio de la corruptela no tenía como regla la justicia, sino su interés, despreciando y boicoteando a un Papa que no estaba dispuesto a cubrir sus desmanes ¹⁸⁶. Significativamente, Lafuente se suma a esta visión sobre el papado que también permitirá a los lectores de la *Historia General* comprender mejor la actuación del Emperador en Italia, incluyendo el Saco de Roma. A fin de cuentas, el Papa se movía en un marco de degradación moral y política que impedía el que se le respetase por su papel de primado de la cristiandad.

Todos sabían, añade Lafuente respecto a lo señalado por Robertson, que el aplastamiento de la sublevación comunera no se debía precisamente a la energía de Adriano y no le creían capaz de situarse a la altura de las complicaciones políticas y religiosas de la Europa del momento. Robertson ya había dejado claro que Adriano,

ignorando absolutamente el sistema vasto y complicado de la política italiana, y no pudiendo depositar su confianza en personas cuya sutileza refinada en los negocios, se avenía mal

¹⁸⁵ *Ibid.*, pp. 314-316.

¹⁸⁶ *Historia del reinado...*, op. cit., II, p. 189.

con la sencillez y candor natural de su carácter, se encontraba a menudo embarazado e irresoluto en las deliberaciones ¹⁸⁷.

Ambos autores coinciden en señalar que con mejores intenciones que habilidad y energías, Adriano fracasó y el pueblo romano fue extremadamente cruel en los sarcasmos con los que celebró su muerte ¹⁸⁸. En definitiva, un pueblo romano tan corrupto como el Papa y la curia. Un vínculo de degradación que estará presente a lo largo de la obra de Robertson y Lafuente, contribuyendo poderosamente en ambos autores a explicar el desarrollo del luteranismo y la parálisis de la Iglesia.

Adriano fue el único Papa verdaderamente preocupado durante aquellos años por la mejora de la Iglesia. Sus continuadores en el solio estarán volcados en los conflictos políticos de la Península italiana, unas veces participando militarmente y siempre por vía diplomática. Una actuación descrita con los tonos menos éticos y cristianos. Así, refiriéndose a los meses anteriores a la batalla de Pavia, Lafuente describe en estos términos la actuación del sucesor de Adriano:

El papa Clemente VII, con color de querer ser medianero entre Carlos y Francisco, enviaba mensajeros al rey de Francia y al campo de los imperiales, para que se informaran de las fuerzas y de las probabilidades de triunfo de cada uno, para decidirse en favor de quien más viera convenirle, y entreteniéndolo a unos y otros con buenas palabras, concluyó por favorecer con capa de neutralidad al francés ¹⁸⁹.

La constante intriga diplomática en la que se mueven los asuntos italianos y en la que el Papa constituye una pieza clave es «jugar a quién más engañarse podía» ¹⁹⁰.

El Saco de Roma. Entre la «política» y el catolicismo

El Saco de Roma es tratado con detalle por Lafuente, seguramente más que Robertson, concediéndole una gran importancia. En su análisis hay un notable esfuerzo por situar el contexto que pueda hacer comprensible a los españoles, que no justificable, un suceso tan extraordinario como es el saqueo del centro de la cristiandad por las tropas imperiales durante más de ocho meses, hasta hacer capitular al Papa en terribles condiciones. Efectivamente, hace un análisis bastante más detenido que en otras ocasiones de las circunstancias y contenidos de la Liga de Cognac en la primavera de 1526 entre el Papa, el rey francés, el duque de Milán y la señoría de Venecia ¹⁹¹. Roma

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 169.

¹⁸⁸ *Historia General*, op. cit., XI, p. 320, nota 1.

¹⁸⁹ *Ibid.*, pp. 336-337.

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. 396.

¹⁹¹ *Ibid.*, p. 397.

fue invadida por las tropas de Hugo de Moncada, forzando al Papa a firmar una tregua en septiembre del mismo año tras saquear el Vaticano ¹⁹², una tregua y unos acuerdos que el Papa no respetó, según Lafuente. El relato que había hecho Robertson era bastante similar, pero él situaba la responsabilidad ruptura de los acuerdos en los imperiales, en concreto en el condestable de Borbón que se negó a atender las órdenes de Moncada y Lannoy, pensando que si humillaba al Papa sería recompensado por el Emperador y de paso satisfaría con el botín los muchos atrasos de su ejército. Así el ejército que había tomado Milán al mando de este general al borde del motín, casi fuera de control, se precipita sobre Roma en mayo de 1527. El papa Clemente es incapaz de actuar con frialdad y el condestable, consciente de los problemas que entraña la empresa, se lanza sobre las murallas de la ciudad dispuesto a vencer o morir y es mortalmente herido ¹⁹³.

Lafuente se extiende en calificativos sobre los excesos de las tropas imperiales que, en su opinión, someten a la ciudad al peor saqueo de su historia. En ello se detiene más que Robertson, aunque en lo esencial valorará el comportamiento del Emperador en los mismos términos. Cita a Guicciardini, Sandoval, Robertson, Sismondi, Rossew-Sain-Hilaire, etc., para dar cuenta de la magnitud del desastre. Pero quizá lo más interesante sea la valoración que hace de la reacción del Emperador. «La política que en esta ocasión adoptó Carlos V pareció del tipo de las que a su tiempo había de seguir constantemente su hijo que acababa de nacer (se refiere a Felipe II). Carlos se mostró exteriormente muy apenado», vistiéndose de luto, haciendo vestir de luto a la Corte, ordenando que se hiciesen plegarias en las iglesias de sus reinos, etc.

Pero el soberano que mandaba hacer procesiones y rogativas públicas por la libertad del Papa, no le redimía del cautiverio, y el que tanto lamentaba la prisión del pontífice no daba orden a sus generales para que le sacaran de ella; atento, como había hecho con Francisco I, a sacar el mejor partido que le fuese posible de su cautividad ¹⁹⁴.

Una vez más, Carlos traiciona sus ideales caballerescos y cristianos, esta vez a los ojos de toda la cristiandad, para comportarse como un político en el sentido maquiaveliano. Es ésta una visión que no coincide con la expresada por Dunham para quien en el Saco de Roma se cometieron todo tipo de excesos, pero el Emperador, lejos de quedar abrumado por la pena, actuó para dividir a sus enemigos, cosa que logró ¹⁹⁵. Romey tampoco mostrará gran atención por el Saco y su calificación moral ¹⁹⁶.

Para Robertson, la taimada actuación del Emperador logró ocultar a la mayoría de sus contemporáneos sus verdaderas intenciones, porque «las consideraciones reli-

¹⁹² *Ibid.*, pp. 402-403.

¹⁹³ *Historia del reinado...*, op. cit., II, p. 247.

¹⁹⁴ *Historia General*, op. cit., XI pp. 416-417.

¹⁹⁵ *Historia de España desde los tiempos primitivos*, op. cit., IV, p. 239.

¹⁹⁶ *Historia de España desde el tiempo primitivo*, op. cit., III, p. 465.

giosas le movían poco» y por ello había mostrado «a menudo el deseo de mandar transportar al Papa a España a fin de satisfacer el orgullo de su ambición por el espectáculo de los dos más ilustres personajes de Europa prisioneros sucesivamente en su Corte». Pero los príncipes europeos sí supieron tomar buena nota de lo que sucedía. Enrique VIII y Francisco I se aliaron con intención de trasladar el centro de sus operaciones contra el Emperador al centro de Italia. El rey francés era consciente de los muchos errores que había cometido en Italia y Enrique no quería que se diese una situación en la que la superioridad de Carlos le permitiese dar órdenes a los príncipes europeos, a él entre otros.

A pesar de las buenas palabras con las que Lafuente suele adornar las acciones del Emperador disimulando o callando las peores afirmaciones de Robertson, no resulta difícil encontrar pasajes en la obra en los que claramente da cuenta de la contradicción entre la política imperial y el desarrollo de los sentimientos nacionales, que están comenzando a florecer por estas fechas en España y en Europa. Esto, más que su comportamiento con Francisco, es lo que ensombrece la figura del Emperador en la obra de Lafuente. Del mismo modo, también es fácil encontrar pasajes en los que se pone de manifiesto el choque entre los ideales caballerescos, cristianos e imperiales con que Carlos V envolvía su política y una actuación que poco tenía que ver con estos enunciados. En su análisis sobre las consecuencias del Saco de Roma se entrecruzan ambos problemas. Por un lado, «la Italia entera pareció salir de su estupor para unirse por primera vez contra el príncipe de quien eran súbditos los saqueadores de Roma». Por otro, Europa entendió el terrible acontecimiento «como un rayo de cólera divina, y como un castigo providencial»¹⁹⁷. Aunque no lo diga claramente, no sería muy aventurado entender que para el autor, el Saco de Roma sintetiza los límites de la política imperial, su desfase, por cuanto se está concretando en el momento en que está surgiendo vigorosamente el sentimiento de identidad nacional y el luteranismo está generando en el mundo católico un ansia de reforma y de compromiso moral. Un compromiso al que será ajeno un Carlos V más maquiaveliano que moralmente católico.

Un héroe político entre déspotas

Es evidente que Modesto Lafuente no simpatiza mucho con ninguno de los dos monarcas, porque no supieron estar a la altura que sus grandes responsabilidades les exigían. Y no sólo ellos, lo mismo se podría decir del resto de los gobernantes contemporáneos. Un momento crucial en el que luchan por abrirse paso los valores renacentistas, en el que perviven los nobles ideales caballerescos, en el que tras los ataques a la unidad cristiana van a potenciarse grandes energías en pro de la renovación del cristianismo... Todo un conjunto de circunstancias que hubiesen exigido una gran gene-

¹⁹⁷ *Historia General*, op. cit., XI, p. 417.

rosidad y clarividencia de miras en los gobernantes, propias de las personas excepcionales y que sólo encontró a hombres sin grandes perspectivas que tan sólo llegaron a ser importantes gobernantes. Aunque no lo diga, a través de sus páginas va dibujando a unos monarcas que pudiendo haber convertido la política en la lucha por nobles ideales, en algo realmente grande, la redujeron a un juego de intereses más o menos egoísta. Una forma de gobierno mezquina de la que ha salido el mundo contemporáneo que ya no tienen remedio.

Un personaje secundario en los conflictos de Italia, Andrea Doria, concita, en cambio, la admiración de Lafuente, como anteriormente le había sucedido a Robertson¹⁹⁸. Con hábiles negociaciones, Carlos V y el marqués del Vasto consiguen que el almirante genovés abandone las filas de Francisco I y se pase a las del Emperador, un hecho que hace cambiar de sentido la guerra dando la victoria a los imperiales.

Pudiendo ser príncipe soberano de Génova por el Emperador, ni siquiera vacila en rehusar esta alta dignidad y anuncia a sus conciudadanos que, libres ya como eran, elijan la forma de gobierno que sea más de su agrado.

En esta disyuntiva, los genoveses eligieron la república y Doria optó por ser un simple ciudadano. Una república que duró siglos. «La ciudad natal de Cristóbal Colón tuvo también la fortuna de producir un Andrea Doria»¹⁹⁹. La figura de este héroe tiene un singular paralelismo con el líder de Maquiavelo capaz de inspirar e instigar a los ciudadanos a establecer una república²⁰⁰.

La sublevación de Gante de 1538 será un magnífico ejemplo para poner de manifiesto la personalidad política del Emperador, sus relaciones con los súbditos, en este caso los de la ciudad en la que nació, y la forma en la que encaraba sus compromisos con Francisco I. No es ninguna casualidad que Lafuente dedique a este episodio una precisa descripción, algo que ya había hecho Robertson con más abundancia de datos, al que también sigue en la valoración final. Los costes de la invasión contra Francia de 1537 habían implicado un fuerte subsidio aprobado por los Estados Generales de las Provincias Unidas, que Gante se negó a pagar basándose en antiguos privilegios. Una situación que empujó a la sublevación de la ciudad y el que ésta se intentase colocar al amparo del rey de Francia, convirtiéndose en súbditos de esta Monarquía. El Emperador supo de esta iniciativa por Francisco I, ya fuese por galantería o por interés. «Carlos, que conocía bien el carácter de sus compatriotas, su amor a la libertad, su apego a las inmunidades de que gozaban, su genio tardío en resolverse, pero firme, perseverante, inflexible una vez tomada una resolución», vio la necesidad de obrar con rapidez²⁰¹. Efectivamente, en contra del parecer de sus consejeros, el Emperador decidió

¹⁹⁸ *Historia del reinado...*, op. cit., III, pp. 17-20.

¹⁹⁹ *Historia General*, op. cit., XI, pp. 437-438.

²⁰⁰ SKINNER, Q., *Maquiavelo*, Madrid, 1991, pp. 76 y ss.

²⁰¹ *Historia General*, op. cit., XII, p. 146.

salir de España y solicitar permiso al monarca francés para atravesar Francia, llegando lo más pronto posible a Gante.

El viaje, el encuentro entre los dos monarcas, las fiestas en París, todo es descrito por Lafuente resaltando los valores caballerescos y cortesés que inspiraban a ambos, aunque por debajo se trató de un sutil juego diplomático de engaños, llevándose la palma el Emperador que hizo lo posible por abandonar rápidamente Francia «como quien no tiene limpia la conciencia»²⁰². En cuanto llegó Carlos a Gante, impuso su autoridad, anuló los antiguos privilegios y ajustició o castigó a los principales ciudadanos. Para asegurar todo ello, construyó una nueva ciudadela e impuso nuevos tributos.

Procedió, pues, Carlos V con sus compatriotas de Gante con la misma o mayor crueldad que veinte años antes había empleado con sus súbditos de Castilla y las libertades del pueblo flamenco tuvieron tanto o más desastroso fin que las del pueblo castellano²⁰³.

Maquiavelismo y tiranía se combinan una vez más para atestiguar de la personalidad política del Emperador. Una y otra vez Modesto Lafuente aprovecha la descripción de unos sucesos para ofrecer una dura caracterización del César Carlos. Incluso Dunham, habitualmente proclive a atemperar la crítica al Emperador, en este caso coincide en la gravedad de la represión²⁰⁴.

Lafuente condenará sin paliativos la alianza y contactos de Francisco I con los turcos, cosa que también había hecho Robertson. A pesar de su inclinación al monarca francés, llama la atención sobre la alianza entre éste y Barbarroja para sitiar Niza, mientras los turcos están conquistando gran parte de Hungría. Aquella ciudad era el último asilo del duque de Saboya y sus hombres lograron resistir en el castillo de la ciudad hasta la llegada de una escuadra imperial mandada por Doria, que logró levantar el sitio. «Para resarcirse del oprobio con que se había cubierto con semejante alianza, dice Robertson, ni tan siquiera tuvo el consuelo de la victoria.» En realidad este suceso no tiene gran justificación para este historiador, sino es la relación especial entre los dos monarcas que se convierte en un elemento central de la situación europea.

Así Carlos y Francisco hubieran deseado la paz, si no hubieran consultado a su interés o a la prudencia; mas el encono personal que se mezclaba en todas sus diferencias había parado en tan violento e implacable que el deleite de contentarlo prevalecía sobre cualquier otra consideración y que cada uno se ocupaba más en dañar a su enemigo que en buscar su propia utilidad²⁰⁵.

De esta forma para Robertson buena parte de los conflictos que se dieron entre ambos poderes tan sólo encuentran su justificación en el violento encono personal de los dos

²⁰² *Ibid.*, p. 151.

²⁰³ *Ibid.*, p. 152.

²⁰⁴ *Historia de España desde los tiempos primitivos, op. cit.*, p. 246.

²⁰⁵ *Historia del reinado...*, *op. cit.*, III, pp. 180-181.

monarcas. Lafuente, en cambio, verá en los constantes conflictos entre ambos la manifestación de la pujante fuerza de dos naciones gobernadas por dos grandes príncipes, aunque insista una y otra vez en un hecho fundamental: la nación española carecía de interés en la rivalidad con Francia o en desgastar sus fuerzas en el imperio, saliendo de su curso natural.

La Reforma y revolución

La ruptura de la unidad cristiana por Lutero ocupa un lugar central en la obra de Modesto Lafuente, tanto como lo es también para Robertson, no así en la de Dunham. No obstante, la interpretación de Lafuente es muy distinta a la del autor inglés, es más, sus capítulos contienen una argumentación destinada a señalar los peligros del libre examen-revolución y también están dedicados a contestar al autor inglés. Como el grueso de los apartados que no versan directamente sobre la historia nacional, el trabajo que realiza no se puede considerar especialmente informado. Casi todos los datos sobre los conflictos políticos los extrae de la obra de Robertson, pero su interpretación es notablemente rica e interesante, mereciendo un análisis detenido. Para Lafuente, la ruptura luterana marcará definitivamente aquella época y su influjo determinará la evolución posterior hasta su mismo presente histórico. Las páginas que dedica a estos aspectos se encuentran directamente ligadas a la propuesta planteada por Guizot²⁰⁶ sobre el papel del libre examen luterano, como precursor del liberalismo y del mundo moderno en general. Por supuesto, la posición al respecto de Lafuente se encuentra mucho más cerca de las tesis de Balme²⁰⁷, cuya lectura creo que fue importante a la hora de articular una valoración sobre el protestantismo y sus consecuencias.

Por supuesto, cuando habla de Lutero, sus ideas o los sucesos del imperio, no utiliza fuentes, sino exclusivamente historiografía. Las obras que utiliza abarcan a autores protestantes y católicos (Schannat, Maimbourg, Sleidan, Sarpi, Seckendorf, Robertson, al que aprovecha para criticar en bastantes ocasiones, etc.), lo que le permite presentarse como un autor informado con visos de objetividad. La realidad es que Robertson sigue siendo al autor que resume en casi todos los apartados, aunque se separe de sus interpretaciones y en algunos momentos recurra a otras obras. Evidentemente, la ruptura de la unidad cristiana merece su más dura condena, reconociendo que su influencia ha sido tal, que ha llegado a cambiar las instituciones humanas²⁰⁸. Condena la reforma, traza un sombrío cuadro de la personalidad de Lutero, etc., pero no mantiene posiciones

²⁰⁶ LEFEBVRE, G., *El nacimiento de la historiografía moderna*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1985, pp. 179 y ss.

²⁰⁷ *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, II, Imprenta Barcelonesa, Barcelona, 1879. Sobre Balme, vid. FRADERA, J. M., *Jaume Balme. Els fonaments racionals d'una política catòlica*, Eumo, Vic, 1996.

²⁰⁸ *Historia General, op. cit.*, XI, p. 481.

integristas, aunque sí extremadamente negativas, que convertirá en la expresión de una firme posición frente a algunas de las corrientes políticas de su propia contemporaneidad.

Dentro de su visión católica, pretende ser ponderado, matizar las cosas, analizar la ruptura señalando el protagonismo de la política y las ideas religiosas, diferenciar entre las intenciones y las consecuencias, contemplar las diferentes actitudes de Lutero frente a cada acontecimiento, etc. Quizá sea en los capítulos dedicados a la reforma luterana y los conflictos que generó, donde mejor se puede apreciar la perspectiva inequívocamente católica y moderada con la que Lafuente defiende con firmeza a una Iglesia que, según él mismo, cometió muchos errores y tiene importantes responsabilidades en estos acontecimientos.

La soberbia de Lutero y los problemas políticos del imperio

En la historia del reinado de Carlos V de Robertson, Lutero es el personaje más valorado y al que más páginas dedica. Para él es un genio que se ha formado entre los mejores teólogos y maestros, que adquirió una gran formación, poseedor de una sorprendente inteligencia y de una gran calidad personal e incluso política. Ante todo, es una persona dotado de una sorprendente capacidad de convencer sin necesidad de recurrir a las armas. No duda en alabar la prudencia de Lutero, afirmando que la arrogancia, el desprecio y los insultos con que trataba a los demás, especialmente a sus adversarios, resultaban frecuentes en la época²⁰⁹. En su análisis, las motivaciones de la ruptura luterana son nobles y claramente doctrinales, pero no duda en dedicar gran espacio a dar cuenta de la corrupción de la Iglesia y de sus constantes abusos. En realidad, éstos, que no las cuestiones doctrinales, son los que desarrolla para conducir al lector comprender la ruptura²¹⁰. La difusión del ideario de Lutero debió mucho a la imprenta, que junto a la restauración de las letras clásicas, la difusión del humanismo, creó una «feliz combinación» que permitió la rápida extensión del luteranismo. Es más, muchos le apoyaron, aunque no comulgasen con sus ideas, porque «cuando Lutero con mano atrevida corrió o desgarró el velo que cubría de errores acreditados, se aplaudió su audacia y se le ayudó»²¹¹. Según Robertson, los sectores cultos de Europa simpatizaron con lo que el reformador pretendía.

Cuando comenzó a predicar contra las indulgencias, Lutero era ya una persona muy conocida, según Robertson, en la cima de la popularidad en su universidad y entre los sectores académicos e intelectuales de Alemania. Este autor no se cansará de insistir en la ecuación Iglesia-escolástica, frente a Lutero que desarrolla su doctrina bebiendo en las Escrituras²¹². Efectivamente, Lutero conocía muy bien la escolástica y sus sutilezas,

²⁰⁹ ROBERTSON, W., *Historia del reinado...*, op. cit., II, p. 103.

²¹⁰ *Ibid.*, pp. 70 y ss.

²¹¹ *Ibid.*, III, p. 104.

²¹² *Ibid.*, II, p. 77.

«mas la solidez natural de su juicio le dio a conocer su frivolidad». Por ello, cuando comenzó el debate sobre las indulgencias, Lutero fue muy capaz de no caer en las trampas dialécticas de sus oponentes. No en balde, la predicación de las indulgencias estaba basada en la doctrina de Santo Tomás. Sus contactos y negociaciones con personas enviadas por el Papa le permitieron «observar la corrupción de la corte romana, su obstinación en los errores establecidos y su indiferencia por la verdad»²¹³. Así, mientras poco a poco el monje agustino llevaba adelante sus doctrinas, derribando uno tras otro los fundamentos de la Iglesia,

la corte pontificia, lejos de asustarse de esa nueva doctrina de Lutero, que revolvió a toda Alemania, apenas hacía caso de ella, León X, entregado al gusto de la diversiones y de las artes, embebido en vastos proyectos de política, enemigo de disputas teológicas y bastante prudente para despreciarlas, supo con perfecta indiferencia de las tentativas de un fraile oscuro que sostenía en el interior de Alemania una reyerta contra la escolástica en estilo bárbaro²¹⁴.

Robertson utilizará constantemente los dardos más envenenados contra la Iglesia y el papado.

Evidentemente, en su pluma los problemas políticos tienen una dimensión menor y aunque reconoce que Federico, el príncipe elector, no leyó nunca a Lutero ni le favoreció por razones teológicas, sí le apoyaba en sus críticas hacia Roma y la Iglesia. En esto le sostuvo el grueso de la «nación» alemana. Efectivamente, en el Lutero que dibujará Robertson, su decisión y habilidad política en los primeros años ocuparán un lugar fundamental. El reformador aparecerá como un gran político que normalmente se comporta con gran prudencia, excepto cuando polemiza aspectos doctrinales y que tendrá a lo largo de su vida una «aversión genial a los partidos violentos»²¹⁵. Para Robertson, la predicación y difusión del pensamiento luterano ha tenido una repercusión fundamental en la historia de la humanidad, porque «libertando a una parte de Europa del yugo papal, ha suavizado este yugo para la otra parte, producido en las opiniones del género humano la mayor y más provechosa revolución acaecida desde el establecimiento del cristianismo»²¹⁶. En su opinión, la importancia de la reforma luterana marcará el imperio de Carlos V, dedicando mucho interés y espacio a conflictos que generó en el imperio. De hecho, su análisis de los diez o doce últimos años antes de las sucesivas abdicaciones de Carlos V, se centrarán en un minucioso seguimiento de cuanto ocurre en el imperio, situando estos capítulos entre los mejores del libro. Lafuente seguirá miméticamente el relato de Robertson en sus preocupaciones, pero no alcanzará su densidad.

²¹³ *Ibid.*, p. 84.

²¹⁴ *Ibid.*, p. 78.

²¹⁵ *Ibid.*, p. 84.

²¹⁶ *Ibid.*, pp. 70-71.

La posición de Robertson sobre el luteranismo llevarán a Lafuente a criticar al autor inglés sistemáticamente, aunque luego utilice buena parte de su sesgada información sin grandes reparos. Para el autor español, los orígenes de las motivaciones que permitieron que el mensaje luterano se desarrollase y prendiese entre la población, hay que buscarlos en la negativa actuación de la Iglesia en la utilización de las indulgencias, en los dispendios del papado y la corrupción que se había instalado en el centro de la cristiandad. A esto habría que sumar la disputa entre agustinos y dominicos, especialmente virulenta en lo tocante al «tráfico» de las indulgencias en el imperio, al que Lafuente y casi todos los autores de la época denominan Alemania. De hecho, según Lafuente, las 95 tesis que Lutero clavó en Witemberg fueron el resultado del encargo del superior de la orden agustina dentro de la soterrada lucha que mantenían contra la orden dominicana. En ellas criticaba los abusos que se hacían, aunque «todavía sometía su doctrina al juicio del Papa y de la Iglesia; todavía su causa no era la de la filosofía racional y del libre examen; todavía Lutero era católico»²¹⁷. Fue el calor de la disputa, el encono de los adversarios y la pasividad del papado, lo que le llevó a continuar en una línea que conducía a la ruptura.

Significativamente, Lafuente proporciona algunas datos biográficos de Lutero en nota en la que advierte que antes de las 95 tesis, ya manifestaba actitudes díscolas. Esta actitud facilitó el que se aprovechara de una situación claramente injusta, como eran los excesos en la predicación de las indulgencias, algo en lo que «están conformes todos los escritores católicos». Esto fue lo que dio ocasión a Lutero para predicar con una «libertad que luego degeneró en irreverencia y en insulto, pasando del abuso a la esencia de la materia y de allí el ataque de la autoridad y del poder»²¹⁸. Primero, fue el enfrentamiento y luego, dejándose llevar, Lutero predicó contra la eficacia de los sacramentos, las ceremonias de la Iglesia, los votos monásticos, el purgatorio, el poder pontificio, elevando a la Escritura a única verdad de fe. «Su doctrina lisonjeaba a los príncipes y halagaba al pueblo, que se figuraban ser libres sacudiendo la dependencia de Roma, y agradaba a los frailes y monjes que llevaban mal las trabas de la vida claustral y la ligadura de los votos monásticos.» Esta es la razón por la que «tan laxa y halagüeña doctrina hizo pronto multitud de prosélitos»²¹⁹.

Robertson defenderá a Lutero desde una perspectiva histórica en la que rechaza las acusaciones que sobre él vertieron sus contemporáneos. Para él fue intrépido en contar la verdad en la que creía, infatigable en estudiarla y en intentar difundirla. Poseyó grandes cualidades, pero también importantes defectos. Algunas de sus cualidades «traspasando la raya del bien, le arrastraban a acciones que no carecían de vituperio». Su confianza en sus opiniones rayaba en la arrogancia, sus esfuerzos en difundirlas, le llevaban a la temeridad, su firmeza se confundía con obstinación y su firmeza le conducía

²¹⁷ *Historia General, op. cit.*, XI, p. 483.

²¹⁸ *Ibid.*, p. 483.

²¹⁹ *Ibid.*, p. 484.

a la injuria con gran frecuencia. Creía en la verdad y la defendía sin respetar ni tan siquiera la dignidad real o la valía intelectual.

Entre un pueblo basto, en donde se ignoraban aquellas máximas que reprimiendo sin cesar el impulso de las pasiones, civilizan a la sociedad y la convierten en más grata, el calor de las disputas debía ser extremo, se expresaban las agitaciones fuertes en su lenguaje natural, sin delicadeza y sin contemplaciones ²²⁰.

Para Robertson, es desde esta tendencia general a la brutalidad y al exceso como se debe contemplar a Lutero y su obra.

Evidentemente, Lafuente mantendrá una posición bien distinta y la muerte de Lutero es la ocasión para que proporcione un perfil más preciso de las características del personaje, como antes había hecho Robertson. Según su valoración, no tenía la gran instrucción religiosa, ni era un sabio o un genio, como pretenden sus panegiristas. Efectivamente, «no era un hombre vulgar, pero las circunstancias le colocaron en una posición y le dieron una influencia que no hubiera podido imaginar jamás el mismo». Denunció los lamentables abusos de la Iglesia

y las imprudencias o la falta de política de sus adversarios e impugnadores le dieron aliento y le hicieron osado. Tan fuerte y vigoroso de espíritu como débil y miserable de cuerpo, no aparentaba, pero tenía la firmeza y la audacia del reformador.

Por lo demás, Lutero es una y otra vez tachado de soberbio, resentido, vilioso en sus escritos y, naturalmente, inmoral por no guardar la continencia sacerdotal, como testimonian los «muchos hijos que dejó de su mujer, la monja Catalina de Bore» ²²¹. Personalmente, un monstruo de la depravación que se descalifica a sí mismo y a cuanto escribió. Ésta es una tesis constantemente repetida por Lafuente, uno de sus principales argumentos a la hora de valorar a Lutero y su doctrina. Curiosamente, Robertson coincide bastante con este último argumento. El hecho de haberse casado, también dice que escandalizó a sus correligionarios.

Para Lafuente, los problemas doctrinales no están en el origen de la ruptura de Lutero, sino una situación de excesos, de tensión entre órdenes religiosas, de parálisis de Roma, de problemas políticos que, junto al atrevimiento del agustino, dieron como resultado una ruptura doctrinal. Quizá por este motivo no se detiene en los aspectos doctrinales y, sin embargo, sí presta singular atención a seguir el hilo de los sucesos políticos. En ellos está la razón de ser del luteranismo, porque a través de los conflictos, Lutero fue construyendo, o más bien improvisando, su doctrina.

Para Lafuente, Lutero se encontraba sólidamente apoyado por la universidad de Witemberg y por el príncipe elector de Sajonia, forzando a la Santa Sede a que la

²²⁰ *Historia del reinado...*, op. cit., III, p. 219.

²²¹ *Ibid.*, XII, pp. 246-247.

disputa religiosa se solventase en el imperio. En 1518, León X envió al cardenal Cayetano, dominico de gran prestigio intelectual, para intentar controlar una situación cada vez más peligrosa, pero éste le intimó a que se retractara de los errores sin entrar en el fondo de la cuestión. Lutero huyó por miedo a ser encarcelado y el legado pontificio exigió al príncipe elector el apresamiento del agustino. El resultado fue el convertir lo que era una disputa doctrinal en la que se entrecruzaban muchos hilos, en un conflicto político que a partir de aquí no dejó de crecer como tal, subordinando a su dinámica los aspectos religiosos. La muerte del Emperador Maximiliano, la protección a Lutero que dispensaba Federico de Sajonia, elector del imperio, y el miedo de la Santa Sede a malquistarse con éste, crearon el marco para que el «atrevido» Lutero empezase a bosquejar una doctrina rupturista de altos vuelos, basada en la crítica al poder del Papa y la propuesta a los príncipes de acometer su reforma. Una doctrina que rápidamente comenzó a arraigar entre amplios sectores de la población, terminando por forzar a León X a promulgar una bula en junio de 1520, condenando las proposiciones de las teorías de Lutero que éste quemó ante profesores y alumnos de Witemberg.

Cuando Carlos V se convirtió en Emperador, la situación ya había llegado a un punto sin retorno y Lutero contaba con un nutrido núcleo de profesores de notable categoría intelectual. En torno a Lutero se movía «un gran partido» formado por población «alta y baja, ilustrada e ignorante» y por todas partes crecía la propaganda contra el papado. Cuando Lutero fue convocado por el Emperador a Worms, se estaba recogiendo una propuesta de Federico de Sajonia no para juzgar al «hereje», sino para escuchar su retracción o ratificación doctrinal.

De este modo el negocio de la reforma iba a ser tratado públicamente en una asamblea nacional, y éste fue uno de los pasos más importantes, tal vez de los más inoportunos e imprudentes que señalaron la historia de la reforma ²²².

Según Lafuente, esta dieta tan sólo sirvió para incrementar la politización del problema y dar popularidad e influencia al monje agustino, haciendo que en torno a él se identificase gran parte de la «nación alemana». En su retiro de Wartburgo, Lutero continuó su labor, traduciendo las Escrituras al alemán y desarrollando su doctrina, pero pronto tuvo que abandonar su retiro para aplacar los «horribles disturbios» promovidos por algunos de sus seguidores.

Libertad de examen y revolución

Las guerras con Francia impidieron a Carlos V atajar el conflicto luterano en sus comienzos. Las dietas de Nuremberg no lograron encontrar una solución y la situación

²²² *Historia General, op. cit.*, XI, p. 490.

general en Alemania fue deteriorándose aceleradamente, provocando consecuencias indeseadas para el propio Lutero, cuyos resultados, según Lafuente, perduran hasta su propio presente. El mismo Robertson había criticado a algunos reformadores imprudentes que con su radicalidad pusieron en peligro el futuro de la Reforma. Robertson ya se había referido a que

estos desórdenes y violencias se oponían tanto a todas las máximas del prudente elector, que de no haberse reprimido prontamente habrían bastado para desaficionar del partido de los reformadores a un príncipe celoso de su autoridad, y que temía ofender al Emperador y demás protectores de las opiniones antiguas. Lutero, que conocía bien este riesgo, salió al instante de su retiro sin esperar el permiso de Federico ²²³.

Robertson condena sin paliativos todo intento de cambio incontrolado y desde esta perspectiva analizará los movimientos sociales que se darán en torno a la Reforma en sus primeros años.

Resulta importante la valoración de Lafuente sobre estos sucesos, porque en ella está la conexión entre el pasado y el presente en sus consecuencias más nefastas.

Llegó ya el caso de que la revolución religiosa produjera una revolución política, en que no habían pensado los mismos innovadores, y que hasta contra su mente misma y sus propósitos: achaque común de las revoluciones, ir donde ni quieren ni han imaginado los mismos que las promueven. Revolución grave, no tanto por los resultados que tuvo, que fueron harto lastimosos y sangrientos, como por las ideas avanzadísimas que se proclamaron, y que ahogadas entonces, las hemos visto resucitar en nuestro propio siglo. El luteranismo había cuidado de no romper los lazos y las relaciones entre los súbditos y los príncipes; pero los sistemas que a favor de las nuevas doctrinas se fueron desarrollando, sembraron ideas que podían afectar, como afectaron, a las bases sociales, a las formas de las instituciones políticas y civiles de los pueblos ²²⁴.

Ésta es una valoración bastante similar a la que anteriormente había defendido Balme ²²⁵.

La Guerra de los Campesinos tiene una notable importancia para Lafuente por lo que fue y, sobre todo, por lo que anunciaba, por el significado de futuro que tenía. Es cierto, según Robertson, que muchas de las reivindicaciones de los campesinos eran justas. La opresión feudal era muy dura y el mismo Lutero encontró justas muchas de las propuestas de los campesinos, no obstante, advirtió a éstos «que la libertad cristiana era la libertad de pensamiento», no de otro tipo, instando a los nobles a unirse para «sujetar a los sublevados». Ya Robertson había hablado de los fieros campesinos que «nada perdonan», que talan bosques o derruyen castillos, «asesinan sin piedad

²²³ *Historia del reinado...*, op. cit., II, p. 183.

²²⁴ LAFUENTE, M., *Historia General*, op. cit., XI, p. 498.

²²⁵ *El protestantismo comparado con el catolicismo*, op. cit., I, pp. 70 y ss.

a todos los nobles» y que «tenían por caudillos a la vez del pueblo». Sus únicas hazañas fueron «actos de furor brutal y sin plan»²²⁶.

Para Lafuente, las «masas rústicas y feroces» cayeron en manos del revolucionario y comunista Munzer, un discípulo de Lutero en los primeros años, que predicó «máximas de igualdad absoluta y de comunidad de bienes». Los campesinos fueron derrotados, pero en su movimiento quedaban patentes las peligrosas implicaciones que encerraba el mensaje luterano de libertad religiosa, crítica a la Iglesia, etc. En la *Historia General*, los campesinos son retratados como precursores del comunismo subversivo que tantas veces criticará el autor a lo largo de la obra. Lafuente reconoce que «Lutero, lejos de haber fomentado aquellas guerras, contribuyó a sofocar los movimientos, y trabajó para que los nobles trataran con más humildad a los vasallos». Es decir, intentó controlar las consecuencias de su mensaje, pero esto ya fue imposible, porque con su propio matrimonio Lutero había socavado su prestigio²²⁷. En general, para Modesto Lafuente, el gobernante que no respeta las reglas morales, pierde su credibilidad. No se trata de que tenga abundantes amantes o se permita todas las licencias, pero siempre respetando el carácter indisoluble de sacramento del matrimonio o, en el caso de Lutero, el orden sacerdotal.

En la *Historia General* no se dedica gran número de páginas a las «sectas» que «surgieron» del luteranismo, en cualquier caso bastantes menos que Robertson, del que recoge la información, pero sí son de las más significativas a la hora de ofrecer la perspectiva en la que se sitúa la Reforma. Ésta es una cuestión esencial, según Lafuente, para entender la evolución que a partir de este momento se daría en Europa.

Sustituido por la doctrina de Lutero el espíritu de examen a las creencias, y sometido el dogma y la autoridad a la razón, necesariamente habían de surgir de la Reforma misma opiniones extravagantes y sistemas absurdos y hasta ridículos desvaríos, especialmente de parte de aquellos hombres en quienes a la falta de ilustración y de buen criterio se unía la ambición y la osadía y una imaginación viva y exaltada²²⁸.

La «secta» a la que más atención dedica es al anabaptismo y la descripción de sus doctrinas y prácticas resulta elocuente. En nota señala como rasgos de esta corriente, el programa de «igualdad y comunidad de bienes, la pluralidad de mujeres, la abolición de todo distintivo de nacimiento y de clase, la supresión de toda magistratura como innecesaria». Unos subversivos que estaban en contra de la familia y la propiedad, dos de los peores delitos que se pueden encontrar en la *Historia General*.

Tanto Robertson como Lafuente tendrán una opinión muy distinta sobre las causas que permitieron el nacimiento de estos «sectarios», una cuestión bastante importante,

²²⁶ *Historia del reinado...*, op. cit., II, p. 183.

²²⁷ LAFUENTE, M., *Historia General*, op. cit., XI, pp. 499-501.

²²⁸ *Ibid.*, XII, pp. 155-156.

porque suponía valorar de una u otra forma el luteranismo y sus consecuencias. Para Robertson

cuando el corazón humano, conmovido por grandes objetos, es agitado por pasiones violentas, adquiere de ordinario en sus operaciones una superabundancia de fuerza, que lo precipita en desbarros y extravagancias. En toda revolución de entidad que sucede en la religión, estos descarríos son más frecuentes, sobre todo en este período en que los hombres, sacudiendo el yugo de sus antiguos principios, no conciben claramente la naturaleza del nuevo sistema que abrazan.

Entonces el entendimiento va por delante «con la misma audacia que le ha movido a desechar las opiniones establecidas», entregándose «a ideas quiméricas de las que resultan a menudo la corrupción de los principios y la licencia de las costumbres»²²⁹. En Robertson es la propia dinámica de la revolución la que engendra los excesos que surgen inevitablemente, como si se tratase de un cáncer.

En el relato de la Lafuente, los «sectarios» también se convierten en auténticos fanáticos, cuyas atrocidades están ligadas al libertinaje en materia sexual y un comunismo igualitarista. Un trinomio que desde entonces formará parte del legado de la Reforma. Incluso, dice Lafuente, Lutero no dejó de criticar las demasías, viendo con «melancolía y pesadumbre» la multitud de sectas en que se había «fraccionado la Reforma, desfigurando su primitiva doctrina y sin contar con el reformador». Pero es que «¿no era él quien había proclamado el libre examen? ¿Y podía prometerse ni pretender que en el ejercicio de esta libertad hubieran de uniformarse todas las opiniones a la suya o ejercer en la ideas un magisterio y una autoridad que el negaba al dogma?»²³⁰, máxime cuando él era un ejemplo de degradación moral. Al final, tanto los príncipes católicos y protestantes consideraron intolerable la existencia de aquellos centros de revolución y escándalo, tomando la decisión de aliarse para acabar con ellos. Pero las ideas subversivas de la Reforma ya estaban plantadas y no dejarán de crecer a lo largo de los siglos hasta llegar a su propia contemporaneidad. Ésta es la actualidad del luteranismo. Para Robertson los excesos nacidos de la Reforma fueron coyunturales e inevitables en toda revolución. En cambio, para Lafuente estos excesos son una consecuencia siempre presente a lo largo de los siglos del mensaje luterano y su carga subversiva.

Los proyectos conciliadores de Carlos con los herejes

En su historia de Carlos V, Robertson había concedido bastante importancia a las diversas dietas en las que el Emperador había intentado llegar a sucesivos acuerdos doctrinales con los luteranos para pacificar el imperio. Su análisis de la dieta de Ratisbona

²²⁹ *Historia del reinado...*, op. cit., III, p. 54.

²³⁰ *Historia General*, op. cit., XII, p. 160.

convocada por el Emperador en 1541 es bastante representativo. El Papa se negaba a cualquier intento de acuerdo con los protestantes sin tenerle en cuenta y a costa de puntos de fe, «pero Carlos, que se creía más interesado en ganar el corazón de los alemanes que en contentar al Papa, hizo poco caso de sus representaciones». Se designaron a teólogos que merecían el mayor respeto en los dos bandos, Eckius, Gropper y Pflug por los católicos y Melanchton, Bucer y Pistorius por los protestantes. Todos esperaban una reconciliación, «mas los hombres de aquel siglo ponían en las disputas teológicas tanta atención y sutileza que no se podía engañarles con ningún efugio» y a esas alturas el enfrentamiento entre los dos bandos era tan fuerte, que la conciliación se había convertido en algo muy difícil. La responsabilidad para Robertson estuvo esencialmente en la posición que adoptaron los católicos. Cuando se llegó a los puntos de jurisdicción de la Iglesia, los sacramentos, la potestad del Papa, etc., «los católicos se mostraron sobre este punto enteramente intratables»²³¹. Al final, Carlos V acabó la dieta empujado por la grave situación de Hungría, declarando por decididos los puntos a los que se había llegado a un acuerdo, mientras el resto quedaban postergados a un futuro concilio o un sínodo del imperio si no llegaba a producirse el Concilio. Un resultado que indignó al Papa, al haber elegido a los teólogos católicos sin su aprobación y proponer un sínodo herético.

En su visión general, Lafuente mantendrá básicamente la interpretación de Robertson con los consiguientes retoques, teniendo que afrontar la vidriosa conciliación con los protestantes, algo que aparentemente encaja mal con la visión de paladín del catolicismo que pretende ofrecer del Emperador. Tratará de no dar mucha importancia a estos intentos, situándoles en un marco de complejas circunstancias. La diversidad de problemas y conflictos que entrañaba la misma existencia del imperio, impidió el que el César se pudiese centrar durante un período prolongado en un mismo problema y esto, según Lafuente, explica también por qué no se dedicó en cuerpo y alma a extirpar la doctrina luterana. Es más, en este caso el conflicto surgía de las entrañas del mismo imperio, entre súbditos del Emperador que protestaban su fidelidad a él y lo suficientemente fuertes como para crear una constante tensión en los territorios imperiales. Esta situación es la que forzó a Carlos V a pactar con los protestantes, a tolerar su culto y a intentar llegar a sucesivos acuerdos con ellos que permitiesen mantener la paz en «Alemania»²³². La razón de Estado, el interés nacional alemán e, incluso, español, no la religión, es lo que empujó a una tolerancia. Los intereses nacionales de España y los de Alemania lo exigían. El interés nacional, la necesidad de preservar los recursos económicos y humanos de la nación, prevalecen en Lafuente sobre su clara conciencia de la naturaleza de la herejía luterana y la necesidad de luchar contra ella para preservar la unidad cristiana. Su concepto de tolerancia se acerca más

²³¹ *Historia del reinado...*, op. cit., III, pp. 151-153.

²³² *Ibid.*, p. 162.

al de conveniencia que al de respeto hacía la confesión luterana, al menos en lo que se refiere al siglo XVI.

Esta política de intento de acuerdo, por ejemplo, queda patente en la *Historia General* en torno a la llamada Confesión de Ausburgo, redactada en 1530 por Melanchton y que con semejante templanza fue respondida por los católicos, pero la conciliación fue imposible.

Los más moderados de uno y otro partido no veían imposible venir a un acomodamiento, pero los exaltados de ambas partes se obstinaron en no ceder en varios puntos y después de varias tentativas de reconciliación se separaron más divididos que antes ²³³.

Para Lafuente, esta dialéctica entre moderados y radicales marca la evolución de los acontecimientos en cualquier proceso revolucionario. Habitualmente, cuando ganan los moderados las cosas suelen quedar en un marco de acuerdo y resulta positivo. En cambio, si son los radicales los que imponen su voluntad, el desenlace viene a ser la guerra, la desolación y el enquistamiento del conflicto. Exactamente esto es lo que sucedió en la reforma, dando al traste con los intentos de Carlos y los sectores templados de los dos bandos.

Para Dunham los intentos conciliadores no tienen que ver con la piedad del Emperador, que demostró sobradamente en los últimos años de su vida, aunque sí

mal instruido en materias teológicas, pero deseoso de conservar y ensanchar su poder, usó con los sectarios de contemplaciones y artificios, poniendo calmantes a aquella larga, en lugar de aplicarle el cauterio, según entonces era costumbre ²³⁴.

Para Lafuente, en la estrategia del Emperador, la convocatoria del concilio era una necesidad imperiosa para intentar encauzar la disidencia religiosa, pero sobre este punto no coincidía con los intereses del Papa ni del rey francés. El Emperador hacía coronar a su hermano Fernando rey de los romanos, se comprometía con los protestantes en la paz de Nuremberg de 1532 a no molestarles en tanto no se convocase el concilio. Con ello logró reunir un ejército de protestantes y católicos para enfrentarse con los turcos en torno a Viena. Mientras, el Papa recriminaba al Emperador sus acuerdos con los protestantes, la corte romana quería retrasar la convocatoria del concilio y Francisco I conspiraba claramente contra él. La mayoría de los gobernantes católicos, para Lafuente, pretendían retrasar un concilio que forzosamente controlaría el Emperador. Los intereses políticos se impusieron constantemente impidiendo una política decidida contra la herejía y en este caso, la responsabilidad menor corresponde a Carlos V.

La ruptura de Inglaterra con el catolicismo es visto por Lafuente desde la perspectiva del deseo de Enrique VIII por separarse de su esposa, Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, y las peticiones al Papa para que anulase tal matrimonio.

²³³ *Historia General*, op. cit., XI, pp. 504-505.

²³⁴ *Historia de España desde los tiempos primitivos*, op. cit., IV, p. 241.

El monarca que había escrito una terrible impugnación de las doctrinas de Lutero, dejaba de reconocer la potestad suprema del pontífice por los amores de una mujer, y trabajaba por apartar a su reino de la obediencia de la Santa Sede ²³⁵.

Una vez más, el no respetar las reglas morales los sacramentos y las instituciones entre los reyes desemboca en importantes consecuencias para sus pueblos. Efectivamente, las presiones del Emperador y su hermano Fernando, rey de los romanos, fueron decisivas para evitar que el Papa accediese a los deseos del rey inglés y esto trajo como consecuencia la ruptura de Inglaterra con la Iglesia. Lafuente no dedica gran atención a este Rey, pero en nota, el espacio para hablar de la vida de los enemigos de la nación española y su religión, cuando da cuenta de su muerte, ofrece una valoración bastante precisa. Además de lascivo, su comportamiento tras la ruptura fue absolutista y cruel, todo el que se oponía a su voluntad era ejecutado. «Este inquisidor coronado de protestante, no tenía por cierto que echar nada en cara al Torquemada de los españoles, antes le podía haber dado lecciones de crueldad, sin habérsele parecido en otras cualidades» ²³⁶.

La guerra general en el imperio

Lafuente dedica singular atención a seguir la evolución de las sesiones del Concilio de Trento, la actuación del Papa y del Emperador al respecto y, sobre todo, en la actuación de éste en el imperio. No obstante, éstos son unos capítulos especialmente narrativos en los que sigue punto por punto la información de Robertson, sin añadir más que algunas referencias sacadas de algunos documentos de Simancas, de la obra de Sandoval, Jovio, etc. Es ésta una parte en la que Lafuente es poco creativo y apenas entabla discusiones con Robertson, aunque sí dedicará un notable esfuerzo a interpretar el sentido esencial del imperio carolino y sus límites. En estos diez últimos años del gobierno de Carlos V se constata la medida que habían alcanzado las tensiones derivadas de la expansión del luteranismo que, junto a un sempiterno conflicto con Francia con el telón de fondo del Mediterráneo, creaban un complejo panorama político y religioso de muy difícil control hasta para el Emperador. Nunca como en estos años, piensa Lafuente, serán tan intensos y tan rotundos los éxitos o los fracasos de Carlos, tan notables sus virtudes o defectos personales y los de su política. Son éstos los años decisivos que marcarán la herencia de su hijo y sucesor Felipe II.

²³⁵ *Historia General*, op. cit., XI, p. 508.

²³⁶ *Ibid.*, XII, p. 272.

Trento y la aportación española: san Ignacio de Loyola

A pesar de su cerrada defensa del catolicismo frente a Lutero, Lafuente continúa las pautas de Robertson empeñado en lo contrario. Para este último autor, la figura de Ignacio de Loyola y la creación de los jesuitas es lo más significativo de los movimientos que se producen en el catolicismo para intentar frenar al luteranismo y a analizar al personaje y su creación dedica un notable espacio. Efectivamente, este autor escribe y publica su obra en el momento de apogeo del debate en torno a los jesuitas en el siglo XVIII, que provocó su expulsión de distintos reinos europeos. Siguiendo los pasos de Robertson, Lafuente concederá igual importancia a los jesuitas, pero desde una interpretación distinta. Un muestra bastante interesante para comprobar sobre el terreno cómo construye Lafuente su obra partiendo de otra cuya valoración es bastante distinta. Muy ligado a su tiempo, Robertson construye su obra a partir de autores como d'A Lambert y otros autores ilustrados y junto a ellos utiliza algunas historias de la Compañía u otra documentación de la orden. Lafuente, como es habitual, cita menos fuentes y entre ellas destaca la obra de Crètineau-Joly, *Historia religiosa, política y literaria de la Compañía de Jesús*, la obra de Sandoval, etc.

Para Robertson la Compañía merece la mayor atención por el fundamental papel que ha jugado en los asuntos políticos y religiosos desde su fundación hasta su propia contemporaneidad, siendo su rasgo más destacado «la prudencia admirable con que se ha gobernado, el espíritu de sistema y de perseverancia con que ha concebido y llevado a cabo sus miras»²³⁷. Para él Loyola, más que una persona especialmente instruida, actuó por celo y deseo de celebridad, «de que no están exentos los hombres que aspiran a una santidad extraordinaria». Lafuente mostrará más preocupación por mostrar el marco en el que Loyola inició su labor. Según este autor, la dejación de funciones por parte del papado, las maniobras de Francisco I y la escasa responsabilidad de los príncipes cristianos en general, facilitaron la expansión del protestantismo que a pesar de los excesos en que cayeron algunos de sus seguidores iniciales, logró dominar en una importante parte de Europa. En este poco edificante panorama de ambiciones personales e intereses políticos, destaca la aparición del «español» san Ignacio de Loyola, el español que, junto a Cortés, parece el héroe del reinado. Fuera de las figuras de los reyes españoles, san Ignacio es de las personalidades descritas con más precisión en la *Historia General*. Su transformación de militar en fervoroso devoto de Jesús y su decisión de construir una milicia al servicio del catolicismo mandada por el Papa es descrita con todo detalle y en los tonos más encomiásticos²³⁸. De sus mortificaciones y arrobamientos místicos nacieron los *Ejercicios espirituales*, luego estudió filosofía y teo-

²³⁷ *Historia del reinado...*, op. cit., III, p. 136.

²³⁸ *Historia General*, op. cit., XII, p. 167.

logía en Alcalá, Salamanca y París. Del mismo modo, con su voluntariosa predicación captó a los primeros «soldados» de su milicia católica en París.

No obstante, Lafuente no deja de llamar la atención sobre la razón que condujo al Papa a la aprobación de la nueva orden a pesar de las reticencias iniciales y sospechas. Habiéndose perdido la mayoría de los Estados alemanes y otras partes de Europa, estando la Iglesia y el papado sometido a los más diversos ataques,

una institución que tenía por objeto combatir por todas partes la herejía, y que profesaba la más completa obediencia y sumisión a la Santa Sede, podía ser en tales circunstancias una adquisición importantísima para la Iglesia ²³⁹

Éste es el mismo argumento que había utilizado Robertson para justificar la aprobación por el papado y su rápida expansión.

Para Robertson las Constituciones de la Compañía, que ésta se ha preocupado mucho en ocultar, fueron creadas por Loyola, pero sobre todo por Laynez y Aquaviva, «que aventajaron mucho a su maestro por su habilidad en el arte de gobernar. Ellos son los que han formado ese sistema de intriga y de política profunda que distingue a dicha orden». El objetivo de este sistema no era el de potenciar la santidad de sus miembros mediante el retiro del claustro, la soledad, etc., como el resto de las órdenes, sino participar activamente en la vida social para hacer volver al «redil» a los luteranos. Para cumplir estas tareas están exentos de la dedicación a los ejercicios de piedad:

no practican ninguna austeridad rigurosa; no consumen la mitad de sus días en recitar oficios, su destino es atender a todo lo que pasa en el mundo y aprovechar el influjo que los acontecimientos de la sociedad pueden tener sobre la religión; deben estudiar el carácter de los primeras personas del Estado y buscar su amistad; por lo cual la índole de la orden, igualmente que sus Constituciones se encaminan a inspirar a todos sus miembros un espíritu de intriga y austeridad ²⁴⁰.

Para Lafuente, en cambio, las Constituciones eran el fiel reflejo de una difícil realidad: en un mundo en el que la autoridad y la unidad de la Iglesia estaba en entredicho, crearon una organización basada en el principio de la «obediencia ciega, como un soldado obedece a un jefe». Ambos autores coinciden en señalar que el general de la Compañía se convertía en un jefe perpetuo y absoluto que no podía subdelegar su poder.

El minucioso repaso de las facultades del general de la Compañía dan la medida de un auténtico poder absoluto con plenos poderes sobre cada uno de los aspectos de la vida de la organización que dirigía. Nada escapaba a su control y decisión, porque todo estaba bajo su jurisdicción. En cambio, ambos autores presentan notables diferencias a la hora de situar los límites del control del general de la Compañía. Robertson

²³⁹ *Ibid.*, pp. 171-172.

²⁴⁰ *Historia del reinado...*, op. cit., III, pp. 138-139.

se detiene en señalar que los jesuitas debían obedecer en todo las órdenes del general como si sus mandatos fuesen del mismo Jesucristo. También debían «someterle ciegamente todos los actos de su voluntad y todos los pensamientos de su entendimiento». El resultado fue un dominio absoluto del general sobre sus miembros tan formidable que no hay «ningún ejemplo de tan perfecto despotismo» en los anales de la humanidad. Los miembros de la orden se convertían en «instrumentos puramente pasivos, como arcilla en manos del alfarero», siendo educados desde novicios para contar sus más íntimos pensamientos a sus superiores ²⁴¹. Lafuente insiste en el minucioso control de los superiores y los eficaces mecanismos que les permiten saber lo más importante de los miembros de la Compañía, sin embargo, no sigue a Robertson en la descripción de estas intromisiones de los superiores en los pensamientos y deseos íntimos de sus subordinados. Sin embargo, Lafuente vuelve a seguir a Robertson al hablar de la selección y formación de sus miembros que, según ambos, era rigurosa y exigente al máximo, prefiriendo a los robustos sobre los ascetas, porque su fin era la predicación, el conquistar para el catolicismo nuevas masas, recorriendo el mundo de punta a punta. Con este análisis presentan a una organización modelo de absolutismo y centralización en la figura del jefe supremo, obsesionada con la captación de la juventud a través de la educación, en adquirir influencia social, etc.

Lafuente, sacando las consecuencias en positivo de una misma información, insistirá más en resaltar las diferencias entre los jesuitas y el resto de las órdenes dedicadas a la vida contemplativa.

Los jesuitas, dice, destinados a ser una milicia activa y laboriosa, y no un cuerpo ascético, necesitaban otra clase de ejercicios y de alimentos, más de estudio que de contemplación espiritual, más de conocimiento del corazón humano que de maceraciones corporales, más de lectura que de coro ²⁴².

En consecuencia, en la orden preferían a las personas de constitución robusta, de buena salud, físico agradable, fuerza de voluntad..., que a los muy estudiosos o místicos. Ésta es la base de la operatividad de los jesuitas. Un conjunto de características que en épocas más avanzadas, según su visión liberal, convertirán a la Compañía en un peligro para el poder temporal, pero no en el siglo XVI en el que fue un valioso instrumento para combatir a los protestantes.

Después del análisis de los rasgos de la Compañía, Lafuente no sigue la senda trazada por Robertson con una valoración muy dura sobre las consecuencias de la influencia de los jesuitas en Europa y América. Para este autor, la Compañía obtuvo del papado la posibilidad de comerciar directamente con los países en los que tenían misiones, habiéndose convertido gracias a ello en la orden religiosa más rica. Del mismo modo,

²⁴¹ *Ibid.*, p. 140.

²⁴² *Historia General*, op. cit., XII, p. 175.

llegó a dominar distintas cortes europeas en distintos momentos y para ello acreditó «un sistema moral relajado y complaciente que pudiera acomodarse a las pasiones, justificar los vicios, tolerar los defectos y autorizar casi todas las acciones a las cuales podía moverse el político más audaz y menos escrupuloso». Incluso, su realización más positiva, las misiones en Paraguay, lleva uno de sus signos distintivos: su ansia de dominio y de control construyendo «un imperio independiente», incitando para ello la enemistad de los indígenas contra españoles y portugueses. La conclusión de Robertson sobre el influjo de esta orden en el mundo no deja lugar a dudas.

Cualquiera que junte los acontecimientos acaecidos en Europa desde dos siglos acá, encontrará que se puede con justicia imputar a los jesuitas la mayor parte de los males originados por esa moral peligrosa y corrompida por esas máximas extravagantes acerca de la potestad eclesiástica y por ese espíritu de intolerancia ²⁴³.

Lafuente ha seguido a Robertson en el grueso de la narración, seleccionando aquello que es integrable en una visión católica de la Compañía, mientras ignoraba o mitigaba aquello que resultaba más problemático. Una misma información que aderezada y convenientemente expurgada, sirve para defender una valoración bien distinta. Su detenida presentación de san Ignacio y su obra, sitúan uno de los rasgos más sobresalientes de su interpretación de los conflictos religiosos durante los años del Emperador: su perspectiva es inequívocamente española y el resto del mundo es el escenario en el que interviene el Emperador gracias al apoyo de los españoles. No le interesa la progresión del protestantismo ni del catolicismo, sino lo que esto implicó para España y la medida en que los españoles consiguieron la gloria gracias a su entrega en favor de su fe. Su visión nacional se antepone a su catolicismo y, por tanto, su análisis de las campañas de Carlos V en el imperio o del mismo Concilio de Trento, están desarrollados desde una óptica hispana, haciendo que su narración sea superficial en aquello que no corresponde a la iniciativa de los españoles.

Mühlberg: el Emperador triunfante

Robertson va a analizar a fondo en los conflictos que se produjeron en el imperio antes del retiro del Emperador a Yuste. Su análisis historiográfico es muy minucioso, porque para él éste es el escenario en el que se va a ventilar el futuro del imperio de Carlos V en la lucha entre el Emperador y los príncipes, bastantes de ellos animados por su confesión luterana. No lo plantea exclusivamente como una lucha confesional, pero sí tiene bastante que ver con ello. Una lucha política y confesional que Robertson considera fundamental para el destino de la humanidad y en la que él toma abiertamente

²⁴³ *Historia del reinado...*, op. cit., III, pp. 144-145.

partido en favor de los reformados y en contra del Emperador. Son páginas fundamentales en su obra que van a permitir a Lafuente ofrecer una panorámica bastante completa de estos conflictos desde una perspectiva «española». Sin embargo, en su pluma estos acontecimientos carecerán de la fuerza y la complejidad historiográfica aportada por Robertson.

Robertson cuando analiza la convocatoria del Concilio de Trento, señala la completa disparidad de intereses entre el Papa y el Emperador, empezando por el lugar de su celebración. Al final el Emperador permitirá que el Concilio se convoque en una ciudad italiana. El Papa tenía miedo a que su autoridad quedase reducida a nada. Mientras el Emperador temía que resoluciones demasiado severas respecto a la cuestión protestante, llevase a éstos a alguna «resolución desesperada» y no estaba todavía militarmente preparado para imponer sus resultados. Esta diversidad se plasmó en su distinta propuesta de lo que debía tratar el Concilio en sus primeras sesiones. El Emperador pretendía «que se trabajase en el Concilio en la enmienda de los desórdenes de la Iglesia antes de proceder al examen o a la decisión de los artículos de fe». El Papa, sin embargo, pretendía evitar este debate a toda costa, dice Robertson, por el peligro de que se destapasen las irregularidades de la curia. Además, los prelados de segundo orden de la Iglesia tendrían la responsabilidad de tomar las decisiones sobre la curia, una perspectiva muy poco halagüeña para la jerarquía católica. Al final se llegó a una solución intermedia que no conformó a nadie. No obstante, en lo que más insistirá Robertson es en el número de prelados, cuarenta, que forman el Concilio y son responsables de solucionar los conflictos nacidos en el seno de la Iglesia. «Admirada ella misma (la asamblea que formaban los padres del Concilio) de la indecencia y ridiculez que podía resultar de ello, la junta fue muy lenta en su modo de obrar y procedió por algún tiempo de una manera floja y taimada.» Los protestantes, en su opinión, comprendieron rápidamente que en este Concilio no había ningún deseo de llegar a una verdadera solución al conflicto religioso ²⁴⁴.

El análisis de la Liga de Smalkalda y del comportamiento de sus distintos protagonistas, resulta muy interesante para ver cómo aborda Robertson la relación entre la religión y la política. A lo largo de estos capítulos insiste en la naturaleza perversa del Emperador que promete a los protestantes respeto, mientras recluta tropas contra ellos y prepara junto al Papa la guerra contra ellos. A pesar de las noticias que sobre ellos les dan los luteranos de los Países Bajos o sus simpatizantes de Italia, los dirigentes de la Liga no se mueven con celeridad por la diversidad de criterios que hay en su seno. Mientras el landgrave pretendía aliarse con los reyes de Francia e Inglaterra, los cantones suizos, etc., porque «su celo por la religión no le hacía olvidar sus intereses de la política», el príncipe elector de Sajonia piensa de forma muy distinta. Según el historiador inglés, es el príncipe más justo de su siglo, pero

²⁴⁴ *Historia del reinado...*, op. cit., III, p. 211.

pensaba, sin duda, que los intereses de la religión debían tratarse por máximas y principios bien diferentes de los de la prudencia humana; y dejándose extraviar por las opiniones de Lutero, que ignoraba no sólo las reglas de la política, mas las despreciaba, mostró a menudo una inflexibilidad del alma que perjudicó a la parcialidad misma que quería patrocinar. Guiado en esta ocasión de la moral severa del reformador, rehusó entrar en alianza con Francia bajo el pretexto de que perseguía al partido de la verdad; de arrimarse al partido de Enrique, a quien juzgaba impío como el Papa; y de unirse a los suizos porque no eran de su sentir acerca de algunos artículos de fe que parecían verdades esenciales ²⁴⁵.

A pesar de su consideración con que comenzó a caracterizar a Lutero en los primeros momentos, Robertson termina por criticar duramente su fanatismo. No oculta su clara identificación con Lutero y su causa, pero rechazará la subordinación de la política a la religión cuando es necesario hacer política. Esta subordinación de la política a la religión es lo que constantemente harán el Papa y el Emperador, siendo el resultado el fanatismo. En general, cualquier posición extrema o de subordinación de la política a la religión, merecerá la condena de Robertson.

Curiosamente, Lafuente se va a separar bien poco de Robertson a la hora de valorar la convocatoria del Concilio y las relaciones del Emperador con la Liga de Smalkalda, limitándose a suprimir en su resumen las valoraciones o los puntos más negativos sobre la Iglesia o el Emperador. Incluso en algunas ocasiones criticará acerbamente a Robertson por estos comentarios, que, en su opinión, no corresponden a la verdad sin aportar ninguna documentación que soporte sus críticas. El único sustento consistirá en ser la perspectiva nacional. La paz con Francia, la muerte de Barbarroja, la atención de los turcos en su frontera oriental, proporcionaron al César el marco para volver sus ojos al imperio. Junto a ello, la apertura del Concilio en Trento en diciembre de 1545 mostraba la voluntad del Papa de acometer los problemas doctrinales y disciplinarios del catolicismo, cuya solución había hecho urgente el luteranismo. Trento tiene una gran importancia en la *Historia General*, porque en él se sintetiza el esfuerzo de la Iglesia, más que del Papa, por hacer frente al luteranismo y acometer su propia reforma. No obstante, la conciencia de su importancia no le llevará a buscar más noticias de las aportadas por Robertson.

En la segunda sesión, en 1546, la mayoría de los prelados, apoyados por el Emperador, piden que se traten primero las cuestiones disciplinarias «por quitar a los herejes el pretexto con que se habían separado de la comunión católica» ²⁴⁶, de forma que cuando se tratase de los asuntos doctrinales las decisiones fuesen más autorizadas. En cambio, los legados pontificios pretenden que se traten primero de las cuestiones de fe. Al final se adoptará una solución intermedia, pero en este preámbulo se definirán las distintas estrategias. Por un lado la de la mayoría de los prelados y el Emperador

²⁴⁵ *Ibid.*, pp. 214-215.

²⁴⁶ *Historia General*, op. cit., XII, p. 244.

que pretenden que el Concilio sea eficaz y aporte soluciones definitivas lo más integradoras posibles dentro de la fe. Por otro, el Papa para quien el Concilio se convertirá en un instrumento de presión política que intentará manejar a su conveniencia, apoyado en algunas ocasiones por el rey francés. A lo largo de todo el largo proceso, el campeón del catolicismo será Carlos V, no el Papa y mucho menos Francisco I o su sucesor, Enrique II, que intentarán hacer política de lo que debería haber sido una asamblea estrictamente religiosa.

Los protestantes no reconocieron el Concilio, pero éste en las sesiones de 1546 y 1547 señaló por

las reglas de fe los libros del Nuevo y Viejo Testamento, reconocidos por canónicos, la tradición transmitida y conservada desde los apóstoles, la versión de las Sagradas Escrituras conocida con la Vulgata, prohibiendo interpretar el sagrado texto de otra manera que lo explica la Iglesia.

Con ello, según Lafuente, se destruían los fundamentos del luteranismo y se restablecía la autoridad de la Iglesia. Junto a ello, se concretó la doctrina sobre el pecado original, el libre albedrío, la predestinación, los sacramentos y otros puntos dogmáticos y de disciplina, aunque sobre estos últimos persistieron considerables disensiones²⁴⁷. En la visión de Lafuente, el Concilio definió las cuestiones doctrinales fundamentales desde las primeras sesiones, de forma que desde entonces el catolicismo se armó para hacer frente a los protestantes en el terreno doctrinal y esto coincidió con la muerte de Lutero y con la iniciativa del Emperador contra los protestantes. Junto a ello, habría que sumar la iniciativa estrictamente española a través de san Ignacio en la creación de la Compañía de Jesús. Una combinación de elementos que hizo que las cosas cambiaran radicalmente y fruto de ello, el Emperador tomará la iniciativa en Alemania.

Robertson explica las decisiones del Emperador en esta coyuntura, ya apoyado esencialmente en las tropas o los recursos españoles, desde una perspectiva distinta. Según él la política pérfida del Emperador pretendía, en colaboración con el Papa, «hacer volver a toda Alemania bajo el antiguo yugo de la Santa Sede». Pero esta política tan clara la llevaba a la práctica de forma tan oculta, que parecía luchar exclusivamente contra algunos luteranos que negaban su autoridad. Esto generó muchas divisiones entre los protestantes, permitiendo que los más «tímidos» no hiciesen nada, que otros colaborasen abiertamente con el Emperador, mientras sólo los más sanos se enfrentaban contra su política. En la alianza entre el Emperador y el Papa, quien imponía los ritmos era este último que decía las cosas explícitamente, empujando al Emperador a llegar más lejos y empleando «no sólo las censuras espirituales, mas también las fuerzas de las armas, contra cualquier príncipe que hiciera tentativas de oponerse a la ejecución de este tratado»²⁴⁸. Robertson insistirá mucho en esta orientación del papado a costa

²⁴⁷ *Ibid.*, pp. 248 y 270.

²⁴⁸ *Historia del reinado...*, op. cit., III, pp. 228-229.

de olvidarse de una de las máximas que habían presidido su actuación hasta entonces: el evitar que hubiese un poder demasiado fuerte.

El designio del Emperador siendo echar por tierra el sistema actual de Alemania y abrirse un camino al poder absoluto por los auxilios extranjeros que le daba el Papa, el logro de este atentado no podía menos de ser funesto a la libertad de Italia y que Carlos llegando una vez a una autoridad ilimitada en uno de los dos países, no tardaría en fundar el despotismo en el otro ²⁴⁹.

Ni Venecia ni los cantones suizos se opusieron al paso de las tropas del Papa. Sólo los «confederados» del imperio se opusieron levantando un ejército y dando una batalla que, aunque no lo diga explícitamente, no cuesta trabajo deducir su carácter decisivo al impedir a la larga el triunfo del absolutismo en Europa. Tras Mühlberg el papado comprenderá que si sigue apoyando al Emperador en el imperio, toda Italia se convertirá en una dependencia imperial.

Los juegos políticos y las guerras contra los príncipes protestantes por parte del Emperador son descritas por Lafuente con todo lujo de detalles. Desde comienzos de 1546, a partir de la dieta de Ratisbona, el César inicia una intensa campaña para imponer las decisiones de Trento en el imperio con apoyo de los príncipes católicos y algunos otros protestantes, como el duque Mauricio de Sajonia. Son sucesivas campañas descritas con detalle siguiendo miméticamente a Robertson, cuya culminación es la batalla de Mühlberg en 1547 que marca el cenit del poder imperial. Los capítulos dedicados a estos aspectos son fundamentales, no por su densidad historiográfica, sino por su importancia en la comprensión de lo que fue el imperio de Carlos V, la aportación española y las contradicciones en las que se movía.

A lo largo de estos sucesos, Lafuente destaca la imagen marcial del Emperador, su naturaleza de soldado arriesgado capaz de luchar en primera línea, mientras alienta a sus hombres en las diversas lenguas del imperio y sabe atraerse para su causa a alguno de los príncipes protestantes. Al igual que había hecho Robertson, la descripción que hace de su figura parece salida del cuadro con el que Tiziano inmortalizó la imagen marcial del Emperador ²⁵⁰. Efectivamente, en estos años Carlos quedará definido en la *Historia General*, no en la obra de Robertson, como un brillante militar, casi heroico, un político que sabe maniobrar con gran habilidad que tiene claro el objetivo de imponer su autoridad absoluta en el imperio, junto al catolicismo. Dos objetivos estos últimos en los que prima el esfuerzo por conseguir doblegar el resto de los poderes del imperio a sus designios aun a costa de maniobras religiosas dudosas. Sin embargo, en la sublevación de Nápoles de 1547 producida, dice Lafuente, «por la resistencia tenaz de los napolitanos a admitir en su reino la Inquisición de España» ²⁵¹, el Emperador muestra

²⁴⁹ *Ibid.*, p. 231.

²⁵⁰ *Ibid.*, IV, pp. 12 y ss.

²⁵¹ *Historia General*, op. cit., XII, p. 275.

su defensa acérrima de los procedimientos del Santo Oficio para luchar contra la herejía, aunque el precio sea la sublevación de uno de sus reinos más destacados. Dos políticas religiosas que demuestran el sentido político con el que el César se manejaba en estas cuestiones. Curiosamente, no deja de llamar la atención que Robertson apenas se refiera a la Inquisición, ya sea española o dependiente de Roma, y que cuando lo haga sé de forma bastante escueta. Es evidente que aquella institución todavía no se ha convertido en bandera preferente de propaganda, siendo Lafuente quien más habla de ella.

En 1547 el Papa decide trasladar el Concilio de Trento a Bolonia en contra de la opinión del Emperador y como consecuencia, dice Lafuente, 18 prelados de su facción continúan en la primera ciudad, mientras van a Bolonia otros 38. Una división que supondrá una grave paralización del Concilio, entretanto el papa Paulo y el Emperador se enfrentan a resultas del asesinato del hijo de aquél, Pedro Luis Farnesio, duque de Parma y Plasencia, y por los destinos de estos Estados. Unos sucesos en los que, según Robertson, no participa el Emperador, pero sí avaló posteriormente, haciéndose cómplice del crimen, «efecto de una ambición insaciable a quien no podía moderar ningún miramiento de decencia ni de justicia, hizo al Papa traspasar todos los límites de su circunspección y timidez ordinarias»²⁵². A partir de este momento, el Papa hará lo posible para vengar la muerte de su hijo y recuperar su patrimonio. Es en esta situación en la que Carlos se decide a imponer una solución doctrinal a caballo entre el catolicismo y el protestantismo que Robertson explica con cierto detalle. Según él, se partió de lo que ya se había hecho en Ratisbona en 1541, pero las circunstancias habían cambiado. Ahora el Emperador controlaba el imperio con mano más férrea y ya no había concesiones para los luteranos. Efectivamente, los teólogos católicos Sflug y Helling y el protestante Agrícola recibieron el encargo de hacer lo que se conoció con el nombre de *interim* que fue aprobado por la dieta imperial. En el *interim* «se confirmaban en él todos los dogmas particulares a los papistas y se mandaba la observancia de los ritos que los protestantes condenaban como invenciones humanas introducidas en el culto a Dios». Tan sólo se permitía temporalmente que los sacerdotes casados siguiesen consagrandos y que se continuase con la eucaristía bajo las dos especies en los territorios en los que ya se practicaba²⁵³.

Explicar esta solución constituía un problema para la imagen católica del Emperador construida por Lafuente, que trata de justificar o cuando menos hacer comprensible para el lector.

En este conflicto, el Emperador, que como protector de la Iglesia católica tenía muy graves deberes que llenar, y que como jefe del imperio solemnes compromisos que cumplir; que conocía el espíritu del pueblo alemán; que tenía una completa escisión y quería dar

²⁵² *Historia del reinado...*, op. cit., IV, p. 37.

²⁵³ *Ibid.*, pp. 42-43.

a la cuestión religiosa el giro más favorable posible en favor del catolicismo y sacar partido más ventajoso que permitían las circunstancias, discurrió, creemos que con la mejor fe, apelar a un medio conciliatorio, que fue el de hacer redactar un sistema doctrinal, al que se hubieran de conformar los pueblos hasta la definitiva decisión de un concilio tal como deseaba ²⁵⁴.

Ni los católicos ni los protestantes del imperio aceptaron esta solución, pero el Papa tomará buena nota de ello y acusará al Emperador de convertirse en otro Enrique VIII. Robertson, haciendo una interpretación política, va más lejos. Además de repetir esta acusación del Papa, entiende que ninguno de los bandos apoyó este acuerdo porque ambos consideraron que se hacían unas concesiones inadmisibles y el Papa no luchó frontalmente contra él porque comprendió que ninguno de los bandos iba a apoyarlo. Si el Emperador se hubiese aliado con uno de los dos bandos, habría impuesto una confesión en el imperio, pero con un sistema que no satisfacía a nadie, piensa Robertson, el interim estaba condenado al fracaso y con él la política de Carlos V. Un grave error, que ligado a otros, impidió el absolutismo de Carlos en el imperio ²⁵⁵.

Lafuente sintetiza los tomos del historiador inglés y de paso elimina buena parte de las acusaciones sobre la doblez de la política imperial, junto a las nefastas consecuencias de sus pretensiones absolutistas y de restaurar a toda costa el culto católico en todo el imperio. Para Robertson todo ello era la prueba evidente del carácter despótico y fanático del Emperador. En distintas descripciones, este historiador trazará un colorido cuadro del despotismo de Carlos V. Ante la imagen del landgrave humillado pidiendo perdón, resultaba difícil «no compadecerse y no entregarse a tristes reflexiones acerca de la inestabilidad y vacío de las cosas humanas. El Emperador vio todo este espectáculo con un rostro altivo y sin manifestar la menor sensibilidad». Aunque muchos príncipes le pidieron clemencia, nada más leer la sentencia Carlos se marchó sin compasión y «le dejó hasta de rodillas sin dignarse mandarle ponerse en pie» ²⁵⁶. Los súbditos del imperio se indignaron con esta inflexible actitud, pero no los españoles que apoyaron al Emperador. Progresivamente, a medida que Robertson avanza en su análisis del «reinado» de Carlos V, la identificación entre éste y los españoles va siendo más y más evidente. Son éstos los baluartes de su política: «mientras Carlos daba la ley a los alemanes, cual a un pueblo vencido, Fernando trataba en Bohemia a sus súbditos con más rigor todavía». El Emperador ha iniciado claramente el camino del absolutismo «humillando así y creyendo haber sujetado el genio independiente y poco dócil de los alemanes con el terror de las armas y de los castigos» ²⁵⁷, apoyado por sus súbditos españoles a los que había dominado tras las Comunidades.

²⁵⁴ *Historia General, op. cit.*, XII, pp. 296-297.

²⁵⁵ *Historia del reinado...*, *op. cit.*, IV, pp. 45-46.

²⁵⁶ *Ibid.*, pp. 24-25.

²⁵⁷ *Ibid.*, p. 32.

Las situaciones que describe Lafuente son muchas y van desde la imposibilidad de imponer su credo a sus súbditos, a conseguir mayor influencia en la lucha por el poder en la que se encuentran sumergidos todos los poderes en Europa, incluyendo al Papa, pero todos responden de forma semejante. Las distintas confesiones en la época se mueven entre el fanatismo con el que príncipes o dirigentes religiosos imponen su respectiva fe a los súbditos, cuando tienen posibilidad, o bien las maniobras políticas que realizan sin escrúpulos. Ésta es una dialéctica en la que también se encuentra el Emperador, aunque en menor medida que otros. Trento y los sucesos del imperio servirán para presentar un marco del que el lector avisado debe extraer las consecuencias.

Innsbruck: el fracaso de los «sueños» imperiales

Con la muerte de Paulo III en 1549, Lafuente presenta al cónclave en el que se ha de elegir sucesor, dividido en tres facciones, los imperiales, los franceses y los farnesios. La política es la que determina las decisiones del claustro, dando lugar a la elección de Julio III. Como ocurre a lo largo de todo el periodo, una vez más, la política es la que dicta las decisiones más importantes en el terreno religioso. Esto será especialmente evidente en el conjunto de maniobras del príncipe protestante Mauricio de Sajonia, hasta entonces aliado fundamental del Emperador, contra éste. Un conjunto de maniobras descritas con bastante detalle por Lafuente, siguiendo la información proporcionada por Robertson, aunque la interpretación de ambos sea bien distinta. Para Lafuente es el gran traidor y villano de los sucesos de estos años en el imperio. En pocos pasajes como estos se puede observar lo que para él es el sentido de la acción política como práctica maquiaveliana de quienes tienen responsabilidades de poder. Todos, el Emperador, los protestantes y el rey de Francia, necesitaban a Mauricio, pero nadie sabía lo que quería éste²⁵⁸. Carlos cometió el error de ser excesivamente rígido frente a los príncipes del imperio y confiado en la lealtad de Mauricio. Una funesta combinación.

Para Robertson, en cambio, Mauricio fue el héroe protestante que en un momento se da cuenta de las pérfidas intenciones del Emperador. Protestante ferviente, logró disimular en cada momento sus verdaderas intenciones.

Este príncipe no era, sin embargo, uno de aquellos políticos sin pudor, que desprecian los deberes más sagrados, hasta agobiarse de menospreciar las leyes del honor o decencia, cuando su interés lo exige. La conducta de Mauricio fue más sagaz, si se debe únicamente atribuirle a la política; consiguió ejecutar todas las partes de su plan esforzándose siempre a dar a todas sus acciones la apariencia de hombría de bien y de la virtud.

²⁵⁸ *Historia General*, op. cit., XII, p. 307.

Su principal fallo, no obstante, fue el creer imprudentemente en las promesas del Emperador. «Tuvo sin duda la suerte de aquellos que caminan por veredas lóbregas y sinuosas. Queriendo obrar con demasiada sutileza en la política: Mauricio se encontró engañado a sí mismo, procurando burlar a los demás»²⁵⁹. En estos capítulos, especialmente en lo relacionado con Mauricio de Sajonia, Robertson pierde cualquier atisbo de objetividad intentando justificar cuanto hizo Mauricio y la Liga de Smalkalda.

Entre tanto, se produjo la segunda apertura del Concilio de Trento, que fracasaba por la guerra que había estallado en el ducado de Parma y la ocasión que con ello tuvo el rey francés para mandar a los prelados de su reino que no acudiesen al Concilio. «Enrique II por debilitar el poder de Carlos V se hacía fautor de los herejes, siguiendo en esto el funesto ejemplo de su padre»²⁶⁰, afirma Lafuente. Frente a ello, el Emperador se empeñó más en sacar adelante el Concilio, dando salvoconducto a los teólogos de los príncipes protestantes. Gracias a ello «el Concilio siguió haciendo luminosos y sabios decretos y cánones en la comenzada materia de los sacramentos». Animado con esto, el Emperador abolió en la provincia de Savia el culto reformado y su predicación en las ciudades imperiales. Por estas razones y para estar cerca de Italia, Carlos se instaló en Innsbruck.

El sitio de la ciudad Magdeburgo, entiende Lafuente, brindó a Mauricio la situación adecuada para concretar su «traición». Un largo sitio que se saldó con una victoria del príncipe que administró con gran generosidad para los habitantes de la ciudad. Mauricio ya reveló al conde Mansfeld, gobernador de la ciudad, «su pensamiento de atajar los vuelos del inmenso poder del Emperador y restituir su fuerza y sus privilegios al pueblo germánico»²⁶¹. Mientras, Carlos en Innsbruck, sin apenas tropas, permanecía ajeno a cuanto estaba pasando y despreciando lo que sus espías españoles le informaban. Cuando Mauricio se lanzó en 1552 sobre la ciudad donde residía el Emperador, éste tuvo que huir precipitadamente para evitar el caer preso. La huida de Innsbruck marcó un hito fundamental en el signo político y personal de Emperador. La alianza entre Mauricio, Alberto de Brandeburg y Enrique II, que se erigió en protector de las libertades alemanas, puso a Carlos en una situación extremadamente difícil. En defensa de criterios estrictamente confesionales, el historiador francés Romey no duda en valorar muy positivamente al Emperador que había logrado «por fin enfrentar la conmoción causada por el nuevo sistema religioso y todo quizá abonanzara en Europa a no hermanarse Enrique con los protestantes, ya malparados, para renovar la guerra con Carlos»²⁶². Los criterios confesionales seguían teniendo un destacado peso en la historiografía de estos años de la primera mitad del ochocientos.

Rápidamente se deshicieron los efectos de las victorias precedentes y el trabajoso edificio que había ido creando se encontró al borde del derrumbe. Sin ejércitos pre-

²⁵⁹ *Historia del reinado...*, op. cit., III, p. 245.

²⁶⁰ *Historia General*, op. cit., XII, p. 309.

²⁶¹ *Ibid.*, p. 312.

²⁶² *Historia de España desde el tiempo primitivo hasta el presente*, op. cit., III, p. 465.

parados y con escasez de recursos, se vio en situación crítica y desde entonces nada volvió a ser como antes. En estas circunstancias Lafuente aprovecha para insistir, una vez más, en el carácter del imperio, opuesto a los tiempos nacionalistas que comenzaban a correr en el siglo XVI. Refiriéndose a estos acontecimientos, advierte: «mas de todos modos vio Carlos V reproducidas en Alemania quejas semejantes y alzamientos parecidos a los que treinta años antes había provocado, bien que con mayor fundamento, en Castilla» ²⁶³.

Aquejado de gota, en el lecho y entre fuertes dolores, Lafuente retrata a un Emperador a la defensiva al que pocas cosas le salen bien y con crecientes dificultades para convencer a su hermano Fernando de seguir su política. En contra de la opinión del Emperador, el Concilio de Trento suspende sus sesiones por dos años como consecuencia de la guerra. Los progresos de los ejércitos franceses en Lorena y Alsacia, las campañas de A. de Brandeburg, etc., marcaban una nueva situación de guerra general que encontró al imperio y sus príncipes agotados del conflicto contante en que vivían desde hacía años. Para Lafuente

era ya, sin embargo, tan vivo el deseo de paz entre protestantes y católicos, habían unos y otros sufrido tanto con las guerras y se hacía tan temible aun a los adictos a la Iglesia romana el ejercicio del poder imperial absoluto en el pueblo alemán, que todos los mediadores se convinieron en escribir a Carlos rogándole libertase Alemania del azote de la guerra civil, satisfaciendo en cuanto pudiese las pretensiones de Mauricio ²⁶⁴.

Forzado en estas circunstancias, el Emperador se ve obligado a firmar el tratado de Passau por el que se establece la paz y con ella «se desvanecieron todos los grandes proyectos que por espacio de tantos años había forjado y trabajado el Emperador Carlos V». Desde este momento la «religión protestante (...) recibió una autorización pública y legal de la que siempre había carecido». Los deseos del Emperador de conseguir de nuevo la unidad religiosa quedaban fuera de lugar. Éste es «el punto de decadencia del antes inmenso poder del Emperador». Significativamente, Lafuente no deja de señalar cómo todo ello era el resultado de la actuación de un hombre, Mauricio, que primero fue la ayuda esencial del Emperador para controlar el imperio y luego su perdición. «Por tan extraños caminos conduce la Providencia los sucesos y los encamina a sus altos y ocultos fines» ²⁶⁵. En la obra de Lafuente, la Providencia se suele expresar a través de la protagonistas de la historia: los grandes hombres, ya sean reyes o no.

Carlos logra montar un ejército contra Enrique II, colocando al frente al duque de Alba para sitiar la plaza de Metz, defendida por el duque de Guisa, uno de los mejores generales franceses de la época. Una gran batalla, otra batalla heroica, en la

²⁶³ *Historia General*, op. cit., XII, p. 317.

²⁶⁴ *Ibid.*, p. 322.

²⁶⁵ *Ibid.*, pp. 325-326.

que, según Lafuente, el rigor del invierno obligó al Emperador a levantar el cerco e iniciar una desastrosa retirada en la que quedó buena parte de su ejército²⁶⁶. Es el signo de los últimos tiempos de Carlos V, el contrapunto de Pavía. Ya no hay grandes victorias, ni grandes hazañas. Reducido al lecho por la gota, a tener que moverse en litera, el Emperador parece una lamentable sombra de lo que fue. El mismo Dunham afirma, refiriéndose al fracaso del sitio de Metz, que fue «el revés que más marchitó sus laureles en el discurso de su vida»²⁶⁷. A pesar de su visión tan positiva de Emperador, caracteriza su situación diciendo que «daba muestras de estar quebrantado por los años, por los trabajos, por las vueltas de la fortuna, y por cierto disgusto que se había apoderado de su alma». Cuando se retira a los Países Bajos está carcomido, según Lafuente, por el odio a los franceses y los deseos de venganza, «odio y pensamiento alimentados por el mal humor de los padecimientos físicos y por la melancolía de quien no estaba acostumbrado a sufrir reveses»²⁶⁸. La gota y la melancolía se convertirán en los compañeros del Emperador en estos años hasta su muerte, transformando su vida en el fiel reflejo de una situación política repleta de reveses. Muere Mauricio de Sajonia, pero los asuntos ya no se vuelven a encaminar adecuadamente, parece como si al Emperador le hubiese abandonado la buena estrella. Ni tan siquiera nombrando al temible duque de Alba generalísimo de los ejércitos italianos logra importantes progresos en la lucha contra Francia. Es cierto que en este difícil contexto, el rey francés no logra tampoco éxitos, pero el Emperador ya no es capaz de imponer su política en Europa y lo que ocurre en «Alemania» refleja esta pérdida de control, el triunfo de lo que siempre trató de evitar.

El relato de Robertson sobre la importante dieta de Augsburgo resulta bastante preciso, contemplando la posición del papado, de los príncipes católicos y especialmente la de los protestantes. Para él, Mauricio había «echado por tierra el despotismo civil y religioso» en el imperio, forzando a Carlos a dejar la política de estos Estados en manos de su hermano Fernando. Pensando éste en convertirse en Emperador «no pensó más que en aficionar a los príncipes de Alemania a su familia con un gobierno equitativo y moderado»²⁶⁹. En estas condiciones la dieta de Augsburgo en 1555, presidida por Fernando, consagró la tolerancia religiosa. Lafuente sigue a Robertson, pero como siempre que el asunto resulta desagradable para la política imperial, pasa rápidamente sobre la cuestión, y sitúa las responsabilidades en el campo del hermano de Carlos. Fernando necesitaba el apoyo de los protestantes para defender Hungría y, sobre todo, sabiendo el interés del Emperador en «transmitir el trono imperial a su hijo Felipe y estando él resuelto a no ceder un ápice de sus pretensiones a la sucesión del imperio, conveníale mucho no disgustar y sí atraerse la voluntad de los príncipes electores, muchos de los

²⁶⁶ *Ibid.*, pp. 330-331.

²⁶⁷ *Historia de España desde los tiempos primitivos, op. cit.*, IV, p. 252.

²⁶⁸ *Historia General, op. cit.*, XII, p. 334.

²⁶⁹ *Historia del reinado...*, *op. cit.*, IV, p. 169.

cuales eran luteranos»²⁷⁰. La confesión de Absburgo consagrará el fracaso de la política carolina, porque a partir de entonces los príncipes y las ciudades serán libres, dice Robertson, «en profesar su doctrina y culto, sin ser molestados por el Emperador, el rey de los romanos ni de nadie»²⁷¹. Para Lafuente, suavizando el análisis de Robertson, los problemas en la dinastía, la negativa de Fernando de admitir la sucesión en favor de Felipe, van a determinar la separación de las ramas de la familia, una será la española, la otra la austríaca. Desde entonces hasta su abdicación, la vida del Emperador parece empeñada en intentar legar a su sucesor unos Estados en paz.

Entre tanta grisura lo único que conseguirá el Emperador en estos años será el matrimonio de su hijo Felipe con María de Inglaterra, al que para la ocasión dará como dote el título de rey de Nápoles y duque de Milán. Éste es un acontecimiento al que Lafuente apenas presta atención, mientras para Robertson ocupa un papel de primera categoría en la trayectoria de estos años. Es el último gran proyecto del Emperador. Por supuesto, el autor inglés resalta la oposición de un pueblo habituado a un trato familiar con los reyes que «estaba bien lejos de poder aguantar la altanería y gravedad castellana», recelando de «la santurronería y arrogancia de Felipe». Tampoco gustaba su carácter imperioso, junto a la inclinación de la Monarquía española a aplastar los fueros y libertades de sus reinos. A esto habría que añadir el odio al catolicismo de la mayoría de la población²⁷². La sorda resistencia de los ministros ingleses será lo que lleve a que las cláusulas del matrimonio sean extremadamente minuciosas y gracias a ello cuando muera la reina, Inglaterra podrá zafarse del dominio de la Monarquía española. De nada sirvieron los dispendios de Felipe para conseguir la colaboración de la nobleza y los ministros ingleses, al final la oposición nacional fue tan fuerte que tuvo que abandonar la isla, comprobando la inutilidad de sus esfuerzos. Los ingleses, según Robertson, rechazaron conscientemente una perspectiva.

A semejanza de Nápoles, de Milán y los demás países incorporados a la corona de España, la Inglaterra corría peligro de experimentar bien pronto el peso del dominio tiránico de esta monarquía, y de verse forzada, cual estos otros Estados, a consumir sus caudales y fuerzas en guerras extranjeras en que no se consultaría a su interés y beneficio²⁷³.

El historiador inglés ya hace una valoración bastante precisa de la naturaleza de la Monarquía española que será lugar común del liberalismo europeo y, por supuesto, del español (Apéndice III).

Robertson no se detiene especialmente en definir sus palabras en relación a las posesiones que a estas alturas le había entregado su padre. Carlos V y su hijo parecen una unidad de poder y esa unidad es la «Corona de España». Los «alemanes» han

²⁷⁰ *Historia General, op. cit.*, XII, p. 347.

²⁷¹ *Historia del reinado..., op. cit.*, IV, pp. 171.

²⁷² *Ibid.*, pp. 148-149.

²⁷³ *Ibid.*, p. 150.

mostrado claramente su oposición a los planes del Emperador, Italia esta sojuzgada por sus ejércitos. La «Corona de España» se ha convertido, ya antes de la abdicación del Emperador, en el centro del poder absolutista y fanático que va a intentar dominar Europa y aplastar las libertades de cada uno de sus Estados. Desde principios de los años cincuenta, ya se puede apreciar con nitidez esta identificación de los peores valores de la política carolina con «España» y los españoles. Robertson, que suele ser bastante preciso a la hora de adscribir las cosas, habla de «España» sin mayores concreciones. Ni tan siquiera siente preocupación por resaltar las libertades del reino de Aragón... Toda España se identifica con el absolutismo y el fanatismo de Carlos y su hijo. Resulta sorprendente que no identifique estos valores con la Inquisición ni hable casi de los procesamientos de los núcleos protestantes de Sevilla y Valladolid en los últimos años del Emperador. Es cierto que la Inquisición forma parte de su análisis, definiéndola como «el tribunal odioso y formidable de la Inquisición»²⁷⁴, dice refiriéndose al esfuerzo del cardenal Carafa, futuro Paulo IV, por crear el Santo Oficio de Roma, pero su presencia es muy discreta. La potenciación de esta institución como emblema de la Monarquía católica será la aportación de historiadores posteriores en su afán de establecer los símbolos que definen a una «nación» y a unos reyes.

En estos años de transición entre Carlos y su hijo, los dos son contemplados prácticamente como una sola pieza por Robertson y también por Lafuente. En esta coyuntura, la guerra con el papa Paulo IV merecerá considerable atención por parte del historiador español, inaugurando así una preocupación recurrente en la historiografía española durante la segunda mitad del siglo XIX. Se trataba de dilucidar la responsabilidad de Carlos V y especialmente la de Felipe II en el conflicto con el Papa. Una cuestión que preocupará bastante a los historiadores de la Restauración. Robertson ya había dado abundantes datos y jugosas apreciaciones para dilucidar el problema y Lafuente apenas se apartará del guión marcado por el historiador inglés. Su clara animadversión al papado puso fácil la crítica de Paulo IV a Lafuente y a los historiadores españoles que continuaron tratando este asunto. El cardenal Carafa, que será posteriormente Paulo IV, no sólo introdujo la Inquisición en Roma, también demostró ser un ambicioso y practicar el nepotismo con perfecta naturalidad. Es precisamente por el deseo de conseguir territorios para sus sobrinos por lo que, según Robertson, empuja a Enrique II a una alianza contra Carlos y Felipe²⁷⁵. Un conflicto en el que demostrará una sorprendente saña contra sus enemigos en la Corte romana y contra los afectos al Emperador.

Siguiendo a Robertson, el historiador español afirma que desde su elección a los ochenta años, el pontífice demostró una gran voluntad de favorecer a los franceses en su guerra con el Emperador²⁷⁶ y por eso le vino tan mal cuando se decretó una

²⁷⁴ *Ibid.*, p. 171.

²⁷⁵ *Ibid.*, p. 178.

²⁷⁶ *Historia General*, op. cit., XII, pp. 348-350.

tregua entre los dos monarcas. En Roma encarceló a Garcilaso de la Vega y a otros caballeros españoles, excomulgó a miembros prominentes de la facción española y procesó a Felipe II. La interpretación de Lafuente sobre este suceso no deja lugar a dudas:

en honor a la verdad, mientras el papa Paulo IV procedía con un encono y una saña tan impropios de su sagrada dignidad, Felipe II se conducía con el pontífice con una moderación y una templanza que hubiera debido servir de ejemplo al jefe de la Iglesia ²⁷⁷.

Hizo lo posible para no declarar la guerra al Papa y cuando las circunstancias la hicieron inevitable, convocó a una junta de teólogos que determinó que la guerra era lícita para frenar los excesos del pontífice. Para dar mayor énfasis a las razones que asistieron al ya rey español, Lafuente reproduce una larga carta desde Nápoles del duque de Alba poco antes de iniciar la campaña en la que derrotará al Papa. Incluso el Duque tuvo la precaución, para no ser acusado de irreligioso y usurpador, de tomar las plazas en nombre del Sacro Colegio en espera a la elección de otro pontífice. En la *Historia General*, el catolicismo de los españoles siempre está a salvo, incluso en los sucesos más comprometidos.

La abdicación y retiro a Yuste

Dunham sintetiza una opinión bastante común en la historiografía del período sobre el estado de ánimo del Emperador:

Carlos, no obstante no tener motivos para quejarse de la suerte, se sentía disgustado en medio de su grandeza. La muerte de su madre en 1555 hizo un profundo efecto en él. Según Dunham, había llegado a un momento en el que los hombres de genio más activo y mayor fortuna se sienten consumidos por un disgusto interior que nada alcanza a curar ²⁷⁸.

Una situación que los historiadores del siglo XIX calificaban de melancolía y que en tiempos más recientes, analizando la información proporcionada por los autores clásicos, decimonónicos en muchos casos, ha sido definido como depresión derivado de un «delirio de culpa de tema religioso retroactivo» ²⁷⁹. La caracterización de Alonso-Fernández a partir de la información proporcionada por Forneron, Madariaga, etc., se detiene en describir en términos clínicos lo que estos autores señalaron. Para él, en los últimos años del Emperador se da un «derrumbe total de su personalidad propia, sepultada

²⁷⁷ *Ibid.*, p. 436.

²⁷⁸ *Historia de España desde los tiempos primitivos, op. cit.*, IV, pp. 253-254. Esta idea está ampliamente extendida entre autores franceses y extranjeros. DU-HAMEL plantea las cosas en términos parecidos, recogiendo lo que ya era un lugar común en la primera mitad del siglo XIX, *Historia Constitucional, op. cit.*, I, p. 336.

²⁷⁹ ALONSO-FERNÁNDEZ, F., *Historia personal, op. cit.*, p. 95.

por el sentimiento de culpa y por las presiones externas que armonizaban con sus auto-acusaciones y remordimientos delirantes»²⁸⁰. Efectivamente, éste es el singular estado emocional del Emperador en sus últimos años y los que, siempre según esta historiografía, le habrían empujado a la abdicación y luego a su retiro en Yuste. Para Dunham y otros muchos historiadores, sus constantes ideas sobre la eternidad y la necesidad de prepararse para la muerte forzaron estos acontecimientos²⁸¹.

La abdicación del Emperador en su hijo Felipe de los Países Bajos es descrita por Lafuente con notable lujo de detalles²⁸², señalando posteriormente las siguientes abdicaciones. Cuando Lafuente pasa al retiro del Emperador en Yuste, traza una visión bastante interesante de lo que dicen los distintos autores que han hablado de estos años, comenzando por Sandoval, Sigüenza, pasando por Leti hasta llegar a Robertson. A través de su contraste, Lafuente demuestra la similitud de sus formulaciones. En su opinión en estas afirmaciones hay tantas inexactitudes

que parece hasta cierto punto inconcebible que existiendo tantos documentos, no haya conocido todavía la vida verdadera del Emperador en Yuste y hayan corrido sin contradicción las invenciones que los doctos han escrito o copiado y los ignorantes repiten a coro²⁸³.

Efectivamente, en este punto, empeñado en restablecer la verdad, no sigue mucho a Robertson ni a la mayoría de los cronistas del Emperador. A diferencia de lo que ellos afirman sobre el retiro del César de los asuntos mundanos, su constante dedicación a la oración, ejercicios de piedad o la celebración de sus funerales en vida, Lafuente planteará una perspectiva completamente distinta. Lejos de vivir consagrado a Dios y alejado de los asuntos de gobierno, mantuvo una intensa

correspondencia política con su hija la gobernadora de Castilla, con su hijo don Felipe que residía en Flandes, con los príncipes y ministros de otros reinos, intervenía en los negocios del Estado, de paz y de guerra, era en casi todo consultado, apenas se resolvía sin su beneplácito negocio alguno importante y mandaba y decidía muchas veces como Emperador y como Rey²⁸⁴.

Para probar estas afirmaciones, Lafuente recurre a citar textualmente numerosas cartas originales del Emperador a la princesa Juana, a su hijo, al inquisidor general Valdés, al secretario Vázquez de Molina y a otros personajes de la dinastía o del gobierno de la Monarquía.

²⁸⁰ *Ibid.*, p. 105.

²⁸¹ *Historia de España desde los tiempos primitivos, op. cit.*, IV, p. 254.

²⁸² *Historia General, op. cit.*, XII, pp. 423-433.

²⁸³ *Ibid.*, p. 452.

²⁸⁴ *Ibid.*, p. 460.

La correspondencia que Lafuente alude proviene del Archivo de Simancas o de la Biblioteca Nacional, entreteniéndose en dejar constancia de los asuntos que tratan con largas citas textuales. Efectivamente, como sucederá en otros períodos de la *Historia General*, el autor será capaz de proporcionar una visión original, interesante y algunas veces innovadora, a través de la utilización de fuentes archivísticas que desarman la interpretación predominante en aquellos años. No es lo más frecuente, pero se produce y a veces, como es el caso, de forma muy señalada. Las distintas cartas que utiliza permiten seguir la intervención sistemática del Emperador en el conflicto con Paulo IV o en la guerra con Francia, que según Lafuente dirige directamente desde Yuste²⁸⁵, o sobre la llegada de las flotas de Indias y la utilización del dinero correspondiente. Incluso demuestra que en el segundo año de estancia en Yuste, en 1558, el César continúa su intensa correspondencia y da cuenta de las distintas cartas que dirige al Papa, su hija, la princesa Juana, a la Inquisición, a su propio hijo, etc., sobre la complicidad luterana recién descubierta.

A mediados del siglo XIX, cuando Lafuente publicó los tomos correspondientes a Carlos V, constituía un lugar común el dejar constancia del espíritu austero, melancólico que dominaba al Emperador en el monasterio de Yuste, junto a su profunda religiosidad hasta el extremo de haber hecho celebrar sus funerales en vida. Robertson habla de ello (*vid.* Apéndice II) y hasta Dunham, tan proclive al Emperador, da cuenta de su torturado arrepentimiento por no haber castigado debidamente a los herejes desde el principio, dando muerte a Lutero, etc. Tan obsesionado se encontraba por las consecuencias de la expansión del luteranismo que dijo al prior del monasterio «que si algo fuese poderoso a sacarle de su retiro sería la esperanza de dar castigo a los herejes y que había escrito a los inquisidores, exhortándolos a que los persiguiesen a todos con rigor»²⁸⁶. Su vida en el monasterio se consumía entre rezos, disciplinas, viviendo de forma extremadamente sobria en el comer, en el vestir y en todo lo demás. Todo ello podría entrar dentro de lo normal entre los penitentes, pero a ello «agregó otra de no poca singularidad, pues mandó celebrar sus propias exequias y asistiendo a ellas, estuvo tendido como un cadáver mientras se rezaba por su alma el oficio de difuntos». Tal escena, según Dunham y el grueso de los historiadores, impactó tanto en el Emperador, que aceleró su enfermedad, provocándole la muerte²⁸⁷. Romey explica el proceso sintéticamente, «empapado todo en ideas religiosas y en actos fúnebres que acortaron su vida con su lóbrega melancolía»²⁸⁸. Religiosidad, actos fúnebres y melancolía constituyen el eje de la interpretación romántica de la vida del Emperador en Yuste.

Lafuente también va a empeñarse en deshacer esta mitología sobre la sobriedad. Dará cuenta de alguna de sus comidas, pero no contento con esto también demuestra

²⁸⁵ *Ibid.*, p. 465.

²⁸⁶ *Historia de España desde los tiempos primitivos, op. cit.*, IV, p. 258.

²⁸⁷ *Ibid.*, p. 259.

²⁸⁸ *Historia de España desde el tiempo remoto, op. cit.*, III, p. 466.

que lejos de vivir pobremente, tenía en sus aposentos valiosos cuadros, alhajas. Citando documentación, evalúa en 3.615.294 maravedises lo que llevó a Yuste. Del mismo modo, asegura tener la lista de los sirvientes del Emperador. En conclusión, señala que «si el menaje no era el de un palacio imperial, estaba muy lejos de ser tan humilde, tan pobre y miserable como le supone» la historiografía ²⁸⁹. Tampoco encuentra en la documentación pruebas sobre las constantes referencias a la dedicación de Carlos a la fabricación de relojes, soldados y otros juguetes mecánicos. Consciente de la importancia de la documentación que aporta, se pregunta: «¿han sido más exactos y más verídicos los que nos han representado al augusto huésped de Yuste como dechado de sobriedad, de penitencia y de austeridad, mortificando asiduamente su cuerpo con ayunos, disciplinas y maceraciones?» ²⁹⁰. Evidentemente, la respuesta es negativa.

No obstante, a Lafuente lo que más le interesa es contrastar la famosa anécdota según la cual el Emperador hizo officiar y presenció sus propios funerales, siguiendo las pautas del padre Sigüenza.

Nosotros, dice este autor, que hemos invertido buena suma de tiempo en examinar con minuciosa prolijidad los documentos auténticos que pudieran darnos luz sobre un suceso que tanta celebridad ha adquirido, podemos asegurar que no hemos hallado uno solo que indique siquiera ni dé ocasión a sospechar la certeza del hecho que se supone ²⁹¹.

De lo que sí tiene pruebas, en cambio, es de la gran parte de tiempo que el César dedicaba a ejercicios de devoción, pero nada más. Lafuente afirma haber repasado minuciosamente la correspondencia del mayordomo y confidente del Emperador, Luis Quijada, y la de sus secretarios que reflejan los más pequeños detalles y no aparece nada sobre estas macabras honras fúnebres. Mientras no se encuentre documentación que demuestre esta anécdota, Lafuente no cree algo que ha sido tan utilizado para dejar constancia del fanatismo del Emperador. En esta misma línea también cita diversas cartas que demuestran las verdaderas causas de la muerte del Emperador y cómo se produjo, dando cuenta de las exequias fúnebres.

En 1854 se había publicado la traducción de Javier Galvete del libro de M. Mignet, *Carlos Quinto. Su abdicación, su estancia y muerte en el monasterio de Yuste* ²⁹², que contenía un estudio mucho más detallado de que el de Lafuente, pero por lo que he podido comprobar, no fue un libro muy leído en estos años de mediados del siglo, aunque en fechas posteriores, Mignet o Gachard serán los que marquen la pauta en estos aspectos. Ambos, como el mismo Lafuente, habían trabajado sobre la copia que había llevado a cabo el archivero Tomás González ²⁹³. Inicialmente, la obra de Mignet se publicó

²⁸⁹ *Historia General*, op. cit., XII, p. 480.

²⁹⁰ *Ibid.*, p. 476.

²⁹¹ *Ibid.*, p. 484.

²⁹² Biblioteca Perojo, Madrid-París.

²⁹³ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Carlos V, el César y el hombre*, Madrid, 1999, p. 829.

en 1851, pero dudo que Lafuente la conociese al escribir su capítulo. Creo que no sería aventurado pensar que el análisis de Lafuente sobre los años del Emperador en Yuste, fundamentales para la españolización de la figura del Emperador, alcanzó mayor repercusión que los de Mignet o Gachard en estos años de mediados de siglo. Muñoz Maldonado (1862), por ejemplo, en la única historia monográfica que se escribe sobre el reinado del Emperador en España, se aparta de Robertson en este punto, diciendo: «Don Modesto Lafuente en su excelente *Historia de España*, ha demostrado con las cartas originales de Carlos V» que ha sacado de Simancas, «que el Emperador no vivió abstraído de la política ni de los negocios del mundo, que fue consultado en todo desde su retiro». Su valoración respecto a los funerales en vida del Emperador, también es la misma que la sostenida por Lafuente²⁹⁴, a quien vuelve a citar en los términos más elogiosos.

Lafuente llevó a cabo una labor esencial en la interpretación «nacional» de Carlos V, desplegando un notable esfuerzo en desarrollar sus relaciones con sus súbditos hispanos. Fruto de ello, no sólo es una mayor atención a las Comunidades siguiendo la obra de Ferrer del Río, sino también mayor preocupación por las Germanías o por dar una interpretación sobre las relaciones entre la Monarquía y la nobleza que sitúan a las Cortes de Castilla de 1538 en el mismo centro. El colofón de esta visión española del Emperador, se cierra con una revisión a fondo de los últimos años de su vida en Yuste, en el que se desdramatiza su vida en el monasterio. La imagen que proyecta Lafuente sobre el Emperador está lejos de esa España negra que progresivamente se irá abriendo paso a lo largo del reinado de su hijo. En realidad, el absolutismo sobre las Cortes de Castilla, que para Lafuente es el órgano de la representación nacional, no se produce hasta 1538 en el que el Emperador se impone a una nobleza que no volverá a convocar a las Cortes. Es decir, la imposición del absolutismo será progresiva y sólo perfectamente consolidada en la segunda mitad del reinado. La misma visión de Lafuente sobre la participación de los españoles en los conflictos europeos no es tan dura cuando se trata de las guerras contra Francisco I por el control de Italia. La batalla de Pavía, la toma de Túnez, etc., merecen comentarios notablemente positivos, a pesar de sus lamentaciones sobre el despilfarro de recursos nacionales en estos conflictos. Son hechos perfectamente reivindicables dentro de las glorias nacionales. Su análisis se hará mucho más negativo al referirse a las guerras en el imperio a partir de mediados de la década de 1540 y se convertirá en plenamente sombrío a partir de Innsbruck. Es el resultado de la implicación en unas guerras religiosas que condena sin paliativos. La muerte cristiana del Emperador, alejada del fanatismo que caracterizará, en su opinión, el reinado de su hijo, pone de manifiesto la majestuosa figura de un Emperador que aun siendo el destructor de las libertades «nacionales», también estuvo al frente de los ejércitos españoles cosechando la gloria. El balance final no es tan negativo como el de Felipe II, pero está lleno de luces y sombras.

²⁹⁴ *Historia del Emperador Carlos V*, op. cit., pp. 330-332.

APÉNDICE DOCUMENTAL

APÉNDICE I ²⁹⁵

«Francisco I murió en Rambouillet el último día del mes de marzo a los cincuenta y tres años de su edad y a los treinta y tres de su reinado. Un encono declarado desunió las voluntades de este príncipe y el Emperador durante veinte y ocho años de dicho reinado, y enredó no sólo a sus dominios, mas también a la mayor parte de Europa, en guerras sostenidas con el encarnizamiento más violento y durable de ninguna que se habían hecho en los tiempos anteriores. Muchas circunstancias contribuían a ello: la rivalidad de estos príncipes se fundaba en oposición de sus intereses, provocada por la envidia personal y envenenada por insultos recíprocos. Al mismo tiempo, si uno de los dos parecía tener alguna ventaja propia para darle la superioridad, esta ventaja se encontraba equilibrada por alguna circunstancia favorable al otro. Los estados del emperador eran más extensos, los del rey de Francia más incorporados. Francisco gobernaba su reino con autoridad más absoluta; Carlos tenía un poder más limitado, pero suplía esta falta con maña. Las tropas del primero eran más audaces e impetuosas; las del segundo más pacientes y mejor disciplinadas. Los talentos de ambos monarcas se diferenciaban tanto como las ventajas recíprocas que gozaban, esta diferencia no contribuyó poco a alargar sus contiendas. Francisco tomaba una resolución con celeridad, la sostenía al principio con calor y la llevaba adelante su ejecución con audacia y actividad; pero carecía de la perseverancia necesaria para sobrepujar los estorbos y daba de mano muchas veces sus proyectos o aflojaba al ponerlos por obra, ya por impaciencia, ya por ligereza. Carlos consultaba fríamente y decidía con lentitud; mas cuando había resuelto su plan, lo proseguía con obstinación inflexible y ni el peligro ni los obstáculos podían apartarle de la ejecución. El influjo de sus intereses en sus empresas debió poner una diferencia análoga en el buen logro. Francisco desbarató a menudo con su impetuosa actividad los planes del Emperador mejor combinados. Carlos siguiendo sus miras con mayor serenidad, pero con perseverancia, muchas veces a su émulo en la carrera rápida y repelió sus más vigorosos esfuerzos. El primero al abrirse una guerra o una campaña, se arrojaba sobre su enemigo con la violencia de un torrente y arrastraba todo lo que se encontraba a su paso; el segundo aguardando para obrar que los esfuerzos de su emulo comenzaran a declinar, recobraba al remate todo lo que había perdido y adquiría de nuevo a veces. El rey de Francia formó diferentes proyectos de conquistas; pero por brillantes que fueran los principios de sus expedientes, su fin raras veces fue dichoso; muchos de los intentos del Emperador, que se juzgaban impracticables y desesperados, se terminaron con el más feliz éxito. Francisco se dejaba deslumbrar del resplandor de un proyecto; Carlos no era seducido sino por la perspectiva de la utilidad que podía recoger. La superioridad que la victoria de Pavía dio a Carlos V y que conservó desde entonces hasta el final de su mando, era tan manifiesta que los esfuerzos de Francisco para rebajar el poderío enorme y siempre en aumento de su rival, fueron juzgados por la mayor parte de los demás países no sólo con prevención ventajosa que inspiraba la naturaleza de aquellos que sostienen con denuedo un combate desigual, mas también la gracia que merecía el que atacaba a un enemigo común y procuraba reprimir el engrandecimiento de un soberano igualmente formidable a todos los demás. Fuera de eso la reputación de los príncipes, sobre todo a los ojos de sus contemporáneos,

²⁹⁵ ROBERTSON, W., *Historia del reinado...*, op. cit., IV, pp. 7-10.

depende tanto de sus propiedades personales, como de sus talentos para el gobierno. Francisco cometi6 hierros graves y numerosos, pero fue humano, benéfico, generoso; tenía dignidad sin orgullo, afabilidad sin bajeza y cortesanía sin falsedad; era amado y respetado de todos los que se acercaban a su persona y cualquier hombre de mérito tenía acceso con él. Seducidos por las cualidades del hombre, sus súbditos olvidaron los defectos de Monarca, le admiraban como el caballero más perfecto de su reino y se sometieron sin murmuración a actos de gobierno riguroso, que no habrían perdonado a un príncipe menos amable. Parece, sin embargo, que esta admiración habría debido ser momentánea y morir con los cortesanos del Soberano; la ilusión que nacía de sus virtudes particulares ha debido disiparse, y la posteridad debería calificar su conducta pública con su imparcialidad ordinaria; mas este efecto natural ha sido equilibrado por otra circunstancia, y el nombre de Francisco ha sido transmitido a la posteridad con una gloria cuyo brillo el tiempo ha aumentado todavía. Las ciencias y las artes habían adelantado poco en Francia antes de su reinado; apenas comenzaban a traspasar los límites de Italia, en donde acababan de renacer, y que había sido hasta ese momento su única mansión. Francisco los tomó bajo su patrocinio; quiso igualar a León X en el ardor y magnificencia con que honró a las letras. Llamó a los sabios a su corte; conversó familiarmente con ellos, los empleó en los negocios, los elevó a las dignidades y los honró con su confianza. Los literatos no se lisonjean menos de ser tratados con la distinción que creen merecer, que están dispuestos a quejarse cuando se les rehúsan los miramientos que se les deben; creyeron que no podía llevar demasiado lejos su reconocimiento a un protector tan generoso; celebraron a competencia sus virtudes y talentos. Los escritores de los tiempos posteriores adoptaron aquellos elogios y añadieron a ellos el título de *Padre de las letras*, dado a Francisco, ha consagrado su memoria entre los historiadores; han ... como una suerte de impiedad realzar sus flaquezas y censurar sus defectos. De esa manera, Francisco con menos talentos y victorias que Carlos, goza quizá una reputación más brillante; las virtudes personales de que estaba dotado le han merecido mayor admiración y alabanzas que han inspirado el vasto ingenio y los artificios afortunados de un rival más hábil, pero menos amable.»

«El fallecimiento del rey de Francia produjo una mudanza y muy visible en el ser de Europa. El Emperador, envejecido en el arte de reinar, no tenía ya rivales sino a soberanos jóvenes poco dignos de entrar en la lid con aquel que había luchado tan largo tiempo y casi siempre felizmente con príncipes como Soliman VIII o Francisco I. Esta muerte sacó a Carlos de toda inquietud y se encontró feliz en poder principiar con éxito contra el elector de Sajonia las operaciones que se había visto suspender. Sabía que las prendas de Enrique II, que acababa de subir al trono de Francia, eran muy inferiores a las de su padre; previó que este nuevo rey estaría demasiado ocupado por algún tiempo en despedir a los antiguos ministros a quien aborrecía, y en satisfacer a los deseos ambiciosos de sus propios favoritos para que tuviera que temer cosa alguna, bien de sus esfuerzos personales, bien de alguna federación formada por este príncipe sin experiencia.»

APÉNDICE II. LA PERSONALIDAD DE CARLOS V ²⁹⁶

«Se cubría su mesa con decencia, pero con sencillez; mantenía un corto número de criados y vivía familiarmente con ellos. Había abolido por entero para el servicio de su persona toda especie de etiqueta y de ceremonia molesta, como incompatible con la libertad para obrar y

²⁹⁶ ROBERTSON, W., *Historia del reinado...*, op. cit., IV, pp. 236-241.

el reposo en que quería pasar los demás de sus días. La benignidad del clima, junto al desvío de los negocios y cuidados del gobierno, había calmado visiblemente la violencia de su gota y suspendido los dolores agudos que le habían atormentado por tanto tiempo, de suerte que probó quizá en esta humilde soledad una satisfacción más pura y perfecta que jamás le habían proporcionado todas sus grandezas. Los pensamientos y miras ambiciosas, que le habían ocupado e inquietado tan largo tiempo, se habían borrado enteramente de su alma; lejos de volver a tomar alguna en los sucesos políticos de Europa, ni siquiera tenía la curiosidad de informarse de ellos; parecía ver esta escena tumultuosa, de la que se había separado, con todo el desprecio e indiferencia de un hombre que había reconocido su vacío y frivolidad y que gozaba del placer de haberse desasido de sus ligaduras.»

«Otras diversiones y otros objetos le ocuparon en su morada. Cultivaba a veces con sus propias manos las plantas del jardín: iba a veces, seguido de un solo criado a pie, a pasearse por un bosque vecino, montando en un caballito, el único que había conservado. Sus achaques le retenían a menudo en su cuarto, y le privaban de estas recreaciones activas; recibía entonces las visitas de algunos caballeros que tenían sus habitaciones cerca del monasterio y los admitía familiarmente en su mesa; o bien se ocupaba en obras de mecánica y estudiaba los principios de esta ciencia, a la que había mostrado siempre mucho gusto y disposición. Hasta había incitado a Tarrino, uno de los ingeniosos mecánicos de su siglo, a acompañarle en su soledad; trabajaba con él en construir modelos de máquinas las más útiles y en experimentar sus propiedades; y no era raro que las ideas del monarca sirvieran para perfeccionar las invenciones del artista. Descansaba a veces con obras puramente curiosas y singulares; componía figuras, que imitaban por medio de resortes interiores los movimientos y gestos humanos con gran admiración de los monges ignorantes, que viviendo efectos superiores a su comprensión, desconfiaban a veces de sus propios sentidos y a veces sospechaban de Carlos y de Turrino de tener comercio con potestades invisibles. Gustaba particularmente de fabricar relojes y órganos; y como había encontrado, después de ensayos repetidos que le era imposible hacer andar dos con igual exactitud, no pudo menos, se dice, de reflexionar con una mezcla de sorpresa y de sentimiento acerca de su propia locura, trayendo a la memoria el tiempo y desvelos que había empleado vanamente para inspirar a los hombres una rigurosa uniformidad de modo de pensar acerca de los dogmas complicados y misteriosos de la religión.»

«Cualesquiera que fuesen las demás ocupaciones que llenaban lo demás de su tiempo, reservaba constantemente una gran parte de él para ejercicios de piedad. Asistía con regularidad por mañana y noche al servicio divino en la capilla del monasterio. Gustaba mucho de leer libros de devoción, con particularidad las obras de San Agustín y de San Bernardo, conversaba con frecuencia acerca de asuntos de religión con su confesor y con el prior del convento.»

«El género de vida que Carlos había abrazado, era digno de un hombre perfectamente desprendido de todos los cuidados de este mundo y bien preparado a pasar al otro; el primer año de su retiro se pasó o en diversiones inocentes que suavizaban sus penas y recreaban su alma fatigada por una larga y excesiva aplicación a los negocios o en ocupaciones piadosas que miraba como esenciales para disponer a otro estado. Mas la gota, que le había dejado un intervalo de descanso más largo que de costumbre, apareció otra vez con un aumento de violencia cerca de seis meses antes de su muerte. Su temperamento aniquilado apenas tuvo bastante fuerza para aguantar tan recio sacudimiento que debilitó su ánimo como también su cuerpo; desde este momento con dificultad vuelven a hallarse algunos vestigios de aquella razón sana y varonil que había distinguido a Carlos de sus contemporáneos. Una superstición tímida y servil marchitó su entendimiento. Perdió el gusto a toda especie de diversiones, y procuró sujetar su vida a

toda la austeridad de la regla monástica. No deseaba ya otra sociedad que la de los monjes y pasa casi todo su tiempo en cantar con ellos los himnos del misal. Para espiar sus pecados, se disciplinaba en secreto con rigor tan excesivo que se encontraron después de su muerte las disciplinas de que se servía, teñidas de sangre. Todavía no bastaban estos actos de mortificación, que no eran sin ejemplar, aunque severos. La inquietud, la desconfianza y temor que acompañan siempre a la superstición, turbaban más y más su alma, y rebajando a sus ojos el mérito de lo que había hecho, le incitaban buscar algún acto de piedad extraordinario y nuevo que pudiera señalar su celo y atraerle el favor del cielo. La idea en que puso el pensamiento es una de las más quiméricas y extrañas que la superstición haya dado luz jamás en una imaginación débil y desordenada. Resolvió celebrar sus exequias antes de su muerte. En consecuencia mandó levantar un túmulo en la capilla del convento; sus criados fueron allá en procesión funeral, teniendo en sus manos cirios negros; y él mismo seguía envuelto en una mortaja de lienzo. Lo extendieron en un féretro con mucha solemnidad; se cantó el oficio de difuntos. Carlos unía su voz a las preces que se recitaban por el descanso de su alma y mezclaba sus lágrimas con las que derramaban los asistentes, como si hubieran celebrado verdaderos funerales. Se terminó la ceremonia echando, según uso, agua bendita sobre el ataúd, y habiéndose retirado todos, se cerraron las puertas de la capilla. Carlos salió entonces de la tumba y volvió a su cuarto, lleno de ideas lúgubres que tal solemnidad no podía menos de infundir. Sea que la dilación de la ceremonia le hubiera fatigado, sea que este espectáculo de muerte hubiera causado en su alma una impresión demasiado fuerte, fue acometido de calentura al día siguiente. Su cuerpo extenuado no pudo resistir a la violencia del acceso, y expiró el veintiuno de septiembre, de edad de cincuenta y ocho años y seis meses y venticinco días.»

«Como Carlos fue por su jerarquía y dignidad el primer soberano de su siglo, el papel que representó fue asimismo el más brillante, si se consideraba la grandeza, variedad o feliz éxito de sus empresas. Sólo observando con atención su conducta, no consultando las alabanzas exageradas de los españoles o las críticas parciales de los franceses, se puede formar una justa idea del ingenio y prendas de este príncipe. Tenía propiedades particulares que señalaban fuertemente su carácter y que no sólo se distinguen de los demás príncipes sus contemporáneos, mas también explican aquella superioridad que conservó tan largo tiempo sobre ellos. Mostró siempre en todos los planes que combinó, una prudencia y circunspección que debía a la naturaleza tanto como el hábito. Nacido con calidades que se desenvolvieron lentamente y llegaron tarde a madurar, se había acostumbrado a pesar todos los objetos que le interesaban con una atención exacta y reflexiva. Aplicaba a ellos toda la actividad de su alma; se detenía en ellos con la atención más seria, sin dejarse distraer por el placer ni entibiar por ninguna diversión, y resolvía en silencio su proyecto en su corazón. Comunicaba en seguida el pensamiento a sus ministros y, después de haber escuchado sus dictámenes, resolvía con una firmeza que acompaña raras veces a la lentitud en las consultas. Por lo cual, todas las operaciones de Carlos, bien diferentes de los arranques atropellados e inconsecuentes de Enrique VIII y de Francisco I, se parecían a un sistema unido, cuyas partes todas estaban combinadas, todos los efectos se habían antevisto, y en el que hasta se había providenciado los accidentes. Su celeridad en la ejecución no era menos notable que su paciencia en la deliberación. Consultaba con sosiego, mas obraba con actividad, y no manifestaba menos sagacidad en la elección de las disposiciones que tenía que tomar, que fecundidad de ingenio en la intervención de los medios adecuados a afianzar su logro. No había recibido de la naturaleza el espíritu belicoso, pues permaneció en la inacción en la edad en que el carácter tiene mayor valor e ímpetu; mas cuando al fin tomó el partido de ponerse a la cabeza de sus ejércitos, su índole se encontró de tal modo a propósito para

ejercitarse con felicidad en cualquiera otro objeto que abrazara, que dejó ver luego un conocimiento del arte de la guerra y unos talentos para el mando, que le igualaron a los más hábiles generales de su siglo. Carlos poseía sobre todo, y en el más superior grado, la ciencia más importante para un rey, la de conocer a los hombres, y de aplicar sus talentos a los empleos diversos que les confiaba. No destinó desde la muerte de Chievres hasta el fin de su reinado ningún general, ningún ministro, ningún embajador, ningún gobernador de provincia, cuyos talentos no fueran proporcionados al servicio que esperaba de ellos. Aunque faltó de aquella seductora amenidad de costumbres que distinguía a Francisco I y le ganaba los corazones de todos los que se le acercaban, Carlos no estaba privado de virtudes que inspiraban adhesión y fidelidad. Confiaba sin límites en sus generales, recompensaba con magnificencia sus servicios, no envidiaba su gloria, ni parecía celoso de su influjo. Casi todos los generales que mandaron sus ejércitos, pueden colocarse en la lista de los más ilustres capitanes. Las victorias que alcanzó sobre sus rivales fueron con evidencia, efecto de los talentos superiores de los oficiales que les opuso; esta circunstancia podría disminuir de algún modo su mérito y gloria, si el arte de distinguir y de emplear los mejores instrumentos no fuera la prueba menos equívoca del don de gobernar.»

Se echan de ver, sin embargo, en el carácter político de Carlos defectos, que deben rebajar mucho la admiración que excitan sus talentos ordinarios. Estaba devorado de una ambición insaciable; aunque hubiera poco fundamento para la opinión propagada generalmente en su tiempo, de que había formado el quimérico proyecto de fundar una monarquía universal en Europa, sin embargo, es cierto que el deseo de sobresalir como conquistador, le precipitó en guerras continuas que aniquilaron y arruinaron a sus súbditos, y no le dejaron tiempo de dedicarse a perfeccionar en sus dominios la policía interior y las artes, objetos más dignos de ocupar a un príncipe, que hace del bienestar de sus pueblos el objeto de su mando. Carlos habiendo reunido en su juventud la corona imperial a los reinos de España, y a los dominios hereditarios de las casas de Austria y de Borgoña; tantos títulos y poderío le abrieron tan vasta carrera de planes de ambición, y le enredaron en empresas tan complicadas y espinosas, que conoció a menudo que su ejecución excedía a sus fuerzas; recurrió entonces a artificios bajos indignos de la preeminencia de su ingenio; hasta se apartó algunas veces de las reglas de la providad de un modo deshonesto a un gran príncipe. Su política insidiosa y pérfida, era todavía más evidente y odiosa que la contraposición de la conducta recta y franca de sus contemporáneos Francisco I y Enrique VIII. Aunque esta diferencia fuera particularmente efecto de la de los caracteres, se debe también atribuir en parte a alguna contradicción en los principios políticos de estos príncipes, lo que puede excusar bajo de algunos respetos este vicio de Carlos, sin justificarlo, sin embargo, enteramente. Francisco y Enrique, arrastrados casi siempre por el impulso de sus pasiones, se precipitaban con violencia hacia el fin que se proponían. Las medidas de Carlos, resultando de una reflexión seria y tranquila, estaban combinadas con arte y formaban un sistema regular. Los hombres de la índole de los primeros, llevaban adelante por naturaleza el objeto de sus deseos, sin buscar disfraz y sin emplear maña; los de la condición de Carlos se mueven, bien al concertar, bien al ejecutar sus proyectos, a recurrir a sutilezas que guían siempre al artificio y degeneran a menudo en falsedad.»

APÉNDICE III. EL BALANCE DEL REINADO DE CARLOS V ²⁹⁷

²⁹⁷ ROBERTSON, W., *Historia del reinado...*, op. cit., IV, pp. 250-255.

«Al reflexionar acerca de las épocas de la historia más fecundas en revoluciones, se ve una gran desproporción entre las mudanzas que han resultado de ellas y los esfuerzos que las han producido. Las conquistas no son jamás dilatadas y rápidas sino entre las naciones, cuyos adelantamientos en el arte del gobierno son muy desiguales. Cuando Alejandro, al frente de un pueblo valeroso, de costumbres sencillas, instruido en la guerra por estatutos admirables, sojuzgó un estado enervado por el exceso de lujo y de la molicie; cuando Gengiskán y Tamerlán, capitaneando ejércitos de bárbaros robustos, se dejaron caer de improviso sobre naciones debilitadas por el clima, el comercio y las artes, estos conquistadores parecidos a torrentes impetuosos, destruyeron todo al paso, subyugando reinos y provincias en el espacio de tiempo que necesitaban para atravesarlas. Mas pueblos civilizados e instruidos casi por igual, no están expuestos a las calamidades de la conquista repentina. Sus conocimientos, su pericia en el arte de la guerra, habilidad política, se hallan casi en el mismo grado; la suerte de los estados no depende entonces de una sola batalla. Tienen en su constitución interior recursos diferentes. Hasta un estado no se interesa sólo en su defensa y conservación. Otras potencias intervienen en sus contiendas, y equilibran con sus auxilios las victorias momentáneas que uno de los dos partidos puede haber alcanzado. Todas las naciones rivales se encuentran aniquiladas después de guerras largas y sangrientas; ninguna es vencida. Por último, se ajusta por fuerza una paz que deja a cada una casi el mismo poderío y el mismo territorio. Tal fue el ser de Europa en el reinado de Carlos V. Ningún príncipe tenía sobre los otros bastante superioridad de fuerza para no encontrar alguna resistencia a sus esfuerzos, ningún estorbo a sus conquistas. Ninguna nación aventaja a las demás en ciencia del gobierno hasta el punto de haber adquirido sobre ellas una preeminencia decidida. Cada estado tenía por su posición y clima beneficios e inconvenientes; y se distinguían todos por algún carácter particular, ya por la índole del pueblo, ya por la naturaleza de su constitución. Las naciones de Europa eran en aquel siglo, cual hoy en día, como una familia numerosa; tenían facciones comunes, que las asemejaban, y había en cada una diferencias visibles que las distinguían; mas no se veía entre ellas aquella gran diversidad de carácter y de índole, que ha puesto a los europeos en todos los períodos de la historia sobre todos los demás habitantes del globo y parece haber destinado a unos para mandar y a otros para obedecer.»

«Mas aunque esta semejanza, esta igualdad casi entera en el ser de las diferentes naciones de Europa, haya estorbado al imperio de Carlos V señalarse por conquistas tan dilatadas y rápidas como se encuentra el ejemplo de ellas en otras épocas de la historia, sin embargo, todas las principales monarquías de esta parte del mundo han experimentado, en el curso de su gobierno, una mudanza muy notable en su estado político y han estado sujetas al influjo de ciertos acontecimientos que no han perdido aun en el día toda su actividad y que continúan en ejercer todavía su valimiento con más o menos fuerza. Durante el gobierno de Carlos, y por una serie de continuos esfuerzos que su ambición audaz obligó a hacer a los diferentes reinos de Europa, adquirieron más vigor en su constitución interior, aprendieron a conocer sus recursos y fuerza y a convertirse en formidables a los demás. En este reinado las diversas potencias de Europa, antes solas y separadas, se unieron también tan íntimamente unas a otras, que no formaron más que un gran sistema político; y cada una de ellas tomó una jerarquía en la que se han mantenido después con una constancia, que no habría debido esperarse después de los acontecimientos repetidos de dos siglos muy alterados.»

«Sin embargo, los progresos y adquisiciones de la casa de Austria fueron de mayor consideración y al mismo paso más visibles y evidentes que los de las otras potencias. He enumerado en otra parte los vastos dominios que Carlos V heredó de sus antepasados, tanto austriacos, como borgoñones y españoles; él mismo añadió a ello la corona imperial; y como si esto hubiera

sido todavía demasiado poco, se enseñaron los límites del universo y un Nuevo Mundo se sujetó a su autoridad. Las provincias de Borgoña y el reino de España en todas sus dependencias en el hemisferio nuevo y antiguo pasaron a Felipe; mas Carlos traspasó estos dominios a su hijo en un estado bien diferente de aquel en los había recibido: se habían aumentado con la adquisición de nuevas provincias; los pueblos habían tomado el hábito de obedecer a un gobierno firme y vigoroso; estaban acostumbrados a esfuerzos tan dispensiosos como continuos, poco conocidos en Europa antes del siglo XVI, pero que habían llegado a ser necesarios para costear la guerra entre naciones cultas. Las provincias de Frisia, de Utrecht y de Overysse, que había comprado de sus antiguos propietarios y el ducado de Gueldres de que se había apoderado en parte con la fuerza de las armas, en parte con los artificios de la negociación, formaban acrecentamientos muy importantes de los dominios de la casa de Borgoña. Fernando e Isabel le habían dejado todas las provincias de España desde el interior de los Pirineos hasta la frontera de Portugal: como guardó constantemente la paz con este territorio, no adquirió nada por este lado.»

«En medio de esto Carlos no se había descuidado en dilatar su poderío en esta parte de sus estados. Levantó su autoridad real sobre las ruinas de los privilegios del pueblo por el buen éxito de la guerra que tuvo que mantener con las Comunidades de Castilla. Dejó subsistir el nombre de las Cortes y las formalidades de las Juntas; pero aniquiló casi por entero su potestad y jurisdicción y las dio nueva forma con las que hizo de ellas un Consejo con servidores de la Corona, más bien que una junta de representantes del pueblo. Mutilado así uno de los miembros de la constitución, era imposible que el otro no fuera herido del mismo golpe y perdiera con él alguna cosa. El aniquilamiento de la autoridad popular convirtió a la fuerza aristocrática en menos temible. Los grandes, arrastrados por el espíritu guerrero de su siglo o seducidos por los honores que alcanzaron en la corte, agotaron sus riquezas en el servicio militar o arrojándose a la persona del soberano. No temieron quizá ni aun observaron los progresos arriesgados de la potestad que, dejándoles la vana distinción de cubrirse a presencia de su amo, les despojaba por grados del poderío real que gozaban cuando formaban un cuerpo y obraban de concierto con el pueblo. El buen logro con que Carlos había llegado a abolir los fueros de los concejos y a reprimir el poderío de los nobles de Castilla, alentó a Felipe a acometer a los derechos más amplios todavía del reino de Aragón. Los castellanos, acostumbrados ya a la sumisión, auxiliaron para imponer el mismo yugo a sus vecinos más dichosos y más independientes. La voluntad del soberano degeneró en la ley suprema de todos los reinos de España: entonces unos príncipes que no eran ya atajados en la combinación de sus planes por la envidia del pueblo, ni contrariados en la ejecución por el poderío de los nobles, se hallaron en disposición de formar grandes empresas y de reunir todas las fuerzas del estado para alcanzar su objeto.»

«Al mismo tiempo que Carlos trabajaba por la extensión de la preeminencia real en erigir a los reyes de España en dueños absolutos en lo interior, aumentaba la dignidad y poder de su corona con adquisiciones fuera del reino. Aseguraba a España la pacífica posesión del reino de Nápoles, que Fernando había usurpado con artificio y conservaba con trabajo. Incorporó a la corona de España el ducado de Milán, una de las provincias más fértiles y populosas de Italia, y sus sucesores, demás de otros dominios, quedaron los príncipes más poderosos de esta región que había sido por tan largo tiempo el teatro en que los grandes potentados de Europa se disputaban a porfía la superioridad. Cuando los franceses retiraron sus tropas de Italia renunciaron del todo a sus planes de conquista de la otra parte de los Alpes, por una consecuencia del tratado de Cateau-Cambresis, los españoles llegaron a ser en ella los más fuertes y sus soberanos se hallaron en disposición, mientras la Monarquía conservó algún grado de vigor, de ejercer el principal influjo en todos los acontecimientos que ocurrieron en esta parte de Europa. Mas todos

estos aumentos de autoridad en lo interior y de territorios en lo exterior, que los reyes de España deben a Carlos V, son de poca consideración en cotejo de sus adquisiciones en el Nuevo Mundo. No fueron provincias, sino imperios los que reunió a su corona. Los inmensos territorios que conquistó allí, los manantiales inagotables de riquezas que descubrió y las perspectivas sin límites que ofrecía en todos géneros este gran descubrimiento, no podían menos de excitar la actividad de su sucesor, aunque hubiera sido menos ambicioso que Felipe y de convertirle en más intrépido haciéndole todavía más formidable.»

«Mientras que la línea primogénita de la casa de Austria se levantó a este grado de superioridad en España, la línea segundogénita de la que Fernando era cabeza, llegaba también a ser poderosísima en Alemania. Los dominios hereditarios que esta casa poseía desde largo tiempo en Alemania, reunidos a los de Hungría y de Bohemia que Fernando había adquirido por su casamiento, formaban una potencia respetable; y este príncipe, habiendo añadido a ellos la corona imperial, se encontró dueño de estados más vastos que ningún Emperador, a excepción de Carlos V, había poseído en muchos siglos. Por felicidad de Europa el descontento de Felipe por la repulsa de su tío de cederle la corona imperial estorbó durante algún tiempo a los príncipes de la casa de Austria obrar de acuerdo y hasta produjo entre ellos una envidia y encono visible. Sin embargo, interés mutuo de estos príncipes extinguió por grados una emulación tan poco política; la confianza volvió entre ellos, y el engrandecimiento de su casa se hizo el objeto común de todas sus acciones; dieron y recibieron alternativamente los auxilios que necesitaban para la ejecución de sus planes, y el éxito de cada uno se añadió a la consideración e importancia de todos. Una familia tan poderosa y ambiciosa, se convirtió en blanco general de envidia y de temor; todas las fuerzas y política de Europa se dirigieron durante un siglo a abatirla y moverla estorbos. Nada es más a propósito para dar una idea evidente del predominio que la casa de Austria había tomado en Europa y del terror que inspiraba, que considerar cuán formidable era todavía, aun cuando después de haber agotado sus fuerzas por conatos extraordinarios y excesivos, la España no fue más que la sombra de un gran nombre y sus reyes cayeron en un estado de flojedad y de mentecatez. Las naciones europeas habían probado tan a menudo la superioridad de su poder y se habían ocupado tan constantemente en estar alerta de ella, que el temor de este poder había degenerado en una especie de opinión habitual, cuyo influjo se conservaba aun cuando las causas, que habían originado, no subsistían ya.»